

A paso vivo

Carlos Aponte en Cuba

José Antonio Quintana García

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

COLECCIÓN

alfredo maneiro

Serie

Testimonios



A paso vivo

Carlos Aponte en Cuba

José Antonio Quintana García

COLECCIÓN
alfredo maneiro
Serie
Testimonios

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

1.^a Edición digital, 2016

© José Antonio Quintana García

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela / 1010

Teléfonos: 0212-7688300 / 7688399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Instagram: editorialperroyrana

Facebook: Editorial perro rana

Youtube: Editorial El perro y la rana

Soundcloud: perroyranalibro

Google+: Editorial El perro y la rana

Diseño de la colección: Dileny Jiménez / Hernán Rivera

Edición: Jenny Moreno

Corrección: Rodolfo Castillo / Francisco Romero

Diagramación: Hernán Rivera

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal lfi40220153004132

ISBN 978-980-14-3213-5



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

La Colección Alfredo Maneiro, Política y sociedad, publica obras puntuales, urgentes, necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela integra ese mundo en formación, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, la reflexión, y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad.

Firmes propósitos animan a esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta, y por la otra, difundir ediciones de libros en los cuales se abordan temas medulares de nuestro tiempo.

Testimonios: serie orientada a recopilar trabajos documentales y testimoniales que alimentan los valores y saberes nacionales, regionales y locales, refrescando y robusteciendo la memoria histórica. Incluye también el trabajo biográfico, autobiográfico, el análisis de hechos y la entrevista.

AGRADECIMIENTOS

A los trabajadores de la Biblioteca Nacional José Martí, en especial a Lourdes Lopetegui Valera, y de la Biblioteca Provincial Roberto Rivas Fraga, de Ciego de Ávila. A Migdalia Utrera Peña, directora de Invasor, siempre sensible con mis investigaciones. A Floristela Quintana Lorenzo, Luis Lorenzo Quintana, Yudid Sandamil Quintana, Carlos Sandamil Barrios, Fermín Néstor Espinosa Espinosa y Yaumila Palenzuela Becerra, por su hospitalidad y cariño. A la profesora Ana Cairo, quien me sugirió la consulta de fuentes bibliográficas imprescindibles. A Gladys Pérez Rivero y Domingo León por su generosidad. Todos contribuyeron a que esta investigación tuviera un término feliz.

A Pablo de la Torriente Brau, a quien las balas fascistas le impidieron escribir la biografía de Aponte.

Reclamo el derecho de que se me considere cubano.

CARLOS APONTE

PREFACIO

Perseguidos por las fuerzas represivas del régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez, quien ostentaba el poder desde 1908, miles de revolucionarios venezolanos optaron por el duro e impredecible sendero del exilio en los años 20 del siglo pasado.

La posición geográfica privilegiada de la mayor de las Antillas, la existencia de un gobierno democrático-burgués en La Habana y los sentimientos de solidaridad del pueblo cubano contribuyeron a que eligieran la nación caribeña como centro de conspiración. Entre los emigrados predominaban los profesionales, algunos recién graduados de la universidad. Ellos lograron fusionarse con el movimiento nacionalista y antiimperialista que se desarrollaba en la isla.

En el primer lustro de ese período (1921-1925), Alfredo Zayas fue presidente de Cuba. Su mandato se caracterizó por la penetración económica extranjera, la injerencia norteamericana en el gobierno del país, la deshonestidad administrativa, intentos de lucha armada como el Movimiento de Veteranos y Patriotas, huelgas obreras de diferentes gremios, manifestaciones de descontento de intelectuales, la organización del sector estudiantil que protagonizó dos acontecimientos trascendentes: la celebración del Primer Congreso Nacional de Estudiantes y la fundación de la Federación Estudiantil Universitaria, ambos impulsados por Julio Antonio Mella.

Zayas toleró en los primeros años de su administración las actividades de los exiliados, pero en diciembre de 1924 cedió a las presiones diplomáticas de Rafael Ángel Arraiz, el embajador de Juan Vicente. Las autoridades detuvieron en la bahía de La Habana el barco *Angelita*¹, que llevaría una expedición de revolucionarios a Venezuela. El secuestro por la policía de la revista *Venezuela Libre*, en enero de 1925, corroboró aún más que en Zayas no se podía confiar. Esta publicación fue fundada en 1921 por el periodista bolivariano Francisco Laguado Jayme, para divulgar las ideas de la agrupación antigomecista. Él dirigió las ediciones hasta la fecha de la censura violenta. Cuando ocurrió el lamentable suceso, salvaron el honor patrio jóvenes de la vanguardia intelectual cubana, muy vinculados con los exiliados y casi todos miembros del Grupo Minorista². En un manifiesto denunciaron la complicidad de Zayas con el dictador sudamericano y se solidarizaron con los emigrados. El documento decía:

Lo que el gobierno no quiere que ellos hagan lo vamos a hacer nosotros. Lucharemos, sin tregua, por la redención de Venezuela, recordaremos a sus hijos, su pasado luminoso, el sueño gentil de sus fundadores, [...] denunciaremos a los intelectuales de Sudamérica los crímenes espantosos de Juan Vicente Gómez y sus sicarios, toda la miseria, todo el dolor, toda la angustia de la gran Venezuela, y esta cruzada interminable del vicio contra la virtud que ha despojado a Caracas y entronizado el pillaje en las cuencas prodigiosas

-
- 1 El barco arribó a Cuba proveniente de Estados Unidos. Había sido comprado por dos organizaciones de la oposición: Unión Revolucionaria Venezolana y el Partido Republicano. La ola de protestas que originó en la prensa su detención y las gestiones del doctor Alejandro Rivas Vázquez, emigrado venezolano, obligaron al gobierno cubano a liberarlo.
 - 2 Se respeta la redacción original de todos los documentos y citas. (N. del E.) El Grupo Minorista integraba a creadores de las ciencias sociales, artistas, literatos, músicos y a creadores en general, siempre a favor de las causas más nobles, aunque algún integrante postulara tendencias políticas que luego no fueran compartidas por la mayoría. Así profesaban, desde la definición antiimperialista, la defensa de los valores nacionales de la cultura, el rechazo a las dictaduras hasta la preocupación por los obreros y los campesinos.

del Orinoco y del Apure; procuraremos despertar en la juventud de los pueblos hispanoamericanos asco profundo contra el verdugo de Venezuela, lo combatiremos sin piedad³.

Con este documento, a modo de editorial, se iniciaba la segunda época de la revista *Venezuela Libre*.

Para evitar la extradición, Germán Wolter del Río, representante a la Cámara, se entrevistó con el presidente Zayas y obtuvo garantías de respetar a Laguado Jayme y sus coterráneos. Sin embargo, disfrutaron poco de esta seguridad porque con la toma de posesión de Gerardo Machado Morales, el 20 de mayo de 1925, la situación política en Cuba se tornó adversa para las actividades de los venezolanos, quienes sufrieron persecuciones, la cárcel y hasta el asesinato, como ocurrió en el caso de Laguado Jayme.

Al resultar casi imposible la permanencia del núcleo de ideas marxistas, encabezado por Salvador de la Plaza y los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, este se trasladó a mediados de 1926 a México, país que se convirtió entonces en el cuartel general de la revolución antigomecista en el exilio.

Algunos periódicos reaccionarios impresos en La Habana, con su actitud, contribuyeron a empeorar el estado de tensión que existía. Por ejemplo, *El Imparcial*, en su edición del 14 junio de ese año, expresó:

...nos guía un deber informativo con el que queremos llevar al convencimiento de nuestros lectores la existencia de un movimiento, confirmado por detalles, que todos los días aparece ante nuestros ojos y para el que no se recatan ni esconden sus componentes hasta el punto de que a Venezuela han llegado noticias de él, promoviendo éxodo constante, como lo denota el número de

3 El documento titulado "Manifiesto por Venezuela", fue publicado en *Venezuela Libre*, el 1º de mayo de 1925, suscrito por Rubén Martínez Villena, Juan Marinello Vidaurreta, Orosmán Viamontes, Calixto Masó, José Antonio Fernández de Castro, José Zacarías Tallet, Alberto Lamar Schwyer, José Hurtado de Mendoza, Agustín Acosta, José Manuel Acosta, Julio Antonio Mella, Jorge Mañach, Guillermo Martínez Márquez, Enrique Serpa y Leonardo Fernández Sánchez.

venezolanos que arriban en los barcos de Centroamérica, que viene a sumarse al núcleo de descontentos existentes en Cuba, que constituye ya, por su importancia, un hecho muy digno de tenerse en cuenta.

La posición del gobierno machadista hacia los venezolanos debemos verla más allá de su gesto de buena voluntad con el Bisonte Americano, de un guiño solidario entre dos dictadores. Decimos esto porque, al expulsarlos de Cuba, Machado trataba también de proteger su mandato. Su decisión constituía una acción en defensa propia. No podemos olvidar que las relaciones de los exilados con los líderes de la incipiente oposición revolucionaria cubana eran demasiado perceptibles.

Recordemos, por solo mencionar los hechos más notables, la participación de los exiliados en el Comité Pro Libertad de Mella, en la Universidad Popular José Martí y en la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas. Juan Marinello reconoció el alcance de la influencia de los bolivarianos:

La presencia del grupo venezolano y antigomecista tiene relieve en nuestro proceso revolucionario de entonces. Es de justicia proclamar que su aporte contribuyó visiblemente al fortalecimiento de la conciencia antiimperialista de nuestros jóvenes luchadores. La similitud de realidades ingratas en su tierra y en la nuestra hizo más clara la presencia de un mismo opresor poderoso y extraño. Y comenzó a verse con mejor claridad que en la unidad antiimperialista estaba la clave de la victoria⁴.

Ya es hora de que se divulgue esta solidaridad militante entre cubanos y venezolanos en la Década Crítica (1920-1930) de la historia de nuestro país. Bajo esta premisa concebimos *A paso vivo*. *Carlos Aponte en Cuba*, aunque, como es sabido, las relaciones de Aponte con los revolucionarios de la isla fueron tan intensas que

4 Juan Marinello: "El caso espantable de Laguado Jayme", *Bohemia*, 7 de enero de 1977, p. 44.

desbordaron el período mencionado. En Cuba, la personalidad de este internacionalista se estudia desde la enseñanza primaria. Su gesto supremo de morir al lado de Antonio Guiteras, antes que rendirse a los soldados del ejército dirigido por el entonces coronel Fulgencio Batista, selló su permanencia en los textos de historia.

No obstante, poco se conoce de su participación en el Comité Pro libertad de Mella, de las actividades que desplegó en el Frente Rojo, brazo armado de la Comisión Militar del Partido Comunista cuando la Revolución del 30 se desmoronaba, y en sucesos espectaculares como el castigo a Vallenilla Lanz, la golpiza a un delegado a la Conferencia Panamericana y el duelo con el general Rafael Simón Urbina. Tal problemática se debe a que su intenso peregrinar en nuestra patria a veces roza la leyenda, y la información está dispersa en la prensa y en testimonios de sus compañeros.

Este libro no es un ensayo; se acerca más al reportaje periodístico. La obra está dividida en dos partes: en una narramos los episodios de Aponte en Cuba, y en la otra describimos los esfuerzos que realizó Pablo de la Torriente Brau para escribir la biografía del caraqueño. Es conocido que no logró su objetivo porque cayó en combate durante la Guerra Civil Española, mientras peleaba en las filas de los republicanos.

El texto es un homenaje a aquel bolivariano, hombre de acción que no pensó en fronteras nacionales cuando tuvo que luchar por la libertad de América Latina frente a los apetitos imperiales de Estados Unidos. Pablo de la Torriente Brau, en apenas un párrafo, caracterizó así a este soldado antiimperialista:

Nadie ha sido nunca más americano que Carlos Aponte. Odió y amó con la turbulencia de una juventud frenética. Tenía la vitalidad del salvaje de la selva y el esplendor pánico de los "llanos" interminables de Venezuela. Fue un protagonista de *La Vorágine*. Fue un hombre de las avalanchas. Fue un turbión. Fue un hombre de la revolución. No tuvo nada de perfecto.

EL AUTOR

Primera parte

Días cubanos

EL PRIMER EXILIO EN CUBA

*En Cuba fue donde en realidad pude aclarar mi línea
de luchador antiimperialista.*

CARLOS APONTE

El humo de los últimos disparos se confundió con la neblina en las montañas. Rugió el dolor del fracaso en el pecho de los revolucionarios venezolanos que intentaron derrocar al Bisonte Americano. En aquel año de 1923 a los sublevados más afortunados les esperó la cárcel o el exilio; a los demás, la tortura y la muerte.

Carlos Aponte⁵ sintió que las venas del cuello iban a estallarle. Llevaba el olor a monte impregnado en las ropas y el rostro marcado por las noches de sueño liviano. Era capitán en aquel pequeño ejército que se desvanecía, irremediablemente. Todavía el joven guerrillero no tenía una concepción ideológica definida. Se había ido a las montañas por vocación aventurera, pues sus ideales se limitaban a la aspiración de un cargo público y a la gloria del vencedor.

Compasivo, miró a sus compañeros. Engañados, como él y su hermano Elías, iban prisioneros hacia un destino incierto. Era el precio de su ingenuidad al confiar en las falsas promesas del

5 Carlos Aponte Hernández nació en Caracas, el 12 de diciembre de 1901. Sus padres fueron Manuel y Socorro. Tuvo cuatro hermanos: Elías, Manuel, María Carmela y Cecilia.

dictador, que les había asegurado la libertad a todos los participantes en la insurrección.

Después de guardar prisión diez meses, las autoridades les permitieron establecerse en Caracas, mas el capitán Aponte olió la traición y se encaminó hacia la costa, donde un barco lo trasladó a Santiago de Cuba⁶.

No tenía muchas opciones el exiliado. Carente de dinero, aceptó el empleo de peón en la finca ganadera Paradas, propiedad de un opulento hacendado conocido por el sobrenombre de Buey de Oro⁷.

Santiago cautivó al viajero. Le gustó el carácter abierto, divertido, alegre y hospitalario de los santiagueros, muy similar al de los venezolanos.

En aquella época Santiago de Cuba era la capital de la provincia de Oriente. Fundada en 1515 por el conquistador Diego Velázquez, fue una de las primeras siete villas de la isla. Durante las luchas contra el colonialismo español en el continente americano, en las décadas iniciales del siglo XIX, acogió a numerosas familias, entre ellas venezolanas, que huían de los estragos de la guerra. Igual había ocurrido cuando la revolución de Haití. Miembros de la burguesía francesa y criolla emigraron hacia las faldas de las montañas que bordean la ciudad, para fomentar el cultivo del café y dejar una perdurable huella en la cultura. Santiago era ciudad de tránsito, pero a veces se tornaba de permanencia para el perseguido político.

6 Pablo de la Torriente informa que fue a la costa por voluntad propia. Sin embargo, el periodista José Zacarías Tallet testimonió: "...lo cogieron preso y lo llevaron no sé cuántos kilómetros a orillas del mar, con unas sogas amarrándolo codo a codo y todavía, mucho después de eso, uno le miraba los maderos y le veía las marcas de aquellas sogas", ver *Pablo: con el filo de la hoja*, p. 200. Sobre sus antecedentes revolucionarios, Aponte escribió en "Mi lance con el general Urbina", *Ahora*, 20 de abril de 1934, p.4: "Salí de Venezuela a fines del 19. A las fronteras de Colombia, el 21 invadí con el 'General Cuello de Pana', o sea Marcial Azuaje; el 22 me alcé con mi hermano Elías, anteriormente instructor de las fuerzas de Arévalo Cedeño en San José de Guaribe. Caí preso diez meses. El 25 me vine a Cuba".

7 Al parecer, Pablo de la Torriente se inspiró en este hacendado para escribir su cuento *El Buey de Oro*.

El sol a plomo y la faena agotadora: “amarrando becerros” hasta al anochecer. Los pies mojados por la hierba en la madrugada solitaria y el salario mísero. Aquel no era el lugar idóneo para un espíritu inquieto y rebelde como el suyo. Había que buscar otro empleo, mejor remunerado. Pensó hallarlo en alguna de las numerosas fábricas de azúcar erigidas en los llanos cubanos por compañías norteamericanas.

Recogió su escaso equipaje y se fue al legendario Camagüey, emporio azucarero basado en la más despiadada explotación a los cubanos y emigrantes caribeños.

La otrora Puerto Príncipe era una ciudad de encantos. Parecía enclaustrada en la época colonial, con sus calles estrechas y las tejas francesas aún coronando la mayoría de los inmuebles, en un batallar secreto contra el eclecticismo desenfrenado. Distinguían las antiguas viviendas de patios interiores amplios, enormes tinajones utilizados para conservar agua.

Tendida sobre extensas sabanas, arropada por esbeltas palmas reales, la ciudad debía su esplendor a la ganadería y a la producción azucarera. Fue cuna de famosos poetas, de patriotas venerables, de tradiciones y leyendas.

Pero la imagen que recibía el turista se diluía para el trabajador, que luchaba por ganarse la pitanza en el campo. Y Aponte enseguida se percató de ello. Las amplias fincas ganaderas no necesitaban muchos peones para mantener su aparente eficiencia.

En el sector azucarero no todo era cantos de sirena. Después de terminar la zafra, que generalmente solo se extendía durante tres meses, comenzaba el “tiempo muerto”, en el cual predominaba el pugilato exacerbado de los obreros que, desesperados ante la falta de empleos, aceptaban cualquier labor por pésima que fuera la remuneración.

Aponte percibió condiciones de vida semejantes a las de Santiago de Cuba. Todavía la región no se había recuperado de la crisis que provocó la caída de los precios del azúcar en el mercado mundial. Por míseros salarios, emigrantes de Haití y Jamaica realizaban el cultivo en las inmensas plantaciones. El panorama era

desalentador. Aponte decidió establecerse en Puerto Príncipe, donde halló empleo como dependiente en un bar.

Breve sería su permanencia, porque al dueño del establecimiento le molestaba que el venezolano rechazara las propinas y, más de una vez, le llamó la atención. Ignoraba el pequeño burgués el carácter que se gastaba el caraqueño. El altercado no demoró y Aponte, para evitar males mayores, viajó a La Habana.

La colonia venezolana

En la capital de la República se integró al grupo de coterráneos, exiliados al igual que él por combatir a Gómez. Por unos centavos comían en La Milagrosa, una fonda modesta cuyo dueño no se inmiscuía en las discusiones políticas, en ocasiones subidas de tono. Gustavo Machado Morales asumía los gastos. Ironías de la vida. Ganaba 300 pesos como representante judicial de los intereses de la Cuban American Sugar Corporation. Su dinero lo compartía generosamente con sus compañeros de ideales.

No siempre se discutía de política. El humor hacía de las suyas y servía para descargar la energía contenida, la añoranza por el hogar lejano. A veces reían del último chiste en boca del pueblo; otras, de alguna anécdota como la que Gustavo protagonizó. Fue un suceso tragicómico. Resulta que sus apellidos eran los mismos que los del dictador cubano y un día, mientras conducía su automóvil, sufrió un accidente. Rondaba cerca un policía de tránsito, que enseguida acudió al lugar del hecho dispuesto a multar a Gustavo. Este, con el rostro contrariado, mostró su identificación y bastó la frase “impónganse de quién soy” para que el agente le permitiera continuar su recorrido.

También se reunían en la casona número 17, ubicada en la calle Empedrado. Pernoctaban allí o en la consulta del doctor Gustavo Aldereguía, hombre de vasta cultura e inquietudes literarias, magnánimo con los emigrados que les ayudó a conseguir empleo.

Aponte fue uno de los beneficiados. Debido a las gestiones del galeno, la Federación Médica de Cuba le ofreció una plaza de cobrador, lo cual constituía una muestra de confianza en la

honradez del venezolano: por sus manos pasaron miles de pesos y jamás hubo una queja.

Veamos quiénes eran algunos de los más connotados coterráneos de Aponte durante su primer exilio en Cuba.

Salvador de la Plaza⁸ se distinguía por su cultura y experiencia. Al igual que Aponte era caraqueño y tenía veintiocho años de edad cuando arribó a Cuba en 1924. Mientras cursaba la carrera de Medicina en la Universidad Central de Venezuela, en 1914, se inició en las luchas estudiantiles contra Juan Vicente. Al conocer que la policía gomecista lo buscaba, pasó a la clandestinidad durante dos años. Regresó al recinto universitario en 1917, esta vez para estudiar Derecho, pero no pudo concluir, pues participó en 1919 en la fracasada conspiración cívico-militar contra Gómez liderada por Luis Rafael Pimentel, y fue detenido en Río Chico.

Sufrió los rigores de la tenebrosa cárcel de La Rotunda, allí lo encadenaron con grilletes y, como si ello no bastara, el célebre asesino Nereo Pacheco lo torturó, y fue testigo del asesinato de algunos de sus compañeros. Logró su libertad el 22 de abril de 1921; desterrado, marchó a Francia para concluir la carrera de Derecho. Se graduó en La Sorbona en 1924. En su etapa parisina trabajó como profesor de idiomas y corresponsal de periódicos y revistas latinoamericanas, entre estas escribió para las publicaciones cubanas *Bohemia* y el *Diario de la Marina*.

En La Habana radicaba su primo, el pintor Luis Alfredo López Méndez, con quien había vivido en Francia, también firme opositor a Juan Vicente. Quizás este hecho, y las posibilidades de ganarse

8 Nació el 1º de enero de 1896. En 1926, debido a las presiones del gobierno machadista, se trasladó a México donde, con Gustavo y Eduardo Machado, fundó el Partido Revolucionario Venezolano (PRV). Regresó a Venezuela luego de la muerte de Gómez (1935). Intensamente activo en la política, lo desterró Eleazar López Contreras en 1937. Desde 1943 participó de nuevo en Caracas como militante político. Expulsado por el gobierno del presidente Marcos Pérez Jiménez, vivió en Francia hasta 1958, año en que retornó a Venezuela. Fue uno de los redactores de la Ley de Reforma Agraria y profesor de la Universidad Central de Venezuela. Murió en Caracas el 29 de junio de 1970. Escribió numerosas obras de temas económicos.

el pan como periodista, pesaron en su decisión de establecerse en la isla. Salvador llegó en mayo de ese mismo año y fue miembro del claustro de la Universidad Popular José Martí y de la sección cubana de Liga Antiimperialista de las Américas. El escritor cubano Jorge Mañach convivió con él en París y le abrió las puertas de las redacciones de publicaciones cubanas y del Grupo Minorista. En un artículo publicado en *Bohemia*, el 22 de febrero de 1948, refiriéndose a Salvador, apuntó:

De vieja e ilustre familia caraqueña [...] parecía más bien un conspirador de la Irlanda que entonces andaba a la greña con Inglaterra. Blanco, cariancho, pecoso, de pelo rojizo; de hablar suave y lento, en voz muy baja; un criollo inverosímil. Por naturaleza tenía una ternura y una delicadeza de espíritu casi seráficas; pero el presidio político había dejado en él una permanente tristeza y hábito de silencio que le hacía parecer fosco.

Salvador viajó a Cuba con Gustavo Machado (1898-1983)⁹, quien ya gozaba de prestigio como combatiente antigomecista, a pesar de su juventud. Desde su adolescencia se enfrentó a la dictadura de Juan Vicente y fue encerrado en la cárcel de La Rotunda. Allí estudió la teoría marxista. En 1919 se vio precisado a exiliarse en Estado Unidos, donde matriculó estudios de Filosofía y Humanidades en las universidades de Harvard y Cambridge. Luego viajó a Francia para cursar su carrera de abogado en La Sorbona, y se graduó en 1924 en unión de Salvador de la Plaza. Pertenecía al Partido Comunista Francés cuando se estableció en La Habana.

9 Después de ser expulsado de Cuba, Gustavo Machado se estableció en México, donde fundó el Partido Comunista de Venezuela. En 1928 se incorporó a las guerrillas sandinistas, y al año siguiente participó en el asalto al fuerte de Curazao. Luego del fracaso de esta acción, continuó luchando contra la dictadura gomecista desde Colombia. En 1946 fue candidato presidencial. Fundador y director del periódico *Tribuna Popular*, diputado al Congreso Nacional al ser derrocado Pérez Jiménez, estuvo cinco años preso en el cuartel de San Carlos durante el gobierno de Rómulo Betancourt. En 1981 recibió el título de *Doctor Honoris Causa* en la Universidad de Los Andes, Mérida.

Representante judicial —como ya hemos dicho—, en La Habana, de los intereses de la Cuban American Sugar Corporation, Gustavo era hijo de una familia de acaudalados terratenientes; sin embargo, esto no constituyó obstáculo para que dedicara su vida a la liberación del proletariado. Acerca de su personalidad, escribió Mañach:

El tipo de criollo prieto, esbelto, irremediablemente “bonito”. Parecía hijo del rajá Kapourtala. Le llamábamos “el Negro”, para distinguirlo de un homónimo suyo estudiante de Medicina [...] Todo lo toleraba Gustavo Machado menos que le hicieran alusión a su “belleza”, que era realmente irritante, por las miradas femeninas que sonsacaba a lo largo del bulevar. Se vestía con sobria elegancia, fumaba cigarrillos Prince de Monaco, leía revistas caras y muchos periódicos, estudiaba Derecho también, pero poco.

Salvador y Gustavo redactaron en La Habana, en 1925, el folleto *La verdadera situación de Venezuela*, estudio precursor del pensamiento marxista latinoamericano, en el que emplearon el método materialista histórico para el análisis económico, político y social de la nación sudamericana. En este ensayo concluyeron:

Del examen expuesto de la actual situación de Venezuela después de 104 años de independencia, se deduce el fracaso del régimen pseudorrepresentativo que nos ha regido hasta ahora. Las tiranías y el atraso en nuestro desenvolvimiento económico, que son su consecuencia, no son productos innatos de la raza y el clima como se ha querido demostrar más de una vez; son efectos de una causa única: la formación y el desarrollo de una burguesía que ha querido vivir del trabajo de una clase explotada mediante la existencia de una desigualdad económica entre los habitantes del territorio venezolano.

Eduardo Machado (1902-1996)¹⁰ se radicó en Cuba en ese año 1924, fue docente de la Universidad Popular José Martí y colaborador en la redacción de *Venezuela Libre*. Inseparable compañero de su hermano Gustavo, estuvo a su lado en numerosas acciones revolucionarias.

Francisco Laguado Jayme (1898-1929) ya se había “aplatanado” cuando llegaron sus coterráneos, pues estaba en la isla desde agosto de 1921. Propagandista incansable, latinoamericanista y antiimperialista, de ideología marxista, escribió folletos y artículos contra el régimen gomecista. Ejerció la crítica literaria y el periodismo en las publicaciones *Bohemia*, *Repertorio Americano*, *El Fígaro*, *El Sol* y *El Mundo*, entre otros medios de comunicación. En 1927 participó en un plan insurreccional para derrocar la dictadura de Juan Vicente Gómez. Fue lanzado a los tiburones de la bahía de La Habana por agentes de la Policía Secreta de Machado. Dejó inéditas varias obras literarias.

Juan Marinello, quien fue su amigo y abogado, caracterizó así sus rasgos más sobresalientes:

...se destacaba Francisco Laguado Jayme por su fervorosa y tajante combatividad. Pequeño, erecto, terminante, de agresiva intransigencia y valor sin medida, la palabra cortante, rotunda, transparente e invasora como el agua de las cataratas infatigables, no se distinguía por la meditación teórica ni la preocupación táctica. Fue,

10 Vivió en Francia, URSS, Estados Unidos y España, países en los que continuó con su labor revolucionaria. Tras la muerte de Juan Vicente Gómez (1935) regresó a Venezuela, donde permaneció entre 1941 y 1950; en este período publicó su libro *El Ejército Rojo y las causas de sus victorias*. Durante el régimen de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958) retornó a México. A raíz del derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez (23-1-1958), volvió a Venezuela y es electo diputado al Congreso Nacional hasta 1963, cuando fue acusado, al igual que los otros parlamentarios de izquierda, de rebelión militar. Despojado de su inmunidad parlamentaria, lo condenaron a 10 años de prisión. En 1968, tras el sobreseimiento de su causa, fue electo de nuevo diputado al Congreso Nacional, esta vez en representación del estado Miranda. En 1974 fundó el partido Vanguardia Comunista.

a tamaño heroico, un rebelde, un peleador a todo riesgo. Llama sin sosiego ni pausas, enfrentada a todos los vientos contrarios¹¹.

También formaron parte de la colonia venezolana el general Blas María España, José Antonio Silva Márquez, José Pío Tamayo, Nicolás Hernández, los periodistas José Heriberto López y Rafael Martínez Duarte, entre otros. Algunos, como el poeta Andrés Eloy Blanco, pasaron ocasionalmente en su peregrinar por el continente.

Se unieron al grupo marxista los peruanos Luis F. Bustamante, Esteban Pavletich y Jacobo Hurwitz, quienes vivían su segundo exilio, después de permanecer una breve temporada en Panamá; se les sumaron sus coterráneos, los poetas José Torres Vidaurre y Alcides Spelucín.

Acostumbraban debatir hasta bien entrada la madrugada, de política, economía e historia. El futuro de la América que soñaron Bolívar y Martí a floraba en las conversaciones, a veces relampagueaban las palabrotas, como es característico en los latinos. En ocasiones, cual meteoro, aparecía el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob. Sus versos eran denuncia y alas.

Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, prometedores líderes de la juventud cubana, quedaron seducidos por las tertulias. El primero de ellos, cuando se refería al apartamento de Empeдрado lo llamaba Cueva Roja, y fue en este lugar donde Villena se inició en el estudio del marxismo al leer *El imperialismo, etapa última del capitalismo* y *El Estado y la revolución*, textos que le prestaron los bolivarianos.

Raúl Roa cuenta que, entusiasmado y optimista, el autor de *La pupila insomne* propuso la incorporación de los venezolanos a la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas, que Mella organizaba. El olor a tinta fresca hacía más atractivo el ambiente para los jóvenes intelectuales, que cultivaban la poseía, el periodismo y la narrativa. Con las manos embadurnadas se sentían

11 Juan Marinello: "El caso espantable de Laguado Jayme", *Bohemia*, 7 de enero de 1977, p. 44.

felices. Las horas transcurrían, estaban a sus anchas. Utilizando una máquina *silkscreen*, comprada por el pintor López Méndez en Estados Unidos, editaban abundante propaganda contra la tiranía gomecista. Pero, sin duda, la más completa era la revista *Venezuela Libre*. Allí mismo sesionaba el consejo de redacción, despojado de cualquier formalidad.

En aquel ambiente de libros y discusiones teóricas sobre el porvenir de América Latina, Aponte fue forjándose. Comprendió que el imperialismo norteamericano era el verdadero causante de los males que agobiaban al continente. Cuba vivía su década crítica. Una nueva generación desplazaría a los caudillos políticos provenientes del mambisado, pero alejados de los ideales por los que combatieron al colonialismo español a fines del siglo XIX.

COMITÉ PROLIBERTAD DE MELLA

*Su sola presencia nos alegraba
a todos [...] Muy optimista,
impregnaba fe y seguridad
en la gente que él dirigía,
transmitiéndoles todo su
entusiasmo.*

RAMÓN NICOLAU

La conmemoración el 27 de noviembre de 1925 del fusilamiento de los estudiantes de Medicina, fue realizada bajo la mirada amenazante de la policía. Como de costumbre, los manifestantes recordaron el crimen que cometieron los españoles en 1871, cuando ejecutaron a ocho jóvenes acusados de ultrajar la tumba del periodista hispano Gonzalo Castañón, hecho que luego se demostró era falso.

Esa noche fueron detenidos Julio Antonio Mella y varios dirigentes del movimiento obrero, entre ellos: Alfredo López, Sandalio Junco y Antonio Penichet. Los acusaron de haber violado la Ley de Explosivos. En el caso de Mella le imputaron colocar dos petardos en el cine Payret. En realidad, se trataba de una patraña que nació en la mente febril de Alfonso L. Fors, jefe de la Policía Judicial.

La injusta encarcelación levantó una campaña de críticas en los sectores y organizaciones progresistas de la sociedad cubana,

alentada por el Partido Comunista, el cual el primero de diciembre, mediante un manifiesto, orientó:

Protestad en todas partes, en las organizaciones, en las fábricas, en los talleres, en los centrales, en los paralizados bateyes, en las esquinas de vuestras casas. Que la burguesía y el gobierno sepan que existen trabajadores en Cuba, que existen hombres dignos a quienes veja impunemente.

La Liga Antiimperialista también se sumó a la campaña por la liberación de los presos, aunque su reclamo fue más ambicioso, pues exigió la nacionalización de la industria azucarera:

Las fuerzas todas antiimperialistas tienen la necesidad de protestar contra las abusivas disposiciones del gobierno farsante-liberal que ha encarcelado obreros injustamente solo por la tranquilidad de una zafra que se verifica anualmente en beneficio del extranjero, hecha con el sudor de los amenazados de hoy, de los pobres obreros y guajiros que sufren hambre, y de postre plan de machete.

Pedid la libertad de los presos, la seguridad en los campos y la solución de la crisis desde el punto de vista nacional. Los centrales para los cubanos. He ahí nuestra salvación¹².

Mas Machado era terco. Negó a Mella y a sus compañeros la libertad bajo fianza. Con ello creó un clima tenso que fue convirtiéndose en insoportable. Lejos estaba de imaginar que su obstinación lo llevaría al descrédito nacional e internacional. En tanto, ¿qué ocurría en la Cueva Roja?

La indignación estaba presente en las conversaciones de los emigrados. Temían un desenlace fatal. Ya Machado había dado muestras de su crueldad al ordenar el asesinato del periodista Armando André y de los líderes obreros Enrique Varona González y José Cuxart Falgones. A Mella intentaron envenenarlo en la celda con un pescado contaminado.

¹² Erasmo Dumpierre: *J. A. Mella*, p. 68.

Por experiencia propia sabían del rigor de la cárcel. Comentaban la extraordinaria calidad del joven al que la prisión no arredraba, allí no olvidaba sus deberes revolucionarios e internacionalistas; escribió para *Venezuela Libre* el artículo “Hacia la Internacional Americana”, en el cual convocaba la creación de un frente único contra el imperialismo. Se trataba de un texto que demostraba la madurez política del pensador marxista:

Contestemos a la pregunta: la unidad de la América está hecha ya por el imperialismo yanqui. La Unión Panamericana es la internacional del futuro imperio político que tendrá por capital única a Wall Street y por nobleza a los reyes de las distintas industrias. La unidad de la América que sueñan todos los espíritus elevados del momento presente en la unidad de la América nuestra, de la América basada en la justicia social, de la América libre, no de la América explotada, de la América colonial, de la América feudo de unos cuantos gobiernos, simples agentes del capitalismo invasor. Esta unidad de la América solo puede ser realizada por las fuerzas revolucionarias enemigas del capitalismo internacional: obreros, campesinos, indígenas, estudiantes e intelectuales de vanguardia. Ningún revolucionario del momento actual puede dejar de ser internacionalista. Dejaría de ser revolucionario¹³.

La admiración creció aquel 5 de diciembre, cuando el fundador del Partido Comunista de Cuba se declaró en huelga de hambre. Al día siguiente, el hecho fue noticia de primera plana en los principales periódicos de la nación. La hidalguía de Mella conmovió al pueblo, cual aldabonazo en la conciencia. Había que actuar con rapidez, tomar la iniciativa. Rubén Martínez Villena, Gustavo Aldereguía y Leonardo Fernández Sánchez crearon el Comité Pro Libertad de Mella, presidido por Leonardo, a Rubén lo designaron abogado del huelguista y Gustavo sería su médico personal.

Completaban la membresía del Comité: Jorge A. Vivó, Aureliano Sánchez Arango, Orosmán Viamontes, los venezolanos Carlos

13 *Ibíd.*, p. 69.

Aponte, Gustavo Machado, Eduardo Machado y Salvador de la Plaza, y los peruanos Jacobo Hurwitz y Luis F. Bustamante.

A partir de entonces, los integrantes del Comité multiplicaron sus energías. Visitaron fábricas, talleres y escuelas; redactaron cartas y manifiestos. Aponte era un agitador nato, se destacó en la campaña. Los periódicos publicaban fotografías de Mella con el rostro barbudo y demacrado. Los boletines diarios de Aldereguía informaban sobre el deterioro del atlético organismo. Mas la voluntad se mantenía inconvencible. Declaró a un periodista: “Estoy firme y decidido a continuar mi propósito como una protesta contra la arbitrariedad que se comete conmigo”.

Pablo de la Torriente Brau relató algunos detalles de los sucesos:

El grupo de compañeros y amigos, unos como miembros de Comité pro Mella, otros como simples colaboradores, luchaban por obtener su libertad, conscientes de la enorme responsabilidad que sobre él caía: no se daba un minuto de descanso. Yo recuerdo con estupenda precisión aquellos días en que, con frecuencia, llegaba Rubén al Bufete de Fernando Ortiz, Giménez Lanier y Oscar Barceló —donde trabajaba yo entonces y él había trabajado antes— nervioso, agitado, y, unas veces me contaba el estado del proceso que marcaba la agonía de Mella, y, otras, bien me pedía que le pusiera “en limpio” algún escrito —era un mecanógrafo bastante irregular—, bien venía acompañado de Jorge Vivó o algún otro compañero para redactar algún escrito, algún boletín o manifiesto. ¡Días febriles aquellos!... ¡Telegramas, cables, discursos, protestas, boletines!... Y la república entera alerta, asustada, expectante, presenciando la estupenda lucha de un hombre que agonizaba por su propia voluntad, rodeado de un escaso número de compañeros, haciéndole frente a una bestia furiosa y omnipotente. Aquella lucha heroica fue la que proclamó hipócritas y cobardes a todos los que después de ella tuvieron el cinismo de continuar rindiendo sus alabanzas al gran homicida¹⁴.

14 Pablo de la Torriente Brau: “Mella, Rubén y Machado: un minuto en la vida de tres protagonistas”, tomado de *Pluma en ristre*. Selección de Raúl Roa, pp. 117-126.

La salud de Mella continuaba deteriorándose. Entonces, los miembros del Comité se reunieron para decidir si le solicitaban que suspendiera la huelga. Las opiniones estaban divididas. Unos alegaron que había que salvarlo. Aponte pensaba lo contrario. Su criterio pareció severo, pero al final prevaleció: “Si Julio Antonio come, le retiro mi amistad, un hombre de tanto prestigio, ¿cómo va a comer? Es preferible que muera”.

Aquellas palabras respondían a su código de ética, a su posición en la lucha. No había puntos intermedios. Había que ser consecuente hasta el final, por trágico que este fuera. Si él hubiera estado en el lugar de Mella habría actuado de igual manera.

Al Comité llegaban cientos de telegramas de todo el país, demandando la libertad de Mella. De Guantánamo, Santiago de Cuba, Niquero, Sagua la Grande, Santa Clara y Pinar del Río, entre otros, informaban la realización de mítines y la firma de manifestos. Las protestas se intensificaban y traspasaban las fronteras nacionales. Aldereguía expresó que el Comité:

...alcanzó una resonancia continental tan extendida y vibrante, que fue, sin duda alguna, por la intensidad de su campaña el primero y gran escándalo que repercutió fuera de Cuba, denunciando al vándalo que nos desgobernaba. El Cabildo de Buenos Aires, el Senado de la Municipalidad de México, tomaron acuerdos pidiendo la excarcelación [...] Los grandes diarios de las capitales sudamericanas *La Prensa* y *La Nación*, incluidos, publicaban cada día mis boletines médicos¹⁵.

El asno con garras

Pero el tirano no cedía a los reclamos del pueblo. Aponte conoció los pormenores de una de las entrevistas más famosas de la historia de Cuba. En una de aquellas jornadas dramáticas, Villena recordó que su amigo José Muñiz Vergara, quien firmaba sus trabajos periodísticos con el seudónimo de Capitán Nemo, por sus

15 Gustavo Aldereguía: “De mis recuerdos”, *Bohemia*, 16 de agosto de 1963, p. 69.

amplias relaciones sociales podía gestionar una entrevista con el tirano para pedirle la libertad inmediata de Mella. Muñiz le explicó que era más práctico convencer a Jesús María Barranqué, Secretario de Justicia.

Visitaron al funcionario y, en momentos en que exponían sus razones, llegó, inesperadamente y sin anunciarse, el presidente Gerardo Machado. Después de las presentaciones, el Capitán Nemo dijo al mandatario:

—Mire, general: Mella es un buen hijo. Mella no bebe, ni juega [...] Es un joven apasionado, pero es un buen hijo [...] ¿Por qué no se le ha de poner una fianza, como a cualquier otro preso común? [...] Además, si él muriera a consecuencia de la huelga de hambre que mantiene, se iba a atacar rudamente al Gobierno [...] se le iba a acusar de ser el responsable de esa muerte.

Machado esperó que concluyera:

—¡Usted sí es un buen hombre, capitán! [...] Pero es demasiado ingenuo y cualquiera lo engaña [...] Mella será un buen hijo, pero es comunista [...] Es un comunista y me ha tirado un manifiesto, impreso en tinta roja, en donde lo menos que me dice es asesino [...] ¡Y eso no lo puedo permitir!

Villena, que no se perdía un detalle del diálogo, intervino:

—¡Usted llama a Mella comunista como un insulto, y usted no sabe lo que es ser comunista! Usted no debe hablar de lo que no sabe.

—Tiene usted razón, joven [...] Yo no sé lo que es comunismo, ni anarquismo, ni socialismo [...] Para mí todas esas cosas son iguales [...] a mí no me ponen rabo, ni los comunistas, ni los estudiantes, ni los obreros, ni los veteranos, ni los patriotas [...] ni Mella ¡Yo lo mato, lo mato!¹⁶.

16 Pablo de la Torriente Brau: ob. cit.

Mientras Rubén narraba el insólito hecho a Pablo de la Torriente Brau, refiriéndose al tirano, dijo: “Ese es un salvaje, un animal, una bestia. Es un asno con garras”.

El 22 de diciembre Mella sufrió un colapso. Había perdido treinta y cinco libras de peso. Aldereguía confesaba a sus compañeros que, a pesar de la extraordinaria fortaleza física del revolucionario, de un momento a otro podía fallecer. Entonces, el secretario de Justicia del régimen dictó una providencia reformando el auto de procesamiento. Al día siguiente el líder fue liberado.

La presión internacional y nacional y, sobre todo, el valor de Mella lograron aquella victoria. Machado sufría su primera gran derrota. En lo personal Aponte se sintió realizado, porque triunfó en la primera acción política que se enrolaba en Cuba.

NOCHEBUENA

Mas, si no tuvo los libros suficientes, en cambio tuvo vida con exceso.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

Cuando Salvador de la Plaza y los hermanos Machado emigraron a México, Aponte se estableció de manera permanente en el consultorio de Aldereguía. Después viajó también a la nación azteca, donde estuvo apenas unos meses. Ya en octubre estaba de regreso en La Habana, justo a tiempo para presenciar los estragos causados por el ciclón que azotó a la isla. Durante el fenómeno atmosférico que “derrumbaba árboles, edificios y cables eléctricos, se le vio desafiando la lluvia y el viento, ayudando al pueblo y a su amigo Aldereguía”¹⁷.

Lejos del hogar halló calor familiar en los cubanos. En la noche del 24 de diciembre de 1926, la mirada de Rubén Martínez Villena se detuvo en el rostro de sus compañeros mientras caminaban por la calle Neptuno hacia un restaurante, al alcance de sus modestos recursos.

Conversaban animadamente. En el bullicioso grupo iban Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual, Leonardo Fernández Sánchez, Esteban Pavletich, Raúl Roa y Aponte. La comida criolla: lechón

17 Gladys Pérez Rivero: “Carlos Aponte, un internacionalista ejemplar”, www.giron.co.cu, 16 de mayo del 2006.

asado, congrí, yuca con mojo y plátanos verdes fritos, fue rociada con abundante cerveza.

Aponte vaciaba los tragos con demasiada rapidez. Sus ojos seguían cada movimiento de la joven que bailaba cerca de la mesa donde él y sus amigos cenaban. No pudo vencer la tentación. Roa narró que: “A poco se enredaría a piñazos con uno de los comensales al arrebatarle la mujer con quien bailaba. Trabajo costó separarlo y que retornara a la mesa. Pero el titingó fue tan grande que acudió la policía”¹⁸.

El agente, al conocer por boca del agraviado cómo ocurrieron los hechos, ordenó al venezolano:

—Venga conmigo.

—Oiga, compái, cómo me va a hacer usted esa vainada el día de Nochebuena. El láguer me ha puesto jorocón y eso es todo. Vale, no se me ponga así y déjeme seguir con mis amigos.

El “cantaíto” intrigó al policía:

—¿Y de dónde sacó ese modo extraño de hablar? ¿Usted es de aquí o de afuera? ¿De dónde es usted, de la capital o del interior?

—De la capital. Explicando, vale, explicando... Yo soy de Santiago y usted sabe que allá se conversa distinto...

Mientras hablaba, Aponte acompañaba las palabras con cariñosas palmaditas:

—No se ponga así, vale, no se me ponga así¹⁹.

El médico Gustavo Aldereguía, también de carácter impulsivo, hizo acopio de paciencia. Intercedió por el amigo y, gracias a su reputación de tisiólogo en la prestigiosa Casa de la Salud de la

18 Raúl Roa: *El fuego de la semilla en el surco*, p.181.

19 *Ibíd.*

Quinta de Covadonga, se desvanecieron los deseos represivos del gendarme, quien se retiró a grandes pasos por donde mismo llegó.

En el central Perseverancia

Unos días después del altercado, Aldereguía le sugirió a Aponte que se alejara por una temporada de la capital porque los órganos represivos comenzaban a perseguirlo. El central Perseverancia, cerca de Aguada de Pasajeros, en Cienfuegos, era el refugio seguro. La fábrica azucarera era administrada por Feliciano, hermano de Aldereguía, también un hombre de ideas progresistas y enemigo acérrimo de Machado.

El Sol se bebía el rocío depositado por la noche en los retoños de las cañas. Aponte, calzado con altas botas, recorría las guardarrayas desde bien temprano. Quería ser eficiente en el empleo de agri-mensor que le había dado Feliciano. Así transcurrieron los días de su breve estancia, como hombre de campo, en Cienfuegos, la Perla de Cuba.

Mella también recibió la protección del discreto Feliciano. A mediados del mes de enero llegó el líder comunista. Ocultaba su identidad bajo el nombre de Juan López. Gustavo Aldereguía narró en el artículo “De mis recuerdos” que Mella solo estuvo unas horas en la finca de Isidoro González y que de allí marchó hasta el puerto para subir a bordo del carguero *Cumanayagua*, que lo trasladó a Honduras. Para los marineros era un comerciante de plátanos.

VALLENILLA LANZ

Carlos Aponte, que sentía en el destierro, más agudos que nunca, los dolores de Venezuela, se sintió impulsado a castigar al representativo más pomposo de la parte podrida de su país.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

El escritor, periodista y diplomático venezolano Laureano Vallenilla Lanz tuvo una participación protagónica en la dictadura gomecista. En un folleto redactado en La Habana, en 1923, su coteráneo Francisco Laguado Jayme enjuiciaba así el daño que hacía en la patria de Bolívar:

...en la sombra inculca su veneno en la sangre de la juventud venezolana, y su veneno se nombra cobardía y servilismo, y lo inyecta desde las páginas de una prensa asquerosa, desde las páginas de libros viles, desde la curul de un Congreso de capones y gallinas, desde la tribuna de académicos anémicos.

Es el tirano intelectual de Venezuela, el asesor máximo del viejo déspota, el inspirador de los repugnantes crímenes políticos y sociales de Gómez. Él es el guía de los sicarios y traidores de la República, el Judas Iscariote de Venezuela, indigno hasta de ser devorado por los cuervos y los perros vagabundos. [...] pone en la mente obtusa del tirano militar sus delincuentes ideas, las cuales el soldado dictador las lleva a la realidad, y con la miseria, la muerte,

la deshonra, el asesinato, la persecución, el destierro que sufre nuestro pueblo²⁰.

Tal era el hombre que recibiría un escarmiento ejemplar de Carlos Aponte en La Habana. Fue un arranque de ira, indetenible, característico del temperamento colérico y violento del exiliado, que no perdonaba a los traidores ni a los cobardes, y mucho menos si servían a Juan Vicente.

Eran las once de la mañana del 25 de mayo de 1927. El vapor *Tolosa* ya estaba en la bahía de La Habana. En la cubierta los pasajeros cargaban las maletas dispuestos a desembarcar en la asombrosa Ciudad de las Columnas, entre ellos iba Laureano Vallenilla Lanz quien, luego de una breve estancia, marcharía a Estados Unidos para de allí continuar viaje hacia Alemania, donde, según sus declaraciones a *El País*, recibiría tratamiento médico.

Fueron a darle la bienvenida, en el mismo *Tolosa*, el embajador de Venezuela, Rafael Ángel Arraiz, su esposa y Aldo Baroni, director de *El País*, fundador y colaborador de publicaciones venezolanas. Su visita causó estupor entre los venezolanos que aún quedaban en la isla. Carlos Aponte, en nombre de sus compañeros, decidió darle un escarmiento al autor de *Cesarismo democrático*. Consultó su plan con Rubén Martínez Villena, quien le advirtió que era demasiado arriesgado debido a las estrechas relaciones del embajador venezolano con los principales dirigentes gubernamentales de Cuba.

Pero Aponte no era hombre de escuchar consejos. Asumió el riesgo sin reparar en las consecuencias. Se dirigió al Hotel Sevilla, donde se hospedaba el escritor mercenario. Lo esperó cerca de la puerta de la lujosa edificación construida por los arquitectos Antonio y Rogelio Rodríguez, quienes se inspiraron para erigir la obra en las líneas moriscas de la entrada del famoso Patio de los Leones de la Alhambra de Granada, España. Inaugurado el 22 de

20 Francisco Laguado Jayme: *¡Asesinos! Juan Vicente Gómez y Laureano Vallenilla Lanz*, folleto, S/E, S/F, la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba posee un ejemplar.

marzo 1908, el inmueble pertenecía a la compañía norteamericana Bowman Hotels.

Llegó Vallenilla, acompañado de Alejandro Rivas Vázquez²¹ en horas de la noche. Descendía del automóvil cuando vio a su agresor que lo atacaba con un cinto de cuero. Los cintazos cruzaron el rostro del diplomático. Cayó desplomado enseguida, más por el susto que por el dolor. El custodio, desconcertado, preguntó qué había ocurrido. Sin perder la ecuanimidad, Aponte respondió que Vallenilla había sido agredido. Como el policía desconocía la trayectoria del desmayado, solo atinó a ordenar: "Pues que venga también el Vallenilla [...] Todo el mundo para la estación", según testimonió el internacionalista venezolano a Pablo de la Torriente.

Iba a cumplirse el mandato cuando llegó nada menos que el general Pablo Mendieta, jefe de la Policía Nacional. Al ponerse al tanto del suceso, increpó al vigilante por dar igual tratamiento al agresor y al político gomecista.

Trasladado a la estación de policía, Aponte corría el peligro de ser expulsado. Arraiz y Alejandro Rivas Vázquez gestionaron su envío a Venezuela, donde le aguardaba una muerte segura.

Mas Rubén Martínez Villena, previsor, había conversado antes del acontecimiento con los miembros del Juzgado de Guardia, de Prado N° 15. Sospechaba que Aponte llevaría a término su plan. Explicó que Vallenilla no estaría en Cuba en funciones diplomáticas, solo de tránsito. Gracias a ello el incidente no tomó un carácter político. Esa noche estaba de guardia el doctor Gabriel de Quesada. Radicó la causa por "atentado al derecho de gentes" y Aponte fue liberado, tras pagar una fianza. Al día siguiente, marchó a México protegido por Juan de Dios Bojórquez, embajador de este país en Cuba²².

21 Exiliado venezolano, abogado, conferencista y publicista. Fue un oportunista que militó en las filas de la oposición, pero luego renunció a su actitud antigomecista. Mantenía vínculos amistosos con el gobierno cubano, en especial con el dictador Machado. Está por precisar si fue agente del régimen de Venezuela en Cuba.

22 Pablo de la Torriente Brau, "Frente a yanquis y traidores", periódico *Ahora*, 8 de abril de 1934, p. 1.

La mano dura del dictador Gerardo Machado no perdonaba. Llevaba a realidad la amenaza expresada poco antes de ocupar la silla presidencial, cuando dijo: “Conmigo no se juega. A los estudiantes, periodistas y políticos que se me opongan los compro, los encarcelo, los deporto o los mato. Pero no tendré contemplaciones ni con los obreros ni con los comunistas”.

Entre los viajeros que acompañaron a Aponte se hallaba el periodista y crítico de arte Martín Casanovas, español que residía en Cuba desde 1920, fundador y editor de la prestigiosa *Revista de avance*²³. Acusado de comunista, después de guardar prisión, fue expulsado del país.

La prensa reflejó la osadía de Aponte, si bien hubo discrepancias en la información brindada. El reaccionario *Diario de la Marina* ocultó detalles del hecho y tergiversó otros. Su cronista dijo que el ataque había fracasado debido a la defensa de un hijo de Vallenilla, quien al ver la actitud asumida por Aponte se puso de pie sobre el asiento del automóvil y arrojó violentamente una cámara fotográfica a la cara del agresor [...] alcanzándole en el labio inferior y ocasionándole una contusión de carácter leve²⁴.

El Mundo dio a conocer una versión diferente. Reconoció de manera implícita que la agresión sí se había efectuado: “...Vallenilla se negó a concurrir al centro de socorros y a la estación de policía, entregando al vigilante una tarjeta que ostentaba su nombre y su cargo de embajador en misión especial del gobierno de Venezuela”²⁵.

Un artículo titulado “Venezuela”, publicado en la revista *América Libre*, edición del 3 de junio, aplaudió la acción de Aponte,

23 *Revista de Avance* (1927-1930). Mensual. Editores: Alejo Carpentier, Martín Casanovas, Francisco Ichaso, Jorge Mañach y Juan Marinello. Publicación de vital importancia para conocer un período de nuestra historia literaria que se inscribió dentro de los marcos de los problemas estéticos y literarios de su tiempo. Órgano del Grupo Minorista.

24 *Diario de la Marina*, 26 de mayo de 1927, p. 13.

25 *El Mundo*, 26 de mayo de 1927, p. 25.

criticó la actitud de los intelectuales serviles y la opresión que sufría el pueblo venezolano. Por su importancia lo citamos in extenso:

Ningún despotismo ha llegado a tener en América la triste popularidad de que goza el establecido en la cuna de Bolívar por el "Tigre de Marcay", Juan Vicente Gómez.

En todo el continente se conoce la realidad de Venezuela. Veinte y cinco mil venezolanos desterrados, y veintiocho años de crimen, han sido más que bastantes para producir el aborrecimiento general [...] Pero hay quienes son más repulsivos que este tirano sanguinario e imbécil.

Hay quienes son más culpables, por tener una responsabilidad mayor: los intelectualoides, los eruditos, los poetas, cronistas y apologetistas (sic), que no han faltado nunca en las cortes; los que sabiendo cuánto más alta es la misión del pensamiento, transforman sus cerebros en incensarios del Amo y así los columpian ante las gradas del trono en zalemas y genuflexiones lacayunas. Estos mercaderes de la idea, fabricantes de doctrinas, estafadores de la verdad, procuran corromper a la juventud con sus enseñanzas, la imponen el aprendizaje de la servidumbre y llegan a lograr discípulos en aquellos ingenuos a quienes aturdieron los sofismas.

Esa especie cobarde y astuta, indefectible en todo régimen despótico, tiene como representante máximo en Venezuela a Laureano Vallenilla Lanz. El sociólogo que ve en Juan Bisonte la encarnación de su divertido "gendarme necesario" está ahora fuera de Venezuela en viaje a Berlín. Algunos lacayos de Juan Vicente lo recibirán obsequiosos en los sitios a que arribe. Pero en Cuba se ha señalado una pauta para castigar estos tipejos despreciables: un venezolano, de los muchos que sufren el destierro, el capitán Carlos Aponte, joven de veintisiete años, castigó a Vallenilla cruzándole el rostro con su cinto.

Mientras la juventud de América no haga una concentración personal y vaya a rescatar de la barbarie al pueblo desarmado, aterrorizado y agonizante de Venezuela, es saludable táctica perseguir fuera del predio del tirano a los secuaces y lacayos que son sus

propagandistas en el exterior. Es necesario irradiar de América a sus destructores; es imprescindible boicotear por todos los medios a los turiferarios de la tiranía: los Lugones, los Chocano, los Andrés Mata y los Vallenilla Lanz, declarados peligrosos por la juventud consciente de la América, deben sufrir el castigo y la denuncia pública de su gran crimen, el crimen de alquilar la inteligencia a la abyección.

Aponte fue al encuentro de sus coterráneos exiliados en Ciudad de México. Poco había cambiado en la casa de huéspedes, ubicada en la calle Bolívar. En aquel caserón colonial la pobreza era tal que les cortaron el servicio eléctrico por demoras en el pago. Dormían sobre colchonetas colocadas en el piso. Compartían la escasa comida. También cumplían una delicada misión: cuidar a Olivín Zaldívar, la esposa de Mella. Ella se hallaba en estado de gestación muy avanzado. El líder cubano pronto regresaría de Europa, después de participar en el Congreso Antiimperialista de Bruselas. Al fin, todos pudieron reunirse para el natalicio de Natasha, el 19 de agosto de 1927.

Aponte compartió el disgusto de Julio Antonio cuando las autoridades no quisieron inscribir a la niña con el nombre propuesto por el padre (Natasha), alegando que era de origen ruso. Hasta tal punto llegaban los prejuicios anticomunistas sembrados en la conciencia por la propaganda capitalista. Como no tenían cuna para la pequeña, habilitaron la tapa de una maleta. Así fueron las penurias de aquellos revolucionarios cubanos y venezolanos, exiliados en la patria de Benito Juárez²⁶.

Mientras esto sucedía en México, el tirano Machado ordenaba al jefe de la policía secreta de palacio eliminar a Mella porque su labor de propagandista revolucionario lo había convertido en un líder continental, a quien odiaban las autoridades norteamericanas. Fueron enviados dos esbirros con la misión de asesinar al

26 Adys Cupull y Froilán González: *Así mi corazón. Apuntes biográficos sobre Julio Antonio Mella*, p. 166.

joven. Apenas arribaron a su destino, pusieron vigilancia constante a la casa de huéspedes, situada en la calle Bolívar.

Aponte, que fungía como una especie de escolta de Mella, junto a sus coterráneos descubrió a los agentes machadistas; estos, al comprobar que habían sido detectados, huyeron a toda prisa. El guerrillero venezolano había prestado otro valioso servicio a Cuba²⁷.

27 Adys Cupull y Froilán González: *Centroamérica en Julio Antonio Mella*, p. 124.

CONTRA LA FARSA IMPERIALISTA

Diciembre de 1927. Algunos funcionarios machadistas apenas descansaban para cumplir las órdenes del Gobierno, el cual aspiraba a brindar una imagen diferente de La Habana a los ilustres visitantes que recibiría la capital en los primeros meses de 1928, fecha en que se efectuarían las sesiones de la Sexta Conferencia Panamericana.

La tan llevada y traída Unión Panamericana por los órganos de prensa fue valorada así por Mella, en su exilio mexicano: "...no era más que la interpretación arbitraria que a la Doctrina Monroe²⁸ le dan los secretarios de Estado de Washington"²⁹.

Sí. Estados Unidos, con su política del panamericanismo, intentaba poner fin a la influencia del capital inglés en el cono sur americano. San Cristóbal de La Habana estaba de gala. Desde diferentes lugares arribaban al puerto diplomáticos, periodistas y expertos en derecho internacional. El 16 de enero de 1928, por decreto presidencial, es declarado día de fiesta nacional. Los diarios describen

28 La Doctrina Monroe, enunciada inicialmente en 1823 por el entonces presidente de Estados Unidos, James Monroe, presuponía "América para los americanos", entiéndase para los norteamericanos. Con sus transformaciones y adaptaciones, a lo largo de las décadas, representa el ortograma de la política exterior norteamericana, caracterizada por el saqueo de los pueblos latinoamericanos.

29 Julio Antonio Mella: "¿Habrá voces de libertad en el congreso de La Habana?", *El Machete*, 3 de diciembre de 1927.

en páginas completas los pormenores de la inauguración del magno evento y publican los mensajes de los mandatarios, entre ellos el de Juan Vicente Gómez, hipócrita, demagogo, emitido a fines de diciembre: “En esta época de Pascuas me complazco en expresar las esperanzas de una paz interna y externa de los pueblos de América”.

La cita, que contó en el acto inaugural con la presencia de Calvin Coolidge, presidente de Estados Unidos, contribuyó, como había previsto Mella, al fortalecimiento del dominio político-económico del imperialismo yanqui en el continente. Para evitar manifestaciones populares, las fuerzas represivas detuvieron a más de doscientos trabajadores y estudiantes. También adoptaron medidas de seguridad extraordinarias en la Universidad de La Habana, donde sesionaron las comisiones. Fueron suspendidas las clases y a ningún alumno se le permitió acceder al recinto.

Los delegados no podían estar encerrados en sus hoteles, y el 18 de enero una noticia publicada en los periódicos de la ciudad tranquilizó sus ánimos.

Por indicaciones del Jefe de la Nación, los Ejecutivos de los distintos clubs y sociedades aristocráticas de La Habana han acordado la libre admisión a sus salones respectivos de todos los señores delegados a la Conferencia Panamericana, acuerdo plausible en que prueba una vez más el interés del presidente Machado en hacerles lo más grata posible su estancia a tan ilustres huéspedes³⁰.

Aponte había regresado de México. Al conocer que en el cabaré Montmartre se hallaba uno de los secretarios de la delegación estadounidense a la Conferencia, acudió al famoso centro nocturno. A silletazos hizo salir al yanqui del local. Esta acción era una afrenta para Machado y su política de paz nacional a cualquier costo y su lacayismo sin freno a Washington. Si capturaban a Aponte, nadie dudaba que sería asesinado o enviado de inmediato a Caracas. Por

30 *Diario de la Marina*, 18 de enero de 1928, p. 7.

aquellos días se estrechaba aún más la amistad del tirano cubano con Juan Vicente: el 16 de febrero Machado recibía el Gran Collar de la Orden del Libertador de manos de Rafael Ángel Arraiz, embajador de Venezuela en Cuba.

Pero Aponte no estaba solo. Militantes del Partido Comunista organizaron su salida clandestina del país. Ya él había decidido incorporarse a las tropas sandinistas: "Resolví prestar mi concurso a Nicaragua, porque allí se estaba luchando con las armas en la mano no solo por el pueblo de Nicaragua sino por Venezuela y todo el continente".

Confesó sus sueños a Villena, quien era miembro del Comité Central del Partido. Este le entregó una carta que le serviría de recomendación ante Froilán Turcios en Honduras, director de la afamada revista *Ariel* y representante en el extranjero del general Augusto César Sandino. Por su conducto pasaban las comunicaciones del Héroe de Las Segovias, además facilitaba los contactos a los voluntarios que deseaban incorporarse a las guerrillas nicaragüenses. Concluía así un nuevo capítulo en la aventura cubana de Carlos Aponte. En el mes de marzo ya se hallaba en las selvas nicaragüenses, donde dejaría una estela de hazañas. Pero esa es historia para otro libro.

EL REGRESO

Fue un gran combatiente internacionalista, con valor sin límites y honradez a toda prueba. Esto, unido a una simpatía que acentuaba sus cualidades, que puso al servicio del antiimperialismo, le convirtieron en uno de los hombres más útiles de nuestra revolución en la combativa década de los años treinta. Sobre todo por sus cualidades de organizador y agitador, y audaz y valiente como pocos.

RAMÓN NICOLAU

Desde que Aponte conoció que Machado había sido derrocado pensó regresar a la isla. En una carta consultó su propósito con su entrañable amigo el doctor Gustavo Aldereguía. Dijo en su peculiar lenguaje: “Hermano, quiero volver a Cuba a echar las diez de últimas”. Y un buen día, que aún no hemos podido precisar, llegó a La Habana procedente de Ecuador³¹. Constató entonces que la revolución fue traicionada. ¿Qué había ocurrido en la isla?

El 14 de enero de 1934 Fulgencio Batista, cumpliendo el mandato del embajador yanqui, derrocó al denominado Gobierno de los Cien Días, durante el cual las medidas de beneficio popular

31 Debe haber sido a fines de marzo o principios de abril, pues Pablo, en uno de sus trabajos periodísticos afirma, a inicios de abril, que había llegado hacía apenas unos días. Sin embargo, el historiador y escritor mexicano Paco Ignacio Taibo II sostiene que fue en noviembre de 1933, así lo informó en comunicación personal al autor. Otras fuentes también señalan el mes de noviembre como la fecha del arribo.

adoptadas e impulsadas por Antonio Guiteras, secretario de Gobernación y luchador antiimperialista, lastimaron el orgullo y, sobre todo, los intereses de los norteamericanos.

En apariencia, los destinos del país eran regidos por Carlos Mendieta, viejo caudillo político que desde hacía tiempo había olvidado los ideales que lo llevaron a la manigua para combatir al colonialismo español. En realidad, Batista y Jefferson Caffery, el ministro yanqui en La Habana, tenían en sus manos los hilos del poder.

Guiteras no claudicó y se sumergió en la clandestinidad, fundó la TNT, antecesora de Joven Cuba, organizaciones que pretendían derrocar el régimen mediante la lucha armada.

En tanto el Partido Comunista efectuó, a fines del mes de abril, su II Congreso que también aprobó como línea de acción la vía armada. A partir de entonces el Frente Rojo, fuerza de choque de la Comisión Militar de esta organización, desempeñaría un papel de vanguardia en el enfrentamiento violento al gobierno títere.

Durante aquellos días agitados, los combatientes del Frente Rojo confiscaron un moderno Ford para utilizarlo en actividades individuales y en otras coordinadas con Joven Cuba. Al comunista Guillermo Salgado le asignaron conducirlo. En muchas de las misiones trasladó solo a dos pasajeros: Carlos Aponte y Ramón Nicolau, Monguito. Este último le había dicho al chofer, refiriéndose al venezolano: “Es como si el auto fuera de su propiedad”.

Nicolau y Aponte, en medio de los riesgos de la lucha, forjaron una gran amistad. El máximo dirigente de la Comisión Militar era hijo de una familia humilde habanera, nació el 28 de octubre de 1905. De oficio zapatero, desde los veintiún años militaba en el Partido. Realizó sus primeras actividades revolucionarias en la fábrica donde laboraba, y por su dedicación a la causa fue seleccionado secretario general del Sindicato del Calzado en 1930 y miembro del Comité Central de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC). En 1932 integró el Comité Central de Partido. Se destacó en la huelga de marzo de 1930, al frente de los trabajadores de su sector, y en la protesta del 30 de septiembre de ese año, donde

cayeron heridos Pablo de la Torriente Brau, el estudiante Rafael Trejo y el dirigente obrero Isidro Figueroa.

Su horizonte político se amplió en 1931 cuando el Partido lo envió a cursar estudios en la Unión Soviética, bajo el pseudónimo de Justo Ríos. En Moscú conoció a connotados dirigentes del movimiento obrero y comunista internacional, como Tina Modotti, Ernest Thaelmann y Ho Chi Minh. También matriculó en la Escuela Superior de Guerra Mijaíl Frunze. Regresó a la isla a finales del mes de marzo de 1933.

Su confianza en el internacionalista venezolano era ilimitada. Lo nombró instructor militar de las fuerzas de choque. A partir de entonces se hizo habitual ver a Aponte en los terrenos de la Universidad de La Habana, donde dirigía las prácticas. Apenas descansaba. Concentrado en la lucha, no se ocupaba de su bienestar personal.

Aquel hombre que tantas veces confiscó miles de pesos, de los que entregara a Nicolau hasta el último centavo, pasaba hambre. Sus pantalones se sostenían por medio de un cordel a guisa de cinturón porque no tenía dinero ni para comprar el más modesto de ellos, pero nada de aquello le preocupaba, solo la preparación y el éxito de la revolución [...] Dormía donde podía y en muchas ocasiones en casa de Guillermo Salgado. En una oportunidad descubrió, sobre una silla, un cinturón de varios colores que Salgado confeccionó durante una estancia en la cárcel. Aponte lo celebró y este, comprendiendo su necesidad, se lo regaló en aquel momento. Aponte, parsimoniosamente, se quitó el cordel y tomando el cinturón exclamó en forma de chacota:

—Las cosas deben estar en manos de quien las necesita [...] Esta no es una confiscación obligatoria como las que nosotros realizamos... Y ambos combatientes prorrumpieron en sonora carcajada ante aquella ocurrencia. Aquel cinturón acompañaría desde aquel día

y sujetaría los pantalones de quien tan bien puestos los tenía el mismo día de su muerte³².

Aponte, orgulloso, narraba a sus compañeros los episodios que vivió al lado de Sandino en Las Segovias. De esta manera realizaba labor política. Un día, cuando más animada estaba la conversación, para asombro de todos, extrajo un documento amarillento, gastado por el tiempo y firmado por el General de Hombres Libres. La reliquia recogida en Ramón Nicolau: “Carlos Aponte, rasgos de su personalidad revolucionaria”, publicado en *Granma*, decía:

El suscrito, General y Jefe Supremo del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, en uso de las facultades conferidas por el mismo Ejército, hace constar:

Que el Teniente Coronel Carlos Aponte Hernández, ciudadano venezolano, ha prestado sus servicios en nuestro Ejército desde el cuatro de marzo del año próximo pasado, en la lucha sostenida por nuestras Fuerzas contra la invasión yanqui, distinguiéndose en muchos de los combates en nuestra campaña libertadora y que en esta fecha se retira de nuestras filas por convenirle así a la causa de la América Latina contra el imperialismo yanqui.

Cuartel General de El Chipotón, Nicaragua, C. A., febrero, primero de mil novecientos veintinueve.

Patria y Libertad

A. C. SANDINO

En su nuevo exilio cubano, Aponte conoció detalles de cómo murió Laguado. Supo entonces que su amigo, uno de sus mentores en la Cueva Roja, fue víctima de un complot urdido entre la policía de Machado y Arraiz, representante del dictador venezolano en Cuba. Al joven periodista lo arrojaron a los tiburones en la bahía de La Habana por órdenes de Santiago Trujillo, jefe de la Policía Secreta del tirano. A la palestra pública salía el caso, pues se

32 Arquímedes Poveda Godínez: *Un hombre de leyenda*, p.127.

efectuaban las audiencias del juicio a los responsables del crimen: Gerardo Machado Morales, Alfonso L. Fors, Santiago Trujillo Martínez y Florencio García Gallardo.

Machado y Fors se hallaban en el extranjero, lejos del alcance de la justicia. Aponte fue testigo de los turbios manejos del tribunal a cargo del juicio. La abogada Berta Darder tuvo la iniciativa de acusar a los implicados, por ello sufrió presiones y amenazas. En sus memorias recordó:

...cuando lo acusé ante el Tribunal Nacional de Sanciones, como cómplice en el asesinato del periodista y revolucionario venezolano Francisco Laguado Jayme, mi voz fue la voz que clama en el desierto. Muchas personas conocidas se me acercaron para pedirme que retirara la acusación, asegurándome que era injusta, que Fors jamás había intervenido en ninguna forma de asesinato político. Sin embargo, persistí, no por ningún motivo personal sino porque yo tenía las pruebas que demostraban lo contrario³³.

Más adelante agregó:

El fiscal no acusa, Fors no es procesado, no tiene que molestar por ese motivo ni siquiera en presentarse a juicio y, algo más, la prensa adelanta la noticia antes de que se vea el juicio, de que será absuelto. A la caída de Machado, Fors había huido a Miami, pero una vez sentenciado el juicio contra los otros acusados y cuando se ha podido dar perfecta cuenta del clima que impera en el Tribunal Nacional de Sanciones, que es un instrumento para burlar la justicia revolucionaria, Fors, que posiblemente ya había sido nombrado por Batista Jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército, decide regresar para quedar libre de la acusación que pesa sobre él y, reconocida su inocencia, actuar libremente al servicio de Batista, el cual quería aprovechar la habilidad y eficiencia policíaca de este para su aparato de represión.

33 Ofelia Domínguez: *50 años de una vida*, p. 288.

El juicio fue rápido para llenar las formas exclusivamente, todo lo contrario que se hizo en la primera parte del mismo, que se anuló por el nombramiento de magistrados a otros puestos, tratando así de desistir a la acusación. Aquí, por el contrario, no fue obstáculo el nombramiento de los magistrados para que fallaran en el juicio. Se quería terminar rápidamente. Es de notar que el 13 de mayo, cuando el juicio estaba señalado para dos días después, se hizo un registro en mi domicilio. Que el 7 de junio el tribunal dictó sentencia absolutoria y que el día 11 fui detenida al salir exiliada para México. No es difícil ver en esto la mano de Fors, Jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército, en represalia contra la única persona que lo había acusado. Había ya declarado por radio: "A mí únicamente me acusan los delincuentes"³⁴.

Lo sucedido durante el desarrollo del juicio fraudulento demostró a Aponte la necesidad de hacer cambios radicales en la sociedad cubana, porque la revolución había sido escamoteada. En las actividades de los grupos de acción encontró desahogo a las frustraciones. Eran momentos de inestabilidad, arribismo y ajustes de cuentas.

Aponte disfrutaba de las ocurrencias de Manuel Porto Pena, el gallego jefe del Frente Rojo, hombre fogueado en la lucha, de valor personal a toda prueba; a cualquier hora se le podía llamar a los talleres metalúrgicos de Casablanca, donde trabajaba. Su tozudez era tal que algunos militantes decían: "Si el Partido le ordena al gallego tumbar una gruesa pared con la cabeza él no lo piensa dos veces y comienza de inmediato a darle cabezazos a esa pared".

Fueron aquellos humildes obreros quienes rescataron a Aponte, a riesgo de sus vidas, después del enfrentamiento espectacular con el general Urbina.

34 *Ibíd.*, p. 291.

EL DUELO

Un mechón de pelo rebelde caía sobre la frente de Pablo. Su risa contagiosa, explosiva, retumbaba por algunos instantes mientras escuchaba las aventuras de Aponte. Sobre la mesa un ejemplar de *Ahora* correspondiente a aquel domingo 8 de abril de 1934, en el que había publicado el primer capítulo del reportaje “Frente a yanquis y traidores. Episodios de la vida de un ayudante de Sandino”, vívido relato del venezolano, reproducido por el periodista con su pluma ágil y lenguaje directo.

Estaban en la casa de Aldereguía. Pablo, más que oír, grababa en su mente cada detalle del testimonio deslumbrante. Transcurría la mañana. El médico los invitó a almorzar, ofrecimiento que aceptaron.

Mientras, en el Hotel Roosevelt, tres venezolanos conversaban animadamente. Uno de ellos era el general Rafael Simón Urbina, quien leía un periódico. Una mueca se dibujó en su curtido rostro. Los ojos se detuvieron en la crítica que hizo Aponte al caudillo guerrillero Rafael Emilio Arévalo Cedeño. Se encolerizó. Blasfemó.

A las cuatro de la tarde Aponte y Pablo, en busca de noticias para *Ahora*, caminaron hacia el puerto de la bahía de La Habana. Dos horas más tarde se despidieron, Pablo iba apresurado a la redacción del periódico y Aponte se dirigió a la casa de una cuñada de Aldereguía. La música invadía la sala, el caraqueño no perdió

la ocasión para demostrar sus habilidades danzarias; después, la anfitriona lo invitó a un baile que se efectuaría por la noche, allí en su residencia. Él aceptó y marchó hacia el sanatorio La Esperanza, donde vivía gracias a la bondad de Aldereguía.

En el trayecto se acordó de Espinosa, el joven ayudante del general Urbina; como el Roosevelt le hacía camino, no dudó en llegar para invitar al coterráneo a la festividad nocturna; además, así podría saludar a otra cuñada del médico amigo, hospedada en el hotel ubicado en San Miguel y Amistad.

Encontró en la recepción al general, a Espinosa y a Iturbe, otro coterráneo suyo. Los saludó efusivamente y se sentó con ellos.

Espinosa lo felicitó por el reportaje publicado en *Ahora* y le contó que se lo había mostrado a las muchachas, a quienes también les había gustado. La conversación fluyó bajo la mirada calculadora de Urbina. De súbito, este intervino:

—¿Por qué ataca usted al general Arévalo Cedeño? Él me hablaba muy bien de usted.

—Pues, usted sabe muy bien que él es un sinvergüenza y lo que digo es la verdad —le respondió Aponte con seguridad.

—Yo quisiera que dijeran algo de mí para matar un [...] pues no crea que Carlos Flores y Gustavo Machado se me salvan [...] donde los encuentre [...]

—El día que tenga que decir algo de usted me fajo con un revólver y cincuenta tiros, pues ya le conozco.

Urbina se puso de pie, el rostro le temblaba de ira.

—Ustedes no son más que una partida de [...] habladores de [...] yo soy muy macho [...]

Aponte cerró los puños. Deseaba asestarle un golpe, sin embargo, sabía que el general siempre estaba armado.

—Usted tiene que rectificar y si no, se mata conmigo.

—Espérate un momento.

—Dejen eso —dijeron al unísono Iturbe y Espinosa.

Pero Urbina no les hizo caso y caminó hacia el ascensor. Allí se encontraba su esposa María Isabel, en ese instante bajaba de la habitación 505, donde se hospedaba.

Aponte, resuelto, fue al encuentro con el general.

—Espéreme veinte minutos y nos vamos a matar como hombres.

Urbina perdió la paciencia y agarró por el pecho a Aponte con la intención de llevarlo hacia el interior del ascensor. Forcejearon. Aponte lo empujó. Logró quitarse de encima aquellas manazas que parecían soldadas a su traje y salió a toda velocidad hacia La Esperanza en busca de su pistola. Cuando volvió, alquiló un automóvil, lo mortificaba la idea de que ya había pasado el tiempo prometido para regresar. No quería que su rival lo considerara cobarde.

Estaba en desventaja, Urbina lo esperaba acompañado de dos hombres. Antes de acudir al encuentro pidió al chofer pasar por la redacción de *Ahora*, sabía que Pablo era valiente y que no lo dejaría solo en el peligroso lance. Trazó un plan sencillo. Al llegar al Roosevelt, Pablo invitaría en nombre de Aponte al general para que le acompañara hasta el automóvil, con alguno de sus ayudantes. De allí irían a efectuar el duelo en un reparto.

—Acaba de marcharse —le dijo Martínez Márquez, director de la publicación.

Regresó. En el hotel aguardaban por su presencia. Sospechaban que algo le había ocurrido al teniente coronel sandinista, era la única explicación de la demora. Cuando lo vieron pasar en un automóvil se pusieron en guardia.

Abrió la puerta a unos veinte metros de la misma y me tiré del auto ya parado —narró Aponte en una carta. Espinosa salió a la puerta y me dijo:

—Déjate de esas cosas.

Yo le dije: “Dile a Urbina que se venga a mi automóvil”. Durante este pequeño tiempo Urbina venía sobre la puerta en actitud agresiva, con la mano en el bolsillo. Espinosa trató de atajarlo y lo empujó, diciéndole “Déjense [...] a ese [...]”. Yo retrocedí al medio de la calle con la mano en la pistola que la tenía en la barriga, y le dije: “Sale de una vez para matarnos”. Urbina se abalanzó sobre mí, quitándome terreno y diciéndome: “Espérate” [...] salieron los disparos. Salí herido y Urbina cayó al suelo. Si lo hubiera querido matar en el suelo, me quedaban dos balas, pero no lo hice. Soy suficiente hombre para no hacerlo³⁵.

Los subalternos de Urbina gritaron desaforadamente en la calle. Pero la frase de Aponte los paralizó: —Si quieren, atáquenme —les conminó, mientras apuntaba con su arma. Luego, con el pie manando sangre, sin descuidar su retirada, se dirigió al automóvil. Ocasión que aprovecharon Urbina y uno de sus amigos para dispararle. Él ripostó, mas se le agotan las municiones. Solo una casualidad pudo salvarlo.

El chofer, asustado, se marchó. Herido, sin balas, esperaba lo peor cuando apareció un policía alarmado por el sonido de los disparos. Enseguida se sumó otro agente vestido de civil. Aponte, astuto, se agarró a la súbita tabla de salvación. No ofreció resistencia y entregó su arma. En ese instante regresó el vehículo que le había traído al hotel. En él lo condujeron a la clínica Fortín-Souza, en Pozos Dulces y Bruzón³⁶. La estancia sería breve, pues pensaban llevarlo al tenebroso Castillo del Príncipe, después de las primeras curas, donde lo juzgarían. Al parecer, el exiliado vivía su última aventura en suelo cubano.

Pero no. La noticia del espectacular duelo corrió por la ciudad y sus amigos comunistas decidieron actuar. Ramón Nicolau, al conocer la peligrosa situación en que se hallaba, no dudó en ordenar

35 Carlos Aponte: “Mi lance con el general Urbina”, *Ahora*, 20 de abril de 1934, p. 4.

36 *Ahora*, 9 de abril de 1934, p.1. Otras fuentes indican que la clínica se hallaba en Jesús del Monte, esquina a Calle Cocos.

rescatarlo a un comando del Frente Rojo. A las tres y treinta de madrugada se efectuó la acción. Sin contratiempos lograron silenciar al custodio, maniatarlo y llevarse al convaleciente a La Esperanza. Todo sucedió como si ocurriera en un filme norteamericano.

Urbina fue intervenido quirúrgicamente el día 10 por los doctores Tarafa y Monteavaro, especialistas de la Asociación Cubana de Beneficencia. El paciente presentaba dos heridas: una en el vientre, con entrada y salida del proyectil, y otra en una rodilla. No había peligro para la vida. Los galenos declararon que el estado del herido era bastante satisfactorio y que no tenía fiebre.

LEÑA DEL ÁRBOL CAÍDO

El duelo continuó siendo noticia para la prensa habanera durante unos días. La mayoría de los periódicos presentó el enfrentamiento como un altercado entre gomecistas. Igualaban así al oportunista caudillo con el revolucionario auténtico. Había que dismantelar esta campaña difamatoria. De ello se encargó Pablo de la Torriente Brau con el artículo siguiente:

Causas verdaderas del incidente Aponte-Urbina

Urbina es atacado en dos libros por Gustavo Machado y Carlos M. Flores. Falsedad de los ataques a Carlos Aponte, ayudante de Sandino.

La prensa ha dado una versión en extremo superficial del incidente Aponte-Urbina. En varios casos, o por mala fe o por encontrarse Aponte imposibilitado de declarar, dicha versión, a más de superficial ha sido unilateral. Yo voy a aclarar ahora ciertos puntos para ponerlos en conocimiento del estudiantado revolucionario de Cuba, entre quien la figura de Aponte cuenta con muchas simpatías por su larga lucha contra los yanquis y los traidores, y ante cuya masa estudiantil, así como ante la opinión pública, se ha pretendido desfigurar la realidad de los hechos con un desconocimiento total de sus causas.

En sucesivos artículos que se publicarán en el Magazine Dominical de *Ahora* iré relatando episodios de la vida de Carlos Aponte Hernández, pero a reserva de ello debo señalar aquí los relieves estupendos de su figura de luchador, con más de doce años de infatigable contender por la liberación política y económica de América Latina.

En esta lucha fue, ciertamente, en Cuba donde Carlos Aponte, en 1925, pudo ver con claridad la verdadera posición de un revolucionario y, sin pertenecer a ninguna agrupación, porque es hombre en extremo anárquico, comenzó su carrera al lado de Sandino de quien llegó a ser primer ayudante durante los dos años más rudos de aquella campaña. Antes de venir a Cuba había peleado dos veces en Venezuela, en donde tiene hace cinco años preso a un hermano, de Nicaragua pasó a Colombia para penetrar a su país y fue puesto en prisión por más de dos años; también sufrió casi un año de cárcel en Perú, y por último pasó a Chile y Ecuador, de donde llegó a Cuba hace apenas unos días. Este es el retrato relampagueante del coronel Carlos Aponte Hernández.

El general Rafael Simón Urbina no puede, en modo alguno, ofrecer unos perfiles semejantes a la consideración pública; por tratarse de un hombre herido dejaré, para otra oportunidad, el delinear su figura política, para lo cual estoy allegando datos. Solo, pues, me referiré al porqué de los hechos, porque, como comprenderá el lector, los hombres no se entran a tiros por el gusto de hacerlo sino por alguna razón.

La razón era un tanto difícil para encontrar para las exigencias de los reportajes precipitados de las crónicas policíacas.

La razón del incidente Aponte-Urbina está en los vericuetos de la política venezolana. Tan turbia como la nuestra, lo que hay que decir, para que se sepa de una vez, cuál fue el móvil que movió a Aponte a “liquidar” el asunto, es que el general Rafael Simón Urbina, por los

ataques claros y precisos que le han hecho sucesivamente Gustavo Machado y Carlos M. Flores, el primero en “El asalto a Curazao” y el segundo en *El terror y el trabajo forzado en Venezuela*, se ha permitido al propio Aponte que “a esos no se tomará el trabajo de matarlos, sino que los mandará a matar, como si fueran perros”; la frase no es sino un anticipo de lo que será Venezuela cuando muera Juan Vicente y se desborden sobre ella los “pretendidos derechos”, las ambiciones y los odios contenidos por tanta tiranía. La frase pinta también a uno de los hombres que puede llegar a ser más funesto para Venezuela, porque quien desde ahora, sin el poder, piensa así y es capaz de decirle a un hombre como Aponte, amigo de Gustavo Machado y de Flores, es muy capaz de cumplir su promesa y caer en los mismos procedimientos de Juan Vicente Gómez, el repulsivo Tigre.

Ahora es justo que se conozca la naturaleza de los ataques que hacen de Urbina, Gustavo Machado y el salvadoreño Carlos M. Flores, el primero en su folleto “El asalto a Curazao” hace ver con toda claridad que se trató única y exclusivamente de un movimiento iniciado y controlado por obreros, para el que se nombró como técnico militar a Urbina, quien fracasó en el empeño. Ese folleto no deja lugar a duda sobre la naturaleza del golpe y el papel secundario que en el mismo desempeñó Urbina, con lo cual se disminuye el prestigio revolucionario de este.

El libro ya famoso de Carlos M. Flores *El terror y el trabajo forzado en Venezuela*, es mucho más explícito y ataca directa y personalmente a Urbina. En un párrafo dice así refiriéndose a este:

“El primero había sido (ilegible) por Machado (Gustavo) para que nos sirviera como «técnico militar» y baquiano (práctico, guía), pues tenía fama de ser hombre experimentado en asuntos de guerra y gran conocedor de las sierras de Coro (ninguna de las cualidades poseía)”.

Al mismo tiempo que Urbina es enjuiciado en los dos trabajos mencionados, Carlos Aponte recibe elogios [...] Esta es la génesis, este es el porqué del incidente. Es la lucha entre un revolucionario que jamás ha disfrutado de prebenda ninguna y que ha sacrificado toda su juventud a la revolución antiimperialista, aunque sin pertenecer a ninguna agrupación y un “caudillo” más de los típicos en la América Latina.

Y el incidente no ha terminado, porque algún día volverán a encontrarse el coronel Aponte, a quien un periodista de *El País* de ignorancia capitalina en asuntos latinoamericanos hace sospechoso de “vicentista”, y el general Rafael Simón Urbina. Para cuando eso suceda, sirva de alguna información esta crónica³⁷.

Aponte leyó las falacias de la prensa, y a pesar de su estado de convaleciente intervino en defensa propia mediante una carta que tituló “Mi lance con el general Urbina”. En esta misiva describió los pormenores del duelo. El texto resultó un documento contundente, difícil de refutar por los periodistas de pluma ligera, siempre en busca del sensacionalismo fácil. El caraqueño reconoció sus simpatías hacia los comunistas:

El general Urbina me acusa de comunista peligroso, según manifestó al juez de la causa que se seguirá contra mí por haber obrado como varón y en defensa de mi honor de revolucionario y personal. No me afecta en nada el calificativo que me da, pues respeto y admiro a los que militan por realizar ese ideal³⁸.

En su réplica, Aponte denunció pasajes oscuros de la vida del general:

37 *Ahora*, 13 de abril de 1934, p. 4.

38 *Ahora*, 20 de abril de 1934, p. 4.

Naturalmente el general Urbina, que usa galones dados por él mismo por méritos de sus fracasadas expediciones a Venezuela, donde los que lo acompañan no regresan, porque caen en manos de Gómez o mueren peleando, y en cambio él, por su “valor”, sale al extranjero a contar el cuento, dejando a sus compañeros abandonados; también asesinando a los campesinos indefensos, para los cuales tiene la simpática forma de bandido; aceptándole a Gómez garantías en 1919, para ser uno de sus esbirros, y en 1927, al mando de un grupo de “chácharos”, ordenado por su jefe “planeaba” a los estudiantes de Caracas, también haciendo “revoluciones” con un coronel Fossi³⁹, un bandido igual a él, para robarse el dinero de la Aduana de la Vela de Coro, donde Fossi era administrador y él Comandante de Resguardo, y perdonándole la vida al coronel Aramilla, en premio de sus merecimientos por haber asesinado al general Hernández, uno de los revolucionarios más grandes que ha tenido Venezuela y asesinado por órdenes de Gómez, ejecutándolo Aramilla y sus fuerzas, que era entonces Interventor de la Aduana de Vela.

¿Había exageración en las palabras de Aponte? No. Leamos esta síntesis de la controvertida vida política de Urbina. Natural de Puerto Cumarebo, estado Falcón, nació en 1897. Era hijo del guerrillero antigomecista Antonio Urbina Chirinos, quien murió en la cárcel. Rafael Simón participó en varios proyectos insurreccionales. El primero de ellos en 1913, bajo las órdenes del general José Manuel Hernández, El Mocho. Esa vez fue apresado y estuvo en prisión hasta febrero de 1915. Implicado, junto con su tío Manuel Urbina, en actividades conspirativas (1919), retomó las armas e inició cuatro años de intensa lucha en las montañas de Falcón.

Marchó al exilio en 1923 y residió en La Habana y en Barranquilla. Pero cuando conoció el decreto de amnistía de 1925, regresó

39 Se refiere a Roberto Fossi quien, con Urbina, fue escolta del gobernador de Caracas, Rafael María Velasco, en 1928.

a Caracas. Ya sabemos que participó, en 1928, en la revuelta de La Vela de Coro y en la acción de Curazao al año siguiente.

En 1930 se traslada a México, donde establece relaciones con altas personalidades de la política mexicana: el general Saturnino Cedillo, el general Pérez Treviño y el general Arturo Bernal, jefe del Estado Mayor, quienes le ofrecen respaldar sus planes de una nueva invasión a Venezuela. En octubre de 1931, junto con 137 braceros mexicanos y 8 venezolanos, desembarca por Puerto Gutiérrez (estado Falcón) y toma Capatárida (12-10-1931) siendo vencido una vez más por las tropas del general León Jurado, ante lo cual se ve en la necesidad de huir nuevamente del país⁴⁰.

Hagamos un paréntesis. Hasta aquí, en apariencia, Urbina fue un opositor tenaz e ineludible del gobierno gomecista. Sin embargo, Aponte tenía razón. Se ha podido precisar que el general, en 1928, colaboró en una organización policial especial a las órdenes de Rafael María Velasco, gobernador del Distrito Federal. Su adhesión a Juan Vicente Gómez se manifestó en las cartas enviadas el 29 de febrero de ese año (publicadas en el *Boletín*, N° 30, p. 157). En una de ellas expresó:

Hago votos por su Ventura personal al escribirle la presente cuyo objeto principal, también, es llevar a su ánimo; que le reitero, una vez más, mi adhesión y partidismo. En los sucesos de Caracas conceptué de mi deber y lealtad estoy al lado del Gobierno del Distrito para sofocar el desorden y de mi conducta en estos momentos le dará cuenta el General Rafael María Velasco [...] estoy a sus órdenes para cumplir sus instrucciones en donde crea útil a la patria y a su causa.

Sin comentarios. Su trayectoria posterior al duelo con Aponte tampoco le favorece. En 1936 regresó a Venezuela, luego de

40 *Ibíd.*

resolverse a su favor una acusación por el homicidio de Raimundo Ortiz Sandoval. Por esa época ofreció sus servicios al presidente Eleazar López Contreras, como abanderado del anticomunismo, actitud que suscitó violentas polémicas entre sus antiguos compañeros de rebeldías. En 1945 actuó en contra del golpe de Estado del 18 de octubre, por lo que fue obligado a asilarse en la embajada de Haití (octubre-diciembre de 1945). En Santo Domingo pidió ayuda al dictador Rafael Leónidas Trujillo para organizar una nueva invasión a Venezuela. Invitado a regresar al país, después del golpe de Estado del 24 de noviembre de 1948, pidió la restitución de sus bienes (los cuales habían sido confiscados por el Tribunal de Responsabilidad Civil y Administrativa, en 1945), solicitud que no atendieron las autoridades. Tuvo un final violento.

Molesto ante la actitud asumida por Carlos Delgado Chalbaud, para ese entonces presidente de la Junta Militar de Gobierno, Urbina prepara un plan para secuestrarlo, el cual se lleva a cabo en la mañana del 13 de noviembre de 1950. Conducido a la quinta Maritza, propiedad de Antonio Aranguren, ubicada en la Urbanización Las Mercedes de Caracas, Delgado Chalbaud es ultimado en el transcurso de un forcejeo, mientras Urbina es herido accidentalmente. Sacado por una comisión del Gobierno de la embajada de Nicaragua, donde se había refugiado, Urbina es llevado a la cárcel del Obispo y, esa misma noche, es asesinado durante su traslado a la cárcel Modelo. Las extrañas circunstancias en las cuales ocurre su deceso han despertado sospechas acerca de los verdaderos motivos del secuestro y muerte de Carlos Delgado Chalbaud, sobre todo si se considera que la desaparición de este último del escenario político favoreció el ascenso de la figura de Marcos Pérez Jiménez⁴¹.

Una vez caracterizado el personaje, podemos concluir que aquel duelo fue un encuentro entre dos hombres representantes de diferentes maneras de luchar por la revolución, de asumir el

41 *Ibíd.*

difícil sendero que conducía a la libertad. En ellos estaba presente la Venezuela profunda, con sus grandes contradicciones políticas y sus rezagos del colonialismo.

Aponte era el heredero de la Venezuela revolucionaria, bolivariana. Llevaba en sí las mejores tradiciones combativas y ponía su piel en la consecución de sus ideales, sin pedir nada material a cambio. Y Urbina era el típico caudillo oportunista, que hizo carrera y llenó su bolsa jugando a la revolución. Aventurero y reaccionario hasta la médula, dejó tras sí una mancha de traiciones y violencia.

CLANDESTINO

Pronto restableció la salud. La represión cada día ganaba mayor espacio en la sociedad cubana y los compañeros del Partido Comunista temían que Aponte, buscado afanosamente luego del altercado con Urbina, cayera preso.

Si los gendarmes descubrían su escondite no dudarían en sacarlo de manera violenta del mismo, sin respetar siquiera que era una clínica. Lo mejor era trasladarlo de manera clandestina a la casa de algún comunista. Al menos hasta que transcurriera el tiempo necesario para que el incidente se “enfriara”.

El hombre escogido para proteger al venezolano fue Filomeno Rodríguez Abascal, humilde militante que vivía con su esposa Ofinia y sus pequeños hijos en una casa ubicada en la calle San Rafael. Allí Aponte se sintió en familia. Los niños lo llamaban tío. A Nena — así le decían en la intimidad a la compañera de Filomeno — prometió el guerrillero llevarla a Venezuela cuando fuera derrocado el Bisonte⁴².

Los cubanos son de buen comer y a veces rayan en la exageración a la hora de sentarse a la mesa. Es la herencia española. Al principio Nena, que desconocía los hábitos de su inquilino, le sirvió con caballete el plato. Pero él lo rechazó. Ella quedó confundida.

42 Este capítulo está basado en el testimonio de Filomeno Rodríguez Abascal, “Cómo se conocieron A. Guiteras y C. Aponte”, publicado en *Bohemia*, el 5 de junio de 1964.

Aponte se dio cuenta al vuelo y le dijo persuasivo: “Un revolucionario debe acostumbrarse a comer poco para cuando lleguen los tiempos malos”.

Esta actitud de Aponte, a nuestro juicio, no solo estuvo dada por la austeridad, por su vocación de sacrificio, sino también debe haber pesado en su ánimo la idea de causar la menor cantidad de gastos a la familia de escasos ingresos.

La vida hogareña, tranquila, llena de delicadezas, hizo que extrañara a la madre. Doña Socorro vivía en Nueva York, donde tenía una casa de huéspedes. A su encuentro fue el hijo andariego. Por las noches los inquilinos mientras saboreaban las caraotas ahogadas en espeso caldo, las hallacas, los plátanos asados y arepas, escuchaban las anécdotas que narraba Aponte con su apasionamiento.

Pronto la añoranza se impuso. Para él, aunque estaba junto a la madre, fueron días de angustia, pues vivir alejado de la acción devoraba su paciencia. Loló de la Torriente, escritora cubana de ideas comunistas, también exiliada en Nueva York, compartió aquella difícil temporada con el guerrillero venezolano. Ella apuntó:

Un día, no recuerdo cómo, conocimos a un hombre audaz y lleno de extrañas inquietudes. Era venezolano, desordenado y muy impulsivo. Tomaba mucho [...] hay gentes que cuando beben se hacen interesantes, adquieren espiritualidad, belleza de pensamiento, habilidad y cierta riqueza de expresión que no poseen estando sobrios. Era el caso de Carlos Aponte⁴³.

Inadaptado al modo de vida norteamericano, regresó a Cuba y otra vez residió en el hogar de Filomeno. Era evidente que el prolongado encierro lo afectaba. Necesitaba aire fresco. Nada mejor que el mar para el espíritu de un inmigrante. Observarlo disfrutar de la vista perdida en el horizonte es la confirmación de que existe la posibilidad del retorno, es la esperanza que solo se apaga con la muerte.

43 Loló de la Torriente: *Testimonio desde dentro*, p. 273.

José Zacarías Tallet, poeta y periodista de izquierda, a quien conocía desde su primer exilio en Cuba, poseía una casa de veraneo en la playa de Santa Fe. Este inmueble era utilizado por los miembros del Partido Comunista.

Filomeno, preocupado por el estado anímico de su compañero, lo invitó a pasar un fin de semana en aquella vivienda. Santa Fe era un pueblo de pescadores que creció al noroeste de la capital, entre Baracoa y Jaimanitas. Aunque no era un gran balneario sobresalía por la belleza de sus arenas, y la lejanía del bullicio urbano constituía su mayor atracción.

La carretera serpenteaba cerca de las rocas. La brisa ensanchaba los pulmones y Aponte comenzó a sentir que un bienestar invadía, poco a poco, su cuerpo tenso, donde los músculos cedían. Miraba con atención los carteles que tenían impresa una palabra: PRIVADO.

Fue algo inesperado y no pudo evitar que los músculos volvieran a su estado anterior. Su rostro se transfiguró y los ojos negros centelleaban, mas una idea feliz lo tranquilizó.

Furioso, comenzó a destruirlos. Filomeno, estupefacto, seguía aquella arremetida súbita contra los carteles. “Si se ha hecho una Revolución, cómo esto va a ser privado, para los burgueses, y no para el pueblo”, le dijo a su fiel amigo, quien no salía de la sorpresa y solo atinaba a observarlo en silencio⁴⁴.

Filomeno no era el único sorprendido. Una pareja de la Guardia Rural también miraba incrédula la escena. Quizás los soldados pensaron que se trataba de un loco o un borracho. Pero no lo averiguaron, ordenaron que los siguiera al cuartel. Sin embargo, recibieron una resistencia rociada con palabrotas.

Filomeno intercedió para evitar que el asunto se complicara. Explicó a los uniformados que Aponte era un coronel que estaba veraneando. Por suerte, sus palabras surtieron el efecto esperado y los dos militares se retiraron enseguida, después de pedirle

44 Filomeno Rodríguez Abascal: ob. cit., p.14.

disculpa al airado “oficial”. Cuando Tallet conoció el episodio exclamó: “¡Me has traído un loco!”.

Treinta años más tarde, Filomeno recordó otros sucesos que ilustran la temeridad de su inolvidable huésped: “Algunas veces trabajaba por la libre, como cuando le partió la cabeza al yanqui administrador de los Ten Cents en La Habana, para que las compañeras de ese sector ganaran su huelga”⁴⁵.

45 Ibídem.

EN LA DEFENSA DEL INSTITUTO

Las balas de Springfields, ametralladoras y armas cortas, combinadas con gases tóxicos y lacrimógenos, caían como aluvión sobre los indefensos jóvenes que avanzaban hacia el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Era el 3 de mayo de 1934, un año de frustraciones, de sueños desvanecidos por la mediación norteamericana y la traición de las fuerzas reaccionarias que temían un cambio radical en la sociedad neocolonial.

El prelude de esta jornada sangrienta ocurrió el día antes cuando el Ejército ocupó la Escuela de Artes y Oficios. Sus estudiantes protestaron. Convocaron a sus compañeros del Instituto y hacia allí se dirigieron casi al filo del mediodía, escoltados por consignas.

“Abajo la jaiba de Río Verde”, gritó uno en alusión a Mendieta. “¡Abajoooo!”, respondió la multitud. La bandera cubana a la vanguardia. Un policía parado en la acera vio cómo pasaba la manifestación. Enfundado en su uniforme azul y tolete en mano, amenazó a la muchachada.

“¡Azulejo, quítate la gorra que te queda muy mal!”. Risas. Aplausos. Gritos: “¡Abajo la dictadura!”. Entonces apareció la silueta de un automóvil, de su interior salió una andanada de bombas tóxicas y lacrimógenas. Mas, nadie retrocedió. Unos permanecieron estáticos en la calle, sin imaginar el estrago que ocasionarían los proyectiles, otros buscaron bancos, sillas, mesas y

todo objeto que sirviera para improvisar una barricada en la calle Zulueta.

En tanto, los policías y soldados, protegidos por las columnas y paredes del edificio del *Diario de la Marina*, dispararon a mansalva. Corrieron los jóvenes y se refugiaron en el Instituto. La mayoría de los agredidos eran mujeres que se hallaban en el local para presenciar un juego de baloncesto entre dos equipos de féminas⁴⁶.

Atraídos por la refriega, numerosos vecinos en las azoteas o protegidos en los portales, observaban el desigual enfrentamiento. En unos instantes la situación fue casi insoportable para los sitiados. Un cronista, testigo de los hechos, escribió:

Las balas penetraron más de una vez en el interior del Instituto, arrancando trozos de paredes, rechinando al rebotar sobre los mármoles de la escalera, silbando rabiosamente cuando las columnas cilíndricas hacían desviar su curso. Las balas también mordieron la carne heroica de los muchachos, y Raúl Anaya perdió una mano y Gerardo Boudet fue atravesado de parte a parte por otra. Antonio González murió. Otros más, en la calle, recibieron heridas y contusiones. Centenares de desconocidos tuvieron que retirarse a sus casas con los fenómenos de intoxicación por el gas⁴⁷.

El asedio se extendió hasta al anochecer.

Durante los acontecimientos, miembros del Ala Izquierda Estudiantil dirigieron la defensa del edificio. Algunos portaban armas cortas. Carlos Aponte se incorporó al grupo y desde las ventanas ripostó la agresión.

Con trazos de urgencia escribieron sobre cartones:

“Como Mella, Trejo, Rubiera ofreceremos nuestras vidas en lucha tenaz contra el hambre y el terror del machadista Batista”.

46 María Luisa Lafita: *Rodolfo Ricardo Ramón de Armas y Soto (1912-1937). Héroe internacionalista proletario*, p. 50.

47 Pablo de la Torriente: “El 3 de mayo, 30 de septiembre del Instituto de La Habana”, en *El periodista Pablo*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaús, p. 168

“Frente único contra el terror”.

A Mercedes Cheché Aniceto, de apenas dieciséis años, la llevaron en hombros hasta la Casa de Socorros. Dos meses más tarde pereció como consecuencia de los gases. Así fue aquella jornada trágica, en la que el Ejército armado por Estados Unidos abusó de su superioridad para ahogar, mediante la fuerza, la rebeldía juvenil.

Carlos Aponte, una vez más, demostró su valor personal y arriesgó su vida al lado de los revolucionarios cubanos.

ARMAS PARA LOS CAMPESINOS

En un humilde bohío, Lino Álvarez miraba la lluvia copiosa que caía sobre las montañas. Sentía el latido de la carne, herida tres veces por las balas de los latifundistas. Quizás el momento final llegaría como aquel relámpago que surcó el cielo. Pero no había arrepentimiento. Era el camino escogido desde la adolescencia, cuando se fue a la manigua a conquistar la libertad frente a los españoles.

Octubre de 1934. Mientras Lino meditaba en las serranías de Guantánamo, en el extremo oriental de la isla, la dirección del Partido Comunista se reunía en La Habana para apoyar su movimiento contra las ambiciones de los geófagos.

“Voy contigo”, le dijo Aponte con voz emocionada a Nicolau, quien viajaría a Guantánamo para cumplir una arriesgada misión.

La noticia de que un grupo de campesinos se habían rebelado en las montañas del indómito oriente cubano contra el intento de terratenientes y compañías norteamericanas, que pretendían desalojarlos de las tierras donde vivían y trabajaban, pertenecientes al Estado cubano, se hizo eco en la prensa.

El Partido Comunista, los trabajadores, estudiantes y otros sectores progresistas de la sociedad, se solidarizaron con los campesinos.

Se esperaba que en cualquier momento las fuerzas represivas de Batista intervinieran a favor de los geófagos. La dirección del

Partido Comunista analizó el asunto y decidió enviar un cargamento de armas a los indefensos pero valientes campesinos capitaneados por Lino Álvarez.

En las tierras del Realengo 18 vivían unos treinta mil campesinos. Se habían establecido allí en las primeras décadas la república neocolonial cuando buscaban suelos fértiles para cultivar. Era el único modo de sobrevivir ante la falta de empleo que pululaba en el país. Bajo el liderazgo indoblegable de Lino resistieron amenazas y agresiones.

Los geófagos contrataron a matones para eliminar a Lino, pero aquel cincuentón fuerte, de pequeña estatura, no era fácil de sorprender. Siempre andaba armado y con escolta. No dormía bajo techo. Usaba su experiencia mambisa para sobrevivir a la persecución, mas, a pesar de tales medidas de seguridad, recibió tres balazos en el cuerpo. También intentaron sobornarlo pero no lograron el resultado deseado. Su leyenda crecía cada día. Era un personaje novelesco.

Entonces, las compañías yanquis acudieron a un amañado proceso judicial que, lógicamente, falló a su favor. Como los campesinos no se retiraban, los capitalistas norteamericanos ordenaron abrir trochas en el monte. Sin embargo, unos cinco mil hombres armados de machetes y escopetas viejas, muchas de ellas de los tiempos de la insurrección contra España, se les impusieron.

Batista envió hacia la zona del conflicto aviones de bombardeo y tropas con cañones y ametralladoras. La diferencia de armamentos era abismal. Por ello, la dirección del Partido decidió entregarles a los rebeldes unos cien fusiles y revólveres que debían ser trasladados desde La Habana.

Era un plan arriesgado que podía ser ejecutado por hombres con nervios de acero. Nicolau fue el combatiente seleccionado para llevarlo a efecto; utilizó el pseudónimo de Julio Castillo, con el cual burló a los servicios secretos. Además del armamento, brindaría a los campesinos su experiencia militar.

Aponte, al conocer los objetivos del viaje quiso acompañar a su amigo Monguito, pensó que había llegado la hora de reeditar sus experiencias guerrilleras de Nicaragua.

Nicolau no puso reparos. Pero cuando le hablaron del proyecto a Guiteras, no estuvo de acuerdo porque ya él tenía concebido un plan insurreccional en el que Aponte sería el jefe del Estado Mayor. No quería arriesgar la vida del legendario luchador quien, disciplinado, se resignó. Eso sí, ayudó a llevar junto con Nicolau y José Sanjurjo el armamento hasta terminal del trenes, acción realizada de manera exitosa.

Batista, ante la firme actitud de los rebeldes y la solidaridad de los obreros y estudiantes en las ciudades, tuvo que suspender el ataque y aceptar un año de tregua.

CADA CENTAVO ES PARA LA REVOLUCIÓN

Nicolau cumplió su encomienda. Al regresar a la capital se incrementaron las expropiaciones forzosas de dinero a los burgueses. Estos recursos eran destinados al financiamiento de las distintas actividades del Partido Comunista.

“En el local que está frente a la Estación de Policía, en la Calzada del Cerro, coleccionan una considerable suma de dinero”.

La frase de Pepe Sanjurjo sonó a invitación en los oídos de Nicolau. Después de consultar a la máxima dirección del Partido aprobó la expropiación. Tuvieron que cumplir con las más estrictas normas de seguridad, porque era un asalto peligroso dada la cercanía de los gendarmes. Integraron el pequeño comando: Sanjurjo, Nicolau, Aponte, Armentino Fera Pérez, El Indio y Salgado que, como siempre, fue al timón.

No hubo contratiempos, pero al regresar, cuando contaban el dinero:

Estando en un pequeño apartamento interior que, a manera de cuartel, ocupaban los grupos de acción en la calle General Lee, entre Juan Delgado y Goicuría, en Santos Suárez, El Indio, alegando sus “necesidades”, trató de quedarse con el resultado económico [...] Aponte señaló que cada centavo que se adquiría para la Revolución era sagrado y que todos teníamos las mismas necesidades, pero El Indio insistía en su propósito llegando a la frase incorrecta, a la

amenaza y al gesto francamente provocador, lo que llevó a Aponte a montar rápidamente su pistola. No hubo consecuencias mayores por la oportuna intervención de los demás compañeros. Este sujeto, El Indio, degeneró años más tarde en jefe de los tristemente célebres «tigres» de Masferrer⁴⁸, y posteriormente recibió la muerte cuando trataba de infiltrarse en nuestro país por orden de la CIA⁴⁹.

Ramón Nicolau, para Carlos Aponte, siempre tuvo palabras de elogio. Décadas más tarde rememoraba las cualidades del internacionalista:

Era pulcro en el vestir y sumamente discreto: tanto en su actividad político-revolucionaria como en su vida privada. Aborrecía el elogio inmerecido. No hacía ostentación de sus virtudes ni pretendía simular cualidades que no poseyera. Muy cordial con sus compañeros, era, al mismo tiempo, inflexible en la exigencia del cumplimiento de la misión encomendada a quienes estaban responsabilizados bajo su mando.

Sus ademanes correctos y tonos suaves no impedían que sus palabras fueran imperativas. Quien en el hablar amistoso parecía que mandaba una maniobra, con el chiste a flor de labios para estimular al que cumplía o amonestar al vacilante abstencionista, era, al mismo tiempo, un gran discutidor con los que ostentaban una jerarquía superior. Cuando estos planeaban y organizaban misiones cuyo cumplimiento dependía de la responsabilidad de Aponte, este, si no entendía el contenido de la misma y la forma de su planificación, discutía sin reservas, y una vez hechas las conclusiones cumplía la tarea encomendada con fidelidad y valentía rayana en la temeridad, concordara o no con sus puntos de vista.

48 Los Tigres de Masferrer constituyeron un cuerpo paramilitar fundado y dirigido por el senador Rolando Masferrer Rojas en la década de los cincuenta, durante la dictadura batistiana. Cometieron innumerables delitos comunes y asesinatos de revolucionarios.

49 Ramón Nicolau: "Carlos Aponte, rasgos de su personalidad revolucionaria", en *Granma*, recorte sin fecha en archivo del autor.

Su sola presencia nos alegraba a todos [...]. Muy optimista, impregnaba fe y seguridad en la gente que él dirigía trasmitiéndoles todo su entusiasmo. Todos los grupos de jóvenes que, en su mayoría formaban los piquetes de autodefensa y eran reserva de la línea insurreccional del Partido, sentían placer al ser acompañados por Aponte para cumplir una misión, sin importarles lo difícil y arriesgada que pudiera ser.

LA HUELGA DE MARZO

Finalizaba febrero de 1935. La huelga contra el Gobierno latía en las conversaciones de los trabajadores y estudiantes. Buscaban un golpe demoledor que pusiera fin al militarismo impuesto por Fulgencio Batista, desde la jefatura del Ejército y con la venia del gobierno norteamericano.

La conspiración invadió centros docentes, fábricas, bares y parques. Cualquier lugar público era utilizado para ultimar los detalles de la movilización sin despertar las sospechas de los sabuesos del Servicio Secreto. Uno de aquellos focos se hallaba en La Ceiba, Marianao, cerca del paradero de la Ruta 20 del ómnibus urbano. Allí, Rodolfo de Armas y Soto, boxeador y revolucionario, representante en el Comité de Huelga de la Escuela de Medicina Veterinaria, exponía los pasos a seguir. Lo escuchaban, sin perderse una palabra, los estudiantes Arnaldo Escalona, Agustín Blanco y José Sanjurjo. Aponte también estaba presente en la reunión.

Admiraba la determinación de Rodolfo, su valor y posición anti-imperialista. Sabía que era un estrecho colaborador de Guiteras, que había militado primero en la TNT y luego en Joven Cuba, organizaciones fundadas por el exsecretario de Gobernación. Sus amigos lo llamaban Rodolfo Trompá. Más de un policía podía testimoniar la fortaleza de sus puños. Fue consecuente con su ideología hasta el final de sus días, en un frente de combate en la España republicana.

Como se hallaban entusiasmados por el tema de la conversación, no se percataron de la presencia de unos agentes del Servicio Secreto comandados por el cabo Milián. Al parecer, fueron delatados y no tuvieron tiempo para escapar ni resistir. El oficial que estaba al frente del operativo no cabía en el traje. Contento por la facilidad con que había capturado al grupo pensaba en la posibilidad de un ascenso. Les ordenó presentarse.

“Carlos Hernández Rojas”, le dijo Aponte sin titubear.

Los detenidos fueron enviados a la cárcel a disposición de los Tribunales de Urgencia, acusados “de incitar a los obreros a una huelga para derrocar al gobierno”⁵⁰. Pero el venezolano tuvo suerte. Fue liberado al no aparecer en los ficheros del vivac algún agitador con el nombre de Carlos Hernández.

Las asambleas de obreros se multiplicaron en la ciudad, pues los trabajadores necesitaban orientarse en el torbellino de ideas que flotaba en la antigua villa de San Cristóbal de La Habana. A veces las discusiones se tornaban demasiado acaloradas.

Sucedió que los grupos de oposición tenían divergencias en relación con la huelga general, que brotaba insistentemente en los planteamientos de las reuniones. El Partido Comunista y Joven Cuba consideraban que todavía no era el momento apropiado para comenzar el movimiento de brazos caídos. Planteaban que se necesitaba tiempo para adquirir armas y organizar destacamentos armados que tendrían la misión de defender el paro.

Sin embargo, el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) [PRC (A)] y otras fuerzas reformistas y de derecha se pronunciaban a favor del inicio inmediato de las acciones. Después fueron los primeros en la estampida y dejaron con la carabina al hombro a muchos de sus seguidores.

Es lamentable, pero esta posición se impuso y el 23 de febrero de 1935 el Comité de Huelga Universitario imprimió un manifiesto dirigido a los estudiantes, obreros, profesionales, comerciantes,

50 María Luisa Lafita, “Rodolfo Ricardo Ramón de Armas y Soto (1912-1937), héroe internacionalista proletario”, Imprenta Federico Engels, La Habana, 1975.

pequeños agricultores y a otros sectores, en el que los exhortaba a pedir la derogación del fuero militar, el cese de los supervisores militares, el restablecimiento de los principios democráticos, la supresión de los Tribunales de Urgencia y la libertad de los presos políticos, entre otras demandas.

Cual avalancha se precipitaron los acontecimientos. El 2 de marzo la prensa informaba que había comenzado la huelga del transporte y que muchos buzones de correo ardieron debido al fuego líquido arrojado por los revolucionarios. Al día siguiente anunciaba el paro de los empleados públicos que reclamaban 30 % de aumento en sus sueldos.

El día 4 se concentraron en una asamblea representantes del ABC, ABC Radical, auténticos, comunistas, Alianza Nacional Femenina, la CNOC. Ya el paro general era inevitable.

Tres días más tarde, la CNOC llamaba a la huelga. Aunque desde la víspera las actividades del puerto de La Habana estaban interrumpidas, los empleados públicos de las secretarías de Educación, Hacienda, Trabajo y Comercio también recesaron sus labores.

Batista gruñía amenazador: "No hay más remedio que montar a caballo".

Como en tiempos coloniales, los bandos militares ocuparon las primeras planas de los periódicos: "¡Estado de guerra en todo el país!, ¡prohibido detenerse en la vía pública!, ¡prohibido transitar por la vía pública después de las 9 pm!, ¡prohibidos grupos de más de dos personas!".

La Habana parecía una plaza sitiada después del cañonazo de las nueve de la noche. El disparo desde la fortaleza de La Cabaña advertía a numerosas patrullas armadas de la policía y del Ejército que debían recorrer las calles hasta el amanecer. Salir en horario nocturno resultaba un reto a la muerte. Estas medidas extremas afectaron a todo el país. Los Estatutos Constitucionales fueron derogados. Cada provincia era gobernada con facultades omnímodas. En la capital de la República el teniente coronel José Eleuterio Peraza ordenó no tener compasión con los detenidos. Sus sicarios asesinaron a ocho revolucionarios en la noche del día 12,

luego lanzaron los cadáveres como si fueran fardos en un solar de Marianao.

Si no quieren recibir un balazo

El Ford avanzaba por la Calzada del Monte y San Joaquín. Guillermo Salgado manejaba sin precauciones, pues a esa hora ya se había escuchado el legendario cañonazo disparado en la anti-quísima fortaleza. La amplia calle estaba desierta. A su lado iba Luis Anido; en el asiento trasero, Nicolau y Aponte. Todos estaban armados.

Las figuras de dos soldados aparecieron en la acera. Llevaban un fusil en la diestra. El Ford disminuyó la velocidad ante las señales de los uniformados. Salgado titubeó. Miró a sus acompañantes.

— ¡Alto! —conminaron los militares.

Si se detenían eran hombres muertos. Aponte intentó sacar la pistola, pero Nicolau, con aquella sangre fría que le caracterizaba, detuvo el gesto. La tensión flotaba pesadamente dentro del automóvil, mas los soldados solo querían que los trasladaran. Pensaban que los pasajeros eran agentes del régimen vestidos de civil.

Nicolau, tranquilo, los invitó a subir. El auto transitó por la calle Cruz del Padre.

—Para —ordenó Nicolau.

Los soldados incrédulos, aturcidos, en un santiamén se despojaron del uniforme y entregaron el armamento. Las palabras de Aponte terminaron la escena tragicómica:

—Corran. No miren pa'trás si no quieren recibir un balazo.

Las sombras se fundieron en las penumbras, mientras en el Ford, que se alejó velozmente, se escuchaba la risa de cuatro hombres.

Fusiles sin balas

Por aquellos días Nicolau informó a Aponte que Carlos Prío Socarrás, uno de los líderes del PRC (A), entregaría al Frente Rojo un cargamento de armas que tenía oculto en una casa situada en Infanta, casi esquina Zanja. Dos combatientes apoyarían en la misión al venezolano.

Aponte regresó molesto de aquella encomienda porque Prío había cumplido su palabra a medias, al dejar sin balas los 20 fusiles. Cuando preguntó por él nadie supo decirle dónde se hallaba. Si algo le faltaba a quien luego fuera presidente de la República eran los deseos de combatir con las armas por el bien de su patria. En realidad, solo jugaba a la guerra y demostró a la postre ser un lacayo corrupto del imperialismo norteamericano.

Para proteger a Aponte, el doctor Aldereguía le entregó un documento que lo acreditaba como médico. Cada vez que iba a la calle portaba un maletín de los que usaban los galenos, con esta estrategia burló la vigilancia del enemigo. A veces, ante la urgencia de la misión, no esperaba por el automóvil. En la calle detenía a una seguidora y pedía a los policías que lo trasladaran al lugar donde necesitaba ir. Como si un paciente grave requiriera de su atención. Tal era su temple.

A pesar del apoyo de los combatientes de Joven Cuba y del Frente Rojo, quienes atacaron a las fuerzas represivas y realizaron sabotajes, la huelga se fue debilitando debido a la falta de unidad entre las organizaciones revolucionarias, la traición de los dirigentes del PRC (A), los cuales, al inicio del movimiento huyeron a Miami, y la represión del Ejército y la policía, cuerpos reorganizados por Batista. También influyeron de manera negativa las acciones de las corporaciones económicas, de los políticos tradicionales y del Gobierno norteamericano.

El clima que vivía el pueblo era asfixiante. Las garras de la represión no perdonaban edad ni sexo:

¡Ochocientas personas pendientes de juicio!, ¡en el castillo del príncipe presas 650 personas más que las que en realidad puede

albergar esa prisión!, ¡condenado a año y medio de prisión un ciudadano por tener un retrato de Guiteras!, ¡fusilarán en Santiago de Cuba a dos jóvenes por poner una bomba!, ¡juicio de urgencia contra 60 comunistas!, ¡detenido un niño de 11 años por tenencia de explosivos!⁵¹

Al fin, los trabajadores que no fueron desempleados por los patronos volvieron a sus puestos. El 19 de marzo Aponte se encontraba oculto en una casa, al lado del cine Maravilla, en el Cerro. Era huésped de Guiteras, quien también vivía en la más rigurosa clandestinidad después del fracaso de la huelga. Ese día, el líder de Joven Cuba se entrevistaría con Blas Roca, máximo dirigente del Partido Comunista. La unidad entre ambas organizaciones constituía el punto esencial de la cita en Infanta.

Como de costumbre, asignaron a Guillermo Salgado la encomienda de trasladar a los revolucionarios; después de conducir a Blas Roca se dirigió al Cerro. Para evitar alguna celada del enemigo, parqueó el auto a tres cuadras de la casa donde se ocultaba Guiteras. Al parecer no había peligro. Se lo informó a Toni, le dijo que enseñada lo recogería.

En tanto, el Ford llamaba la atención de tres agentes policíacos. Salgado, confiado, inició el ritual de arrancar el motor.

— Está detenido. Este auto es robado.

Mientras dos de los uniformados lo acusaban, el tercero inspeccionaba el motor y comprobó que intentaron borrar su numeración.

De allí lo llevaron a la estación de policía de Monserrate, célebre por las torturas y crímenes que se cometían en sus celdas.

Guiteras estaba desesperado. Había pasado el tiempo suficiente para que el chofer hubiera regresado. Le ordenó a Aponte averiguar lo ocurrido. Este regresó con la noticia de que Salgado no se encontraba en el lugar donde dejó el Ford. Se despejaron las dudas

51 Ibídem.

en cuanto a la detención del compañero. Sabían que sufriría las más terribles vejaciones y maltratos. Uno de los refugiados temía que Salgado no resistiera las presiones y denunciara el refugio. Sus palabras hirieron a Aponte, que advirtió:

—Ese hombre es un comunista, un revolucionario verdadero, ese hombre no hablará. Yo lo aseguro.

Guiteras, con un gesto, apoyó sus palabras y allí permanecieron.

El encuentro que selló el destino de dos combatientes

Guiteras y Aponte se conocieron en una de las tantas fechas sin precisar de la biografía del internacionalista venezolano.

Por la noche, Guiteras leyó hasta bien entrada la madrugada. Tenía los tobillos fracturados y la inmovilidad se convertía en oportunidad de regresar al libro manoseado o al goce del episodio inédito y de la frase iluminadora. Sus huesos se quebraron cuando saltó una tapia para escapar de la persecución de los esbirros batistianos. No fue asesinado gracias a la presión del pueblo, que exigió su inmediata libertad.

Oculto en la casa de Filomeno Rodríguez Abascal, donde también vivió el exiliado venezolano —como ya hemos relatado—, Antonio Guiteras Holmes, jefe de la organización revolucionaria Joven Cuba, esperaba la visita del combatiente Carlos Aponte.

No era la primera vez que Guiteras escuchaba el nombre del venezolano. Sabía que había colaborado con Pedro Vizcaíno, jefe de acción nacional de la TNT y de Joven Cuba, y con Rodolfo de Armas, responsable de la sección estudiantil de esta última organización.

Aponte también conocía los méritos revolucionarios de Tony, un antiimperialista radical convencido de que solo mediante el uso de las armas se podía lograr la definitiva libertad de Cuba. Mientras conversaban, Aponte observaba que su interlocutor tenía los zapatos rotos. Aquella honradez visible, en un hombre que fue ministro, acrecentó la admiración del venezolano y su decisión de compartir sus sueños con él.

Solo necesitaron de unas palabras para sellar un pacto de compromiso. Lucharían por la independencia de la isla, como paso previo a la liberación del continente americano del neocolonialismo yanqui.

Vivió en mi casa

Fue a los pocos días del golpe de Batista cuando Federico Casariego se me apareció en el trabajo y me dijo que su hermano Juan Antonio, que había sido mi jefe en el despacho de la Secretaría de Trabajo, me quería ver.

Para no despertar sospechas le dije que esperara afuera hasta las 10 y 30, que era la hora de la merienda. A esa hora fuimos en una máquina hasta una casa que quedaba en el Cerro, cerca del cine Valentino.

En la sala estaba Juan Antonio, que me dice:

—Queremos hablar contigo.

—¿Qué es lo que pasa? —le pregunté.

Y por toda respuesta salió Tony Guiteras que me dijo:

—Necesitamos una casa.

No tuvo que decir más, yo sabía que todo el aparato represivo estaba a la caza de ellos. Abrí mi cartera, saqué la llave de mi casa y se la di.

—Pueden ir con entera confianza, es en Zanja, 116 A, altos.

Y regresé al trabajo. Llamé a mi casa y le dije a mi mamá: “Van a ir algunos jóvenes estudiantes de la universidad a verme. ¡Atiéndelos!”. Con eso bastaba, ella estaba al tanto de mis actividades [...] Con Tony y Juan Antonio llegó un desconocido que aparentaba tener 38 o 40 años. Era de estatura mediana, delgado, pero de

constitución fuerte, con el color de la piel y el pelo lacio como los indios, ¡con unos ojos negros tan penetrantes, que cuando miraban a uno parecían que llegaban hasta el cerebro!

Aquel desconocido era el venezolano Carlos Aponte; aquellas dos semanas que vivió en mi casa fueron suficientes para que aquel desconocido dejara de serlo.

La enorme fuerza de su personalidad se hizo sentir. Mientras, a petición mía me narraba, con una modestia increíble, los episodios emocionantes de su vida de revolucionario; pude percatarme de la atracción que sentía por la aventura, el peligro, la audacia violenta y todo eso orientado a un solo fin: la Revolución⁵².

52 Testimonio de Hilda Touza en "Carlos Aponte, soldado internacionalista", artículo publicado en *Juventud Rebelde* el 8 de mayo de 1975, por los autores Mariano Rodríguez y Josefina Ortega.

COMPÁI, NOS MORIMOS ANTES DE RENDIRNOS

Y junto a él, en aquella mañana luctuosa, cayó también un gran luchador antiimperialista, el venezolano Carlos Aponte, que además compartiera los sueños de Sandino en las Segovias y viniera aquí a acompañar en sus luchas y en su muerte al amigo querido, Antonio Guiteras.

CHE GUEVARA

En la calle habanera de San Rafael se escuchaba la voz melodiosa de un pregonero. El capitán Carmelo González Arias, jefe de la Tercera Compañía de Infantes de Marina, que tenía su cuartel en Peñas Altas, Matanzas, caminaba despacio, pasó por el lado del vendedor de dulces ignorando su presencia. Buscaba la casa donde sostendría una entrevista con Antonio Guiteras, el hombre más perseguido en Cuba por los gendarmes de Fulgencio Batista.

El líder de Joven Cuba preparaba su salida clandestina del país y contaba con la ayuda de Carmelo para materializar el arriesgado proyecto.

Conocía a este oficial desde la niñez de ambos en Pinar del Río. En la época en que fue secretario de Gobernación, lo ascendió a capitán de la Infantería de Marina. Carmelo, en 1934, no aceptó la propuesta que le hizo Antonio Santana de incorporarse a Joven Cuba, aunque tenía relaciones con Florentino Fernández, administrador de la aduana de Matanzas y dirigente de la organización revolucionaria en esa provincia.

Florentino fue consolidando su amistad con Carmelo para sumarlo a Joven Cuba, y cuando le hizo la oferta, esta vez el oficial respondió afirmativamente. Guiteras se mantenía al tanto del proceso de captación y enseguida que supo de sus resultados envió a Matanzas a José Morales Navarro. Refiere el historiador José A. Tabares del Real en su libro *Guiteras*, página 501, que:

Morales salió de la entrevista decepcionado y mal impresionado por el oficial. El enviado de Tony le comunicó sus impresiones, le hizo saber que Carmelo tenía interés sospechoso en conocer los efectivos de Joven Cuba y otros detalles de importancia sobre la entidad.

Guiteras decidió entrevistar personalmente a Carmelo. La cita se efectuó en la vivienda de Ernesto Varela Díaz. Cuando Carmelo vio a Tony perdió, solo unos instantes, su habitual sangre fría. Prometió colaborar para garantizar la salida de Guiteras por El Morrillo.

Guiteras y Carmelo sostuvieron dos entrevistas más. En la última, el capitán propuso que el teniente Rafael Díaz Joglar acompañara al jefe revolucionario en el viaje desde la capital hasta El Morrillo. Además, le sugirió que el marinero de apellido Fuego guiara el automóvil. Ambas propuestas fueron aceptadas.

Antonio Santana, supervisor de la Policía Marítima en Santiago de Cuba y dirigente de Joven Cuba, al conocer el plan de salida se negó a colaborar, pues desconfiaba de Carmelo. Solo por disciplina y respeto a Guiteras finalmente estuvo de acuerdo en ponerse a las órdenes de González Arias.

El día 7 de mayo de 1935 Carmelo, Santana y Díaz Joglar ultimaron los detalles del traslado. Fuego y Díaz Joglar recogerían a Tony, como estaba previsto, y Santana llevaría unos pedazos de *cake*, lechón asado, yuca y cerveza para simular la celebración de una fiesta en el fuerte.

En tanto, Fulgencio Batista conocía todos los pormenores a través de Ángel Aurelio González, jefe de la Marina de Guerra. Carmelo se encargaba de ello.

El plan

Después del fracaso de la huelga de marzo de 1935, Guiteras solicitó al Comité Central de Joven Cuba autorización para viajar a México, donde organizaría una expedición con el fin de regresar a la isla y desarrollar la guerra de guerrillas en las montañas.

En México contaría con el apoyo del general Lázaro Cárdenas. Su plan estratégico era crear Joven América, en la cual aglutinaría a todas las fuerzas antiimperialistas de Latinoamérica. Cuba sería la retaguardia de un proyecto emancipador continental. En la patria de Juárez ya se entrenaba el contingente expedicionario. Norberto Rodríguez perteneció a esta fuerza. En un testimonio narrado a *Juventud Rebelde*, expresó:

Éramos algo más de 50, y vivíamos el grueso de nosotros —los solteros como les dije— en la calle Tres Guerra, número 23 [...] Naturalmente, nos entrenábamos en otros lugares: prácticas de tiro, caminatas, carreras, natación, etc.

Se nos había reconocido la condición de exiliados políticos gracias a un hombre que después también ayudó a los combatientes del *Granma*: el general Lázaro Cárdenas [...] con nosotros se portó como un hermano. Incluso designó a uno de sus ministros, Francisco J. Mujica, para que fuera su enlace personal con nosotros. La idea era que Tony viajara a México en un barco que ya teníamos comprado y anclado en Veracruz, regresaría él con todos nosotros a pelear armas en manos por lograr la verdadera independencia de Cuba⁵³.

Con los 300.000 dólares pagados por la familia del millonario Eutimio Falla Bonet, a quien secuestraron los revolucionarios, se financiaría el plan. Juan Febles y Raúl Oms alquilaron el yate *Amalia*, que trasladaría al pequeño contingente hacia las costas aztecas.

53 Mariano Rodríguez Herrera: “Solo esperábamos por Guiteras para venir a pelear en Cuba”, *Juventud Rebelde*, 9 de mayo de 1987, p. 4.

Aponte, por su experiencia militar y valor personal, fue de los primeros en ser seleccionados. Al cónsul de Honduras en La Habana, Emilio Pinel, le propusieron 5.000 pesos para que los protegiera con su inmunidad diplomática. El hondureño estuvo de acuerdo. A finales de abril, los futuros expedicionarios se trasladaron a la Ciudad de los Puentes.

Hilda Touza, en el testimonio publicado por *Juventud Rebelde* que citamos en otro capítulo, afirmó que en la despedida Aponte le expresó: “Sigue luchando, Chiquitina, que luego que triunfemos en Cuba vamos a mi Venezuela para hacer la Revolución”.

Carlos Aponte y Paulino Pérez Blanco fueron trasladados por un policía de la Sección de Radio, de apellido Acevedo. Al llegar a la centenaria ciudad se refugiaron en la residencia del doctor Santiago Ramón Feliú, colaborador de Joven Cuba. Su casa estaba ubicada en Milanés N° 61, en el segundo piso de una casona de dos plantas, coronada por tejas. La investigadora Gladyz Pérez Rivero refiere que, en la noche del 6 de mayo, en esta vivienda, despidieron a Aponte con una cena y que cuando este brindaba se le derramó el vino de la copa, hecho que causó estupor en algunos de los presentes, quienes consideraban lo sucedido como de mal augurio⁵⁴. El doctor Feliú le obsequió el revólver que portó Aponte durante su último combate.

El 7 de mayo, a las tres de la tarde, Aponte, Paulino y Carlos Alfara llegaron al fuerte de Peñas Altas en un auto de alquiler. El venezolano vestía un traje gris acerado, medias negras de seda, camisa morada y corbata amarilla. Allí recibieron la primera sorpresa. Carmelo les había comunicado a los revolucionarios que el marinero Tomás Bayone, en ese momento al frente del enclave, no les molestaría porque él le informó que irían varias personas a celebrar una fiesta en El Morrillo.

54 Testimonio de la historiadora matancera Gladyz Pérez Rivero al autor el 1° de agosto de 2006. Esta investigadora es autora del estudio más completo que se ha realizado hasta el momento sobre las actividades de Joven Cuba en Matanzas.

“A mí nadie me ha hablado de esa fiesta” les dijo Bayone a Carlos Aponte y a sus acompañantes, primeros en llegar a Peñas Altas. La respuesta causó intranquilidad.

Como si esto fuera poco, no apareció González Arias. La dirección de Joven Cuba en Matanzas, luego de mucho averiguar, conoció que se hallaba en La Habana. Nadie imaginó que estaba informando a Batista los detalles de la operación.

Guiteras no ignoraba que el Ejército conocía cada uno de sus pasos, el comandante Ignacio Galíndez se lo había dicho en una entrevista. En esta reunión, que tuvo lugar el día 6 de mayo de 1935, el oficial:

Propuso a Guiteras un pacto con Batista y le advirtió que desistiera de su proyectado viaje al exterior, pues el gobierno tenía todos los antecedentes sobre un yate, anclado en el río Almendares, en el cual Tony proyectaba escapar desde un punto en la costa norte de la isla. Guiteras rechazó la oferta de una alianza política con la tiranía. Manifestó no tener idea de salir del país en corto plazo, y sugirió realizar una nueva reunión entre ellos... Galíndez, al despedirse, le ratificó a Tony sus advertencias y ofreció su vida como garantía de un acuerdo entre el líder de Joven Cuba y el régimen⁵⁵.

Galíndez, jefe del poderoso campamento de Columbia, se marchó impresionado de aquel encuentro en la casa identificada con el número 5 en la calle Industria. Guiteras había llegado empuñando una pistola, envuelta en un periódico. Galíndez sabía que ese hombre no traicionaría su pasado. Sus palabras aún retumbaban en los oídos del alto oficial:

Para mí el poder no significa nada si no es para hacer algo en beneficio de Cuba. Y estoy seguro de que Batista no está de acuerdo ni con las leyes promulgadas por el Gobierno de los Cien Días ni con las que quedaron pendientes. No puedo aceptar ese ofrecimiento, a

55 José A. Tabares del Real: *Guiteras*, pp. 505-506.

no ser que ustedes estén dispuestos a realizar una cosa mejor. Así que debes consultar. Te propongo sostener otra reunión, a lo mejor llegamos a un entendimiento⁵⁶.

Paulino testimonió que los dirigentes de Joven Cuba, ante las últimas noticias, dividieron sus opiniones respecto al plan de salida. Un grupo era partidario de intentar la fuga de todos modos y el otro sostenía que era mejor suspender el viaje. Casariego pertenecía a los primeros, logró convencer a Guiteras de que no hiciera caso a lo que se decía, porque en otras ocasiones había sucedido la misma alarma sin contratiempos⁵⁷.

Aislada, rodeada de manigua y rocas, la fortaleza colonial era un sitio de difícil retirada. Sin embargo, Guiteras, confiado en la protección de Carmelo, mantuvo la decisión de esperar allí al yate.

Al anoecer ya estaban reunidos todos los expedicionarios. Poco después de las ocho llegó Carmelo, conversó con Tony y salió mar afuera para buscar la embarcación.

La ratonera

Ansiosos, devoraron en unos minutos las provisiones traídas por Antonio Santana. De vez en cuando se escuchaba el ronronear de una lancha: era Carmelo que regresaba con la noticia de que el yate no se veía.

Entre las vetustas paredes de El Morrillo la respiración se hacía pesada. Santana pidió analizar la situación. Muñoa propuso regresar a La Habana hasta que no hubiera peligros para la vida de Guiteras, pero Tony rechazó la idea. Correría la misma suerte que sus compañeros. Tampoco aceptó el planteamiento de ocultarse en la ciudad de Matanzas. Entonces Santana sugirió traer a El Morrillo las ametralladoras de trípode que poseían los soldados en Peñas

56 Newton Briones Montoto: *Aquella decisión callada*, p.19.

57 "La muerte de Antonio Guiteras, versión de Paulino Pérez Blanco", *Bohemia*, 11 de agosto de 1946, pp. 14, 15 y 83.

Altas y detener a los militares que diariamente pasaban por el fortín, acciones que fueron aprobadas.

El Morrillo

Fue construido el pequeño castillo para desanimar a los corsarios y piratas que pululaban por la costa norte de la isla en tiempos coloniales. Los hacendados Francisco Martín y Carlos del Rey tuvieron aquella iniciativa, que manifestaron en una solicitud al Gobierno fechada el 9 de febrero de 1720. Levantado en la margen oeste de la desembocadura del río Canímar, demoró seis décadas su construcción y al inaugurarse completaba el cinturón defensivo de la capital matancera, integrado, además, por el castillo de San Severino, el San Carlos de Matanzas y otras dos fortalezas que no resistieron el paso de los años.

La estructura que conocieron Aponte y sus compañeros databa de 1807, pues a lo largo de los años tuvo algunos cambios el proyecto original. Después de la independencia de España, el cuartel fue utilizado como apostadero naval y era custodiado por una pequeña dotación militar, hasta que en 1934 quedó abandonado.

Santana salió a cumplir la misión, junto con él iba Díaz Joglar. Guiteras ordenó a Pedro Fernández Roig y a Alberto Tió ir a la capital para conocer qué le había ocurrido al yate. Partieron los dos automóviles.

En una bifurcación del camino entre El Morrillo y la carretera central estaba parqueado un auto con oficiales de Ejército y la Marina. Santana se percató de ello e intentó sacar su revólver, pero Díaz Joglar detuvo el gesto expresándole que no era conveniente el enfrentamiento. Entre el grupo de uniformados se hallaba el teniente Carlos Durnand, segundo al mando de la guarnición que dirigía Carmelo.

La posta dejó pasar a los automóviles. Cerca del entronque con la carretera central vieron otro vehículo. Atravesado en medio de la vía portaba una ametralladora de trípode. Tampoco prestaron atención a los viajeros. Sabían que la presa aún estaba dentro del cerco.

Santana envió al marinero Manuel Díaz Mesa a El Morrillo, pero el mensajero llegó tarde. Ya los revolucionarios estaban copados.

Poco antes del combate Carmelo volvió a salir. El olor de la muerte comenzaba a mezclarse con el del mar.

Hasta la última bala

—Tony, Tony, ahí vienen varios camiones llenos de soldados— gritó nerviosa Xiomara O'Hallorans. Guiteras saltó de la hamaca donde descansaba y ordenó concentrarse en el piso de abajo.

Se notaba el desconcierto en los semblantes. La voz de Aponte retumbó y entonces la calma regresó por unos instantes:

—Vámonos para el monte, en aquel cerro podemos hacernos fuertes.

Guiteras aceptó. Por una puerta lateral lograron salir. Las tropas del Ejército avanzaban en zafarrancho de combate. Aponte y Paulino marchaban a la vanguardia. El venezolano comprendió que los habían traicionado. Murmuró: “Nos han vendido como sacos de café”.

Caminaban en fila india. Guiteras era el último. Aponte, siempre atento a la seguridad personal del máximo dirigente de Joven Cuba, le dijo a Paulino: “Vamos a llevarnos al compái”, y retrocedieron en busca de Tony.

Las primeras ráfagas, las cercas de piedra y los obstáculos de la naturaleza fueron dispersando al grupo. Guiteras, acompañado de Paulino y Aponte, continuó con la intención de burlar el cerco; los demás cayeron en manos de los uniformados con excepción de Alberto Sánchez, José Urquidí y el Chino Ramos.

A lo lejos los soldados rompían fuego —narró Paulino. Nosotros seguimos por dentro de la maleza caminando. Cruzamos varias cercas de piedras. Guiteras iba cansado. Yo tomé su ametralladora y seguimos por la orilla del río hasta llegar a una especie de caseta o

rancho de pescadores. Como a unos cuarenta metros antes de llegar se nos incorporó Felo Crespo. Aponte nos dijo: “Espérenme aquí que voy a buscar un baqueano (práctico)”. En el centro del río había un bote al que desde la loma le hacían fuego. Yo me adelanté unos pasos. Vi a Aponte que discutía con varias personas y tomando de un hombre por un brazo lo encaminó hacia donde yo estaba.

¿Quiénes eran aquellas personas que por azar del destino fueron testigos de un relevante episodio de la Historia de Cuba?

Se llamaban José Gallardo y Octavio Domínguez. Ese día, con la ayuda de sus hijos, cortaban la maleza para levantar un bohío y veranear como hacían todos los años. En un relato de los hechos Octavio dijo:

...al amanecer llegaron mi hijo Jorge Octavio Domínguez y el señor Rogelio Gallardo, hijo de mi amigo. Este último vino en un bote y trajo con él a varios hijos y sobrinos suyos, de los cuales el mayor no tenía diez años. Casi al mismo tiempo comenzamos a escuchar los disparos. Al principio creíamos que eran cazadores o marineros que tiraban al blanco, pero pronto nos desengañamos advirtiendo que algo anormal ocurría porque pudimos percibir claramente el tableteo de las ametralladoras. En el medio del río Fermín Sangra y su primo Guillermo Fernández gritaban llamado a “Mandarria” —pseudónimo con que era conocido el marinero Felipe Bayote, encargado de la custodia de El Morrillo—, ya que habían sido heridos ambos. Con gran dificultad lograron arrimar el bote hacia el lugar donde estábamos nosotros. Con tiras de nuestras camisas les improvisamos vendajes y los curamos de primera intención. Estando en esa faena vimos descender por un camino, que los pescadores de aquel lugar denominaban Chinchorreros, a cuatro hombres [...] Guiteras se sentó en una piedra como a unos 25 o 30 metros de donde yo estaba. Aponte y Paulino Pérez Blanco se separaron y se dirigieron hacia nosotros. Paulino se quedó un poco atrás y Aponte con un revólver en la mano, y en actitud un poco violenta, me dijo que lo acompañara, ya que necesitaba un práctico.

Mi hijo Cuso —nombre con que conocemos a Jorge Octavio Domínguez— vino entonces con un machete en la mano, el mismo con el que estaba desmontando la maleza[...] Sacando un permiso ya que creyó que eran autoridades [y] fue a decirle que nosotros estábamos autorizados para estar allí. Aponte le respondió: “Eso no me interesa. Usted es el que me tiene que sacar de aquí”, y tomándole por el brazo salió caminando con él en dirección hacia donde estaba Paulino Pérez Blanco⁵⁸.

Sin otra opción, el campesino obedeció. Apenas caminaron unos pasos y Paulino descubrió la presencia del enemigo: “Ahí están, pero espera, los voy a parar”, le dijo a su jefe y se atrincheró detrás de una cerca de piedra y enseguida salió una ráfaga larga de su ametralladora. Los soldados respondieron. El tableteo de las armas era ensordecedor. El cabo Marcelo Man fue abatido por un certero disparo de Aponte.

El fuego se generalizó. Aponte y Guiteras se ubicaron en lo alto de la cañada. Se aprestaron a pelear hasta la última bala.

“Compái, antes de rendirnos nos morimos”, dijo Aponte y apretó el gatillo de la ametralladora.

“Nos morimos”, reafirmó Guiteras. Y cuando cambiaba el peine de su pistola una bala le atravesó el corazón, una hizo impacto en la cabeza de Aponte y otra penetró en su costado. La vida se escapó en segundos. Los soldados continuaron disparando durante unos quince minutos. Con precaución se levantaron de sus posiciones y se acercaron a donde estaban los cadáveres.

Crespo, en el fondo de la cañada, revisó su arma que se le había encasquillado y gritó a Paulino: “¡Han matado a Guiteras!”.

Sin misericordia, los soldados arrastraron los cuerpos por un camino lleno de piedras y malezas hasta el río, distante a más de trescientos metros. Allí, Crespo, que había sido capturado, reconoció los cadáveres. El sargento Cintado, jefe de los soldados que

58 “La muerte de Guiteras, versión de Octavio Domínguez”, *Bohemia*, 18 de agosto de 1946, p. 32.

causaron la muerte de los dos combatientes, registró y se apropió los pocos objetos de valor que poseía Guiteras.

Después que bajaron el cadáver de Guiteras, varios soldados bajaron los cadáveres de Aponte y el cabo Man —relató Jorge Octavio Domínguez. En el bote de Sangra colocaron los cadáveres de los dos primeros. En el bote del hijo del señor Rogelio Gallardo colocaron el del cabo Man. Como este bote era de motor nos dio remolque hasta El Morrillo. Yo fui con los cadáveres de Guiteras y Aponte y los heridos Sangra y Guillermo Fernández hasta aquel lugar. Allí los desembarcaron. Vi a varias personas presas. Los cadáveres tendidos en la playa fueron una vez más reconocidos por los prisioneros⁵⁹.

En el castillo, el comandante Basilio Guerra Molina increpó a los soldados por haber traído prisioneros, ordenó amarrarlos y conducirlos al monte para ejecutarlos. Mas la fuerte oposición de un capitán impidió el crimen. Los detenidos, antes de ser trasladados, observaron una escena repugnante: el chofer del capitán Carmelo González, el soldado Manuel Fuego Gómez, cerró aquella escena de dolor con una acción aleposa. El día anterior había conducido en un Ford al líder de Joven Cuba hasta Matanzas, como ya hemos dicho. Ahora se dirigía al bote en que condujeron los restos de los revolucionarios y mojándose las manos en el agua mezclada con sangre, expresó en tono burlón: “Déjenme lavarme las manos aquí”.

59 *Ibíd.*, p.33.

EL ENTIERRO

Los detenidos fueron amarrados en grupos de cuatro, y mientras eran trasladados al castillo de San Severino recibieron insultos y maltratos de los militares. En la fortaleza, construida en tiempos de la colonia para proteger la ciudad, los guiteristas vivieron instantes de incertidumbre bajo la amenaza de ser fusilados.

En la mañana de ese aciago día, Marie Theresa Holmes y su hija Calixta se trasladaron a Matanzas. Cuando llegaron al cementerio encontraron en la puerta a Alberto Morilla, Vicente Fernández y un señor de apellido González. Los soldados, en fila, no permitían el paso. Morilla insistió, entonces dejaron entrar a la madre y a la hermana de Guiteras.

Sobre una mesa de mármol, cubiertos de sangre y con el pelo revuelto, yacían los dos cadáveres. Varios rasguños cruzaban el rostro de Guiteras. Sus ojos estaban entreabiertos. Vestía pantalón de *crash*, camisa blanca, corbata azul y gris y medias amarillas. Sus manos descansaban encima del pecho.

Los doctores Severiano López Llorens y Filomeno Rodríguez efectuaron la autopsia. El cabo Abad Gil se opuso a que los cadáveres recibieran un entierro decoroso y ordenó a los soldados abrir un hueco para tirarlos allí, pero los familiares protestaron ante la inhumana decisión. Con el ánimo de solucionar el conflicto, el oficial Mariano Faget intervino en el asunto y consultó a sus superiores.

Batista, acompañado de sus ayudantes Ponce y Cernada, el teniente coronel Ángel Aurelio González y el jefe de la Policía Nacional, el teniente coronel José Eleuterio Pedraza, entre otros, llegó a las cinco y treinta de la tarde a Matanzas. Después de una breve visita al cuartel Agramonte, fue al hospital donde felicitó y animó a los soldados heridos. Estaba en estos menesteres cuando le informaron que la familia Guiteras pedía que Tony recibiera sepultura en el panteón familiar. Autorizó la solicitud, pero ordenó que se hiciera de manera inmediata, sin velorio ni flores.

La familia del exsecretario de Gobernación compró las dos cajas en una funeraria. Cada una les costó trece pesos. La luz solar comenzaba a ceder. No se podía perder más tiempo. A las seis de la tarde, en la bóveda, encima del de su padre, quedó el cadáver de Guiteras y, sobre él, el de Aponte.

Alberto Morilla despidió el duelo. Marie Theresa tuvo aún energías para declararle a la prensa antes de regresar a La Habana: “Es duro. No puedo decir más que esto: fue un gran revolucionario contra las fuerzas del capital y el imperialismo yanqui. Dedicó su vida a mejorar el estándar de vida de Cuba, especialmente de los trabajadores”.

OJO POR OJO

...el hombre que cayó en Cuba no fue un "bandido", porque, precisamente, hasta el momento de su muerte no hizo otra cosa que combatir contra los verdaderos bandidos de todas las tierras de América.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

Había un calor sofocante. Carmelo González abrió el sobre en espera de buenas noticias y casi infartó cuando leyó:

Del jefe de la Sección de Dirección.

14 de agosto de 1935

En contestación a su escrito origen, se le informa que la solicitud formulada para que se le concediera a usted la Orden al Mérito Naval de tercera clase con distintivo blanco fue denegada por estimar esta jefatura que del expediente instruido al efecto no resultan méritos bastantes para otorgar tal consideración.

GASPAR MASPÓN JORDÁN

CAPITÁN DE FRAGATA

AUXILIAR DEL JEFE DE ESTADO MAYOR DE LA MARINA DE GUERRA⁶⁰

Tuvo noches de insomnio. Pensaba que había sido tratado con injusticia. Así le pagaban sus superiores su actuación en las

60 Newton Briones Montoto: ob., cit, p. 267.

acciones del 8 de mayo, se decía una y otra vez. Sin embargo, una sorpresa más grave tendría que afrontar el traidor. Un mes después de la caída de los dos héroes, ya combatientes de Joven Cuba en Matanzas acechaban sus pasos.

Uno de los primeros indicios de que Carmelo era el delator lo dio la prensa. *El Mundo*, al día siguiente de los acontecimientos de El Morrillo, publicó:

El teniente coronel Ángel Aurelio González, jefe de la Marina de Guerra, visitó ayer en horas de la mañana al Presidente de la República para informarle de la sorpresa y muerte del exsecretario de Gobernación, doctor Guiteras. El teniente coronel González recibió noticias confidenciales sobre el paradero de Guiteras, dando las instrucciones pertinentes al capitán Carmelo González, quien mandó las fuerzas que, en combinación con el Ejército, sostuvieron fuego con la partida rebelde.

De esta y otras informaciones que evidenciaban el doble papel desempeñado por Carmelo tomó notas Newton Briones Fernández, jefe de la Comisión Nacional de Acción de Joven Cuba. A finales de mayo se celebró el juicio a los prisioneros y Newton obtuvo nuevos elementos. Carmelo González no fue llamado a testimoniar a pesar de estar involucrado en los sucesos, como había publicado la prensa. Sin duda, las autoridades trataban de protegerlo.

Descubierto quién era el Judas, primero planificaron lanzarle una granada en el momento en que detuviera su auto en un semáforo. Pero el traidor se sentía vigilado, cambió el recorrido habitual hacia Peñas Altas y siempre lo acompañaba un soldado.

Otras actividades de la organización relegaron a un segundo plano la ejecución de Carmelo. Sin embargo, un año más tarde, el atentado volvió a ser prioridad. Luis Buch, integrante de la Comisión Nacional de Acción de Joven Cuba, trabajaba en el Departamento de Entrega Especial del Ministerio de Comunicaciones. A pesar de su juventud era un fogueado combatiente de la lucha

contra el dictador Machado. Su empleo posibilitaría ajusticiar al traidor.

En una casa ubicada en la calle habanera de San Bernardino, en 10 de Octubre, se hallaba escondido un comando de Joven Cuba, participante en el secuestro del millonario Castaño. Acción que tuvo como objetivo recaudar fondos para la organización.

Ya el reloj había marcado las doce de la noche cuando los cuatro hombres recibieron la visita de Buch. Le notaron un brillo inusitado en los ojos y la voz emocionada, mientras les decía:

Este paquete fue enviado por la jefatura de la Marina de Guerra a uno de sus distritos navales. Como ven, es poco mayor que una caja de tabacos. Creo que podríamos rellenarlo con algo que suene y remitirlo por correo al comandante Carmelo González. En unos días lo tendrá en sus manos⁶¹.

Estuvieron de acuerdo con la propuesta y decidieron colocar en una caja de tabacos el artefacto explosivo. Sin duda, nadie sospecharía que en el interior del diminuto objeto viajaba la muerte. Luis García Quibús y Cándido Durán prepararon la bomba. A la caja le hicieron tres compartimentos que contenían la batería, la dinamita, el fulminante, la munición, las alcayatas y los balines. Todo quedó listo en la mañana del 2 de mayo de 1936.

Podía observarse cómo el alambre muy fino salía de la batería, pasaba por el interruptor y se abrazaba al detonador en el cartucho de dinamita. El interruptor, incrustado en un pedazo de madera, estaba unido a la cuerda de cáñamo para ser liberado en el momento de abrirse el paquete.

Cándido colocó encima los modelos y circulares, envolvió el paquete con el papel original y lo rodeó con la cuerda de cáñamo.

Durante todo el tiempo que duró la operación el silencio fue casi absoluto.

61 *Ibídem*, p. 278.

Al fin, Durán se secó la frente con el pañuelo y dijo:

—¡Esto ya está!⁶²

El 8 de mayo de 1936 se conmemoraba el primer aniversario de los sucesos de El Morrillo. Como de costumbre, Carmelo González llegó temprano a su oficina. Saboreó el café que le sirvió su ayudante. Luego comenzó a revisar varios documentos. A las diez y veinte de la mañana el teniente Avella le entregó la correspondencia.

Mientras desamarraba la cuerda de cáñamo del pequeño paquete, los tenientes González Muñoz y Cabrera conversaban en la oficina contigua. La explosión interrumpió el diálogo. Cuando entraron al local de su jefe hallaron a este destrozado, frente al buró. Los médicos se esforzaron pero todo fue en vano.

El 13 de mayo un comunicado emitido por el Comité Central de Joven Cuba a los miembros de la organización expresaba:

Compañeros:

Por la presente tenemos el gusto de notificar a ustedes que con fecha 8 de mayo del actual año se ha dado cumplimiento por la Comisión de Disciplina y Control Nacional a la penalidad impuesta por sentencia recaída contra el comandante Carmelo González Arias por los delitos de alta traición, que dio por resultado el asesinato de los compañeros Antonio Guiteras y Carlos Aponte y la prisión de un gran número de ellos, así como la pérdida de una gruesa suma de dinero y el retraso del proceso insurreccional de la Revolución Cubana. Lo que comunicamos a ustedes a fin de que sea conocido por todos los compañeros.

Comité Ejecutivo Nacional⁶³.

62 Ibidem, pp. 280-281.

63 Ibidem, p. 285.

Regalo de fin de año

El 31 de diciembre de 1945 Ramón Grau San Martín era presidente de Cuba. La corrupción política, administrativa y la violencia de pandillas gansteriles, al estilo de Al Capone, caracterizarían su mandato. El exprofesor de Fisiología de la Universidad de La Habana se destacó en la lucha contra la tiranía de Machado y presidió el progresista Gobierno de los Cien Días. Este pasado le franqueó el camino a la silla presidencial. Sin embargo, pronto demostró que seguiría la línea de sometimiento incondicional a Estados Unidos, igual que sus antecesores.

Ese día, a pesar de ser una fecha de festividad, el capitán retirado Rafael Díaz Joglar pagaría su participación en los sucesos del 8 de mayo. En realidad, desde aquella trágica jornada su alma sufría continuos sobresaltos.

Nunca dejó de sospechar que sería víctima de un atentado, inclusive desde el mismo año 1935. Aquel 31 de diciembre atendía su negocio de tintorería. Esperaba, sentado frente al timón del camión de recogida de ropas, a uno de sus empleados. Miraba la atractiva arquitectura de la lujosa residencia de Benjamín Menéndez, presidente del Centro Asturiano de La Habana y acaudalado comerciante que hizo fortuna en la industria tabacalera.

La casona, ubicada en la calle 21, entre C y D, en el exclusivo Vedado, sería testigo mudo de un ajuste de cuentas. Díaz Joglar no se percató del peligro ni tuvo oportunidad de defenderse. Los disparos de pistola, calibre 45, lo acribillaron en la cabina del vehículo. En unos instantes los agresores desaparecieron sin dejar huellas⁶⁴.

La muerte de Abad

El 9 de mayo de 1935 una foto estremeció a la opinión pública. Los cadáveres de Aponte y Guiteras colocados sobre una mesa ilustraban el ensañamiento de sus asesinos. Entre los sicarios que aparecían en la instantánea, se veía un rostro alegre, orgulloso del “cumplimiento del deber”. Era el cabo Abad Gil Ramos.

64 Enrique de la Osa: “Uno más”, en *Sangre y pillaje*, p. 48.

Su expediente de sicario engrosó en 1936, año en el que fue acusador implacable de los revolucionarios en los Tribunales de Urgencia. De pequeña estatura, era incansable en su labor innoble: “Denunciaba, espiaba y torturaba. Auténticos y comunistas; estudiantes y obreros; profesionales y conspiradores, formaron su rosario de víctimas”⁶⁵.

Pasó el tiempo y Abad creyó que nadie recordaba su participación en los sucesos del 8 de mayo. Se equivocó. En el mes de junio de 1946 leía el periódico *Guiteras*. Quedó en una pieza al ver su foto con un pie en el que se expresaba asombro por su supervivencia. Quizás consideró que las cosas no pasarían de la simple denuncia o confió en su suerte para evadir el peligro.

Fue un día extremadamente caluroso aquel 28 de agosto. Por la noche, aún se sentían los efectos de las altas temperaturas. El cabo paseó por última vez en su automóvil, pues varias descargas de pistolas y ametralladoras dieron en el blanco en el vehículo; al chasis los curiosos le contaron 27 perforaciones y el cuerpo de la víctima tenía siete heridas.

65 Raúl Aguiar Rodríguez: *El bonchismo y el gangsterismo en Cuba*, p. 100.

HOMENAJES

Levantó sus ojos miopes y escrutó el monumento que se erigía, detrás de la cerca de piedras, al cabo del Ejército Marcelo Man, quien murió cuando intentaba capturar a Guiteras y a sus hombres. Luego la mirada se detuvo en el humilde obelisco que señalaba el lugar donde cayeron el líder de Joven Cuba y Aponte.

Caminó dominado por la furia. Atravesó la hierba de Guinea en busca de Peñas Altas, donde había un depósito de materiales de construcción del Ministerio de Obras Públicas, pidió una mandarina y regresó inmediatamente. Sudaba. El traje se le estropeó en la caminata. Los zapatos eran una calamidad.

El río Canímar, henchido por las aguas de primavera, se precipitaba hacia el mar.

Eduardo Chibás, senador de la República y uno de los líderes más populares de Cuba por su honradez política, mostraría otra vez su civismo. El 8 de mayo de 1946, mientras descargaba los mandarrazos contra el monumento en construcción, le oyeron decir: "...es inexplicable que en el gobierno auténtico, uno de los perseguidores de Guiteras cuente con recordatorio elegante, mientras el revolucionario desaparecido tenga solo una modesta columna de cemento"⁶⁶.

66 Enrique de la Osa: *En Cuba. Primer tiempo*, p. 221.

Historia de un busto

El sueño de Chibás se hizo realidad. En 1951 fue inaugurado el puente sobre el río Canímar, para dar comunicación más rápida con el afamado balneario de Varadero. Entonces, en el obelisco erigido al fundador de Joven Cuba se colocó un busto esculpido por el valenciano Domingo Ravenet y el que representaba al cabo Man fue eliminado. En 1985, como parte del homenaje por el 50 aniversario de la caída de Aponte y Guiterras, fue situada la escultura del venezolano al lado de su compañero. El lema: “La Revolución era su vida”. Pablo de la Torriente Brau, se integró al busto.

Acerca de esta obra Gladys Pérez escribió:

El escultor matancero Juan Esnard Heydrich lo concibió entre sus obras cuando era profesor de la Escuela Provincial de Artes; era un sueño del artista especializado en busto de personalidades muy vinculadas a las luchas de izquierda de los años de efervescencia revolucionaria en Cuba entre los años 1920 y 1930.

A través de la Junta de Coordinación, Ejecución e Inspección (JUCEI) que ejercía el Poder Estatal en Matanzas desde 1961, llega la solicitud al escultor para que materializara su sueño; fue entonces que entre 1962 y 1963 el yeso fue tomando forma entre las manos expertas del artista y fue naciendo su nuevo hijo para tener ante sí el busto de Carlos Aponte. Pero muchos años quedó entre la vigilancia de su creador; todo parecía haber quedado en el olvido. La forma de gobierno transitó hacia los Poderes Locales desde 1963 hasta 1974 en que Matanzas, de forma experimental, asume como nuevo estilo el Poder Popular. Siendo precisamente a través de este órgano de gobierno central que logra materializarse más de 20 años de amor escultural sobre el único homenaje al héroe. Se le solicita a Esnard Heydrich el busto trabajado en yeso y él lo donó para que se procediera a su fundición en Bronce. Fue llevado a la Escuela Nacional de Artes (ENA) y el profesor de fundición, Nodarse, realizó la técnica de fundir al vacío, culminándose con la

escultura que mide 62,7 cm de largo y 42,2 cm de ancho, con una profundidad de 37,4 cm⁶⁷.

Monumentos vivos

Finalizaba febrero de 1970. Los cubanos estaban inmersos en una meta difícil de alcanzar: producir diez millones de toneladas de azúcar. Fueron días de grandes movilizaciones. El pueblo se hallaba en perenne tensión. Por carretera y ferrocarril se trasladaban miles de macheteros voluntarios hacia las regiones cañeras. En este contexto de efervescencia, una noticia publicada en el periódico *Granma* el día 27 acaparó la atención de la opinión pública: el Gobierno revolucionario recibió los restos de Guiteras y Aponte.

La ceremonia oficial tuvo lugar en el despacho de Raúl Roa, ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. Estaban presentes los comandantes Jesús Montané Oropesa y Jorge Serguera, el capitán Carlos Chaín, viceministro de Relaciones Exteriores y Jesús Hernández, director de la revista *Moncada*. Dos urnas de mármol gris, escoltadas por las banderas de Cuba y Venezuela, guardaban los restos.

¿Dónde habían estado los restos sagrados? La respuesta también se incluía en el texto periodístico.

Sentado en un cómodo sofá el Viejo García —José María García López— narró cómo secuestró las osamentas en 1937. La idea se le ocurrió mientras se hallaba preso por haber participado en un atentado fallido al sargento Mariano Faget. En la cárcel supo que algunos politiqueros pretendían, durante las elecciones, utilizar la memoria de Guiteras para ganar votos.

Con la intención de que la tumba de los héroes no fuera ultrajada, decidió proteger los restos en un lugar seguro hasta que en Cuba hubiera un gobierno honrado que respondiera a los ideales del fundador de Joven Cuba. Con otros compañeros fue al cementerio y extrajo las reliquias. Una vez colocadas en un saco, para no

67 Gladys Pérez Rivero: "El busto de Carlos Aponte Hernández", en *El Matancero*, sitio digital de la Oficina del Historiador de Matanzas, www.historiador.atenas.cult.cu. Consultado el 15 de mayo de 2007.

llamar la atención de los viajeros, tomó un ómnibus y se trasladó a La Habana.

Cuando se conmemoraba el décimo aniversario de la caída de los dos héroes en El Morrillo, la prensa divulgó la noticia de que los restos de Aponte y Guiteras no se hallaban en el camposanto. Hasta ese momento se desconocía la acción de García. El 8 de mayo de ese año, la organización de Pioneros Auténticos develó un obelisco en el sitio donde murieron los combatientes, cuyo texto expresaba:

Antonio Guiteras y Carlos Aponte cayeron en este lugar el 8 de mayo de 1935, víctimas de una traición y de los elementos reaccionarios enemigos de los ideales de cubanidad por ellos pensados. Los Pioneros Auténticos de Matanzas consagran esta lápida a la memoria de los valientes revolucionarios en el décimo aniversario de su muerte. 8 de mayo de 1945⁶⁸.

Este monumento desapareció en 1951. Volvamos a García.

En 1968 Francisco Aguilera, conocido por El Negro e íntimo amigo del Viejo García, develó este secreto a la dirección de la Revolución. Al principio García no confirmó la noticia, pero meses más tarde accedió a entregar las reliquias, que estaban en una vieja casa de madera, ubicada en la Calle 61, entre 96 y 98, en Marianao, donde García vivió durante un tiempo. El veterano revolucionario ocultó en el sótano, detrás de una falsa pared, un recipiente de zinc galvanizado con los restos, separados por una bandera cubana, hecha jirones como consecuencia de los años transcurridos.

“Estoy satisfecho porque estimo que he cumplido con un deber de cubano”, dijo García con un brillo relampagueante en sus ojos negros y vivaces, mientras arqueaba sus pobladas cejas. Sus manos estaban en continuo movimiento y el rostro surcado por profundas arrugas.

Las palabras del Canciller de la Dignidad en el acto emocionaron a García, quien sintió que un gran peso se le quitaba de

68 Ana Cairo (comp.): *Antonio Guiteras. 100 años*, p.380.

encima. Tenía setenta y nueve años a cuestas, escuchó atentamente el breve discurso de Roa:

En representación del Gobierno Revolucionario y el Partido Comunista de Cuba, el comandante Montané y quien les habla reciben hoy de manos del Viejo García los preciados restos de Antonio Guiterras y Carlos Aponte unidos, indisolublemente unidos, en el recuerdo y en la vida por vínculos que sellan la unidad combativa y la comunidad de aspiraciones del pueblo ya emancipado de Cuba y de los pueblos oprimidos y explotados de nuestra América [...] Como las cenizas de Julio Antonio Mella, estos restos quedarán bajo la devota custodia de nuestro Partido hasta tanto se decida su público sepelio en el que estos héroes serán honrados con himnos de victorias y pabellones enhiestos⁶⁹.

Hacia la tumba definitiva

Del Museo de la Revolución, antiguo Palacio Presidencial, trasladaron los restos a su mausoleo definitivo el 8 de mayo de 1975, cuando se conmemoró el aniversario 40 de la caída en combate de los héroes. Ese día se notaba, desde bien temprano, incesante movimiento en la institución ubicada en Refugio N° 1, entre avenida de las Misiones y Zulueta, en La Habana Vieja. A las dos y cuarenta y cinco de la tarde se escucharon los toques de «Atención» y «Silencio». Entonces comenzó el acto solemne.

La comandante Thelma Bornot, jefa de la Sección de Historia de la Dirección Política del Minfar, entregó las pequeñas urnas de mármol a ocho alumnos de las Escuela Militar Camilo Cienfuegos de La Habana. Escoltaban a los «camilitos» estudiantes de las secundarias básicas en el campo y de la Academia Naval de la Marina de Guerra Revolucionaria. Llevaron las reliquias hasta un armón situado frente a la entrada principal del recinto. Una compañía de guardiamarinas se hallaba en atención, con los fusiles en alto.

69 *Bohemia*, 6 de marzo de 1970, p. 60.

Había silencio absoluto cuando el mayor Vara cubrió las urnas con la bandera cubana. Luego, la banda de música del Estado Mayor General (EMG) interpretó las notas del Himno Nacional. En marcha solemne trasladaron los restos hasta la explanada del Castillo de la Punta. Allí esperaba a la comitiva un helicóptero de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) encargado de llevarlos a Matanzas.

El periódico *Granma*, en su edición del 9 de mayo de 1975, reseñó así las conclusiones del acto:

Al frente de la solemne marcha, y a los acordes de música fúnebre, iban la banda del EMG, una compañía de guardiamarinas de la Academia Naval, con la banderas de esa institución en alto y seguidamente detrás de un yip que arrastraba el armón, un numeroso público integrado por trabajadores, estudiantes, miembros de las FAR, niños pioneros y viejos compañeros de lucha de Guiteras.

Delante de varios cientos de personas, y de una guardia montada cerca del helicóptero por estudiantes del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech, las urnas fueron montadas en la nave aérea por los mismos “camilitos”, quienes se las entregaron a otros dos de sus compañeros para que las condujeran a la capital yumurina.

La ceremonia de entrega y traslado culminó con la interpretación de las notas del Himno Invasor, ejecutadas por la banda de Música del EMG.

A las cuatro de la tarde las aspas del helicóptero se detuvieron en el polígono de la Escuela Militar Camilo Cienfuegos de Matanzas. Dirigentes del Partido, de las organizaciones de masas y oficiales de las FAR, recibieron a la tripulación. Las urnas fueron llevadas a un armón de artillería, y cubiertas por la Bandera Nacional por integrantes de la Unidad de Ceremonias del EMG y “camilitos”.

Al ritmo de marchas fúnebres, del Himno Invasor y el de América Latina, el desfile recorrió los dos kilómetros que distaba el fortín de El Morrillo. Al frente de la columna iban el comandante

de brigada y ministro del Interior, Sergio del Valle; el comandante Pedro Miret, asaltante al cuartel Moncada y veterano de Playa Girón, y otros altos funcionarios del Gobierno y del Partido.

Cuando se aproximaron al lugar donde cayeron los combatientes, se incorporaron al cortejo Calixta Guiteras y otros compañeros de lucha del líder antiimperialista. La Guardia Militar rindió homenaje de atención en el fortín. Se escucharon las notas del Himno Nacional, mientras los restos eran trasladados a un salón ubicado en el ala izquierda de la planta baja del edificio. Después, el toque de silencio anunció que ya los colocaban en su tumba definitiva. Afuera, fusileros de la unidad de ceremonias dispararon tres salvas seguidas por disparos de artillería. En el recinto se destacaban las banderas de Cuba y Venezuela; también, las ofrendas florales enviadas por Fidel Castro, el Consejo de Ministros y el Comité Central del Partido Comunista. En la explanada de El Morrillo más de ocho mil matanceros escucharon el discurso de Sergio del Valle, miembro del Buró Político del Comité Central del Partido, con el cual concluyó la ceremonia.

El canto de un trovador

Por aquellos días de homenaje a los héroes, el músico cubano Vicente Feliú se sintió inspirado en la gesta de los luchadores y la musa se mostró generosa con sus sentimientos. Fue en abril. A Silvio Rodríguez la UJC le había pedido una canción dedicada a Guiteras. El revólver que empuñaba Aponte el día de su caída en combate había pertenecido al doctor Santiago Ramón Feliú —abuelo de Vicente Feliú—, como ya expresamos anteriormente. Silvio conocía esta historia y por eso señaló que era mejor que la escribiera Feliú. Vicente narró:

...finalmente hago la canción que no resulta lamentablemente una buena canción, está olvidada, está grabada en alguna parte, pero está olvidada, se llama *Homenaje a Antonio Guiteras* y ese mismo día hago una canción a Carlos Aponte que sí está en disco y se llama *Si canto a los muertos*, y escribo un poema muy largo, “Los

héroes”, que lo canté el otro día y años después hice la canción que requería el poema y con todo eso encima, con un peso enorme en los hombros, puse la grabadora y *Créeme* salió de arriba a abajo, letra y música. Una canción, creo yo, dictada por ellos dos, por eso me parece que es una canción muy hermosa⁷⁰.

70 Se refiere a *Créeme*, una de las canciones clásicas de la trova cubana. En los anexos reproducimos su texto. Entrevista realizada a Vicente Feliú por Esneider Marín Torres, el 28 de julio del 2004, publicada en la revista digital www.nuestrodocanto.net.

SI CANTO A LOS MUERTOS

(al coronel Carlos Aponte, hombre de América)

*Si canto a los muertos
es porque sé
que los muertos no han muerto,
que están a mi lado
calmándome la sed
y avivándola a un tiempo.
Si canto a los muertos
es porque sé
que la vida no es cierta
si se anda silbando
una pobre canción
que envenene la suerte.
Si canto a los muertos,
no a los muertos casuales
sino a los de verdad,
a los que miraron
al minuto final
con la frente serena.
Si canto a esos muertos
es porque he de vivir
en su complicidad
las horas tranquilas
que aparentan llevar
a la felicidad.*

Segunda parte

El libro inconcluso

FRENTE A YANQUIS Y TRAIADORES

A Pablo de la Torriente Brau y a Carlos Aponte los unió la admiración mutua, la ideología, la jovialidad, el desenfado. Fueron hombres de valor probado. Los dos murieron cumpliendo su deber de internacionalistas. Se quisieron como hermanos.

Por casualidades de la historia nacieron en la misma fecha: 12 de diciembre de 1901. Un tío abuelo de Pablo se llamó Carlos Asencio, era de origen venezolano y peleó junto al Libertador de Colombia, al grito de “guerra o muerte”, en 1811.

Constituye una incógnita cuándo fue el primer encuentro entre ambos combatientes. Solo se sabe que la labor de Pablo en el periódico *Ahora* le permitió divulgar detalles de la vida novelesca de Carlos Aponte. Vida que él hubiera querido que fuera la suya. Los relatos del guerrillero los publicó en el mencionado diario en abril de 1934, como expresamos en la primera parte de esta obra, en una serie titulada “Frente a yanquis y traidores. Episodios de la vida de un ayudante de Sandino”.

El extraordinario periodista que había en Pablo le hizo comprender enseguida que la biografía del joven sudamericano desbordaba el breve espacio de las páginas de un periódico. Contenía suficientes elementos para escribir un libro. Por eso aseguró:

El coronel Carlos Aponte es un protagonista que se escapó de las páginas de *La vorágine* y anda por el mundo, como personaje de De Unamuno o Pirandello, buscando a alguien capaz de plasmarlo en un libro con la enorme fuerza de su personalidad, con el vigor inaudito de un temperamento montaraz, agresivo, insolente⁷¹.

El propio Aponte estaba convencido de la utilidad de sus narraciones para los jóvenes latinoamericanos y le encargó a Pablo plasmarlas en un libro, solicitud que comprometió aún más al reportero.

El primero de los textos periodísticos abarcó un espacio de tiempo que llegó hasta el incidente con Vallenilla Lanz en 1927. La identificación del periodista con la personalidad del entrevistado es perceptible desde la presentación de este capítulo. Pablo confiesa que era la vida más dramática que había podido conocer. En la introducción, en apretada síntesis, se refirió a las características físicas y morales de Aponte:

Es un hombre de estatura mediana, color de bronce, perfil altivo, mirada negra, voz de vibraciones roncadas y de una vida tal que apenas en su almanaque hay página-día que se pueda arrancar sin un episodio emocionante, sin una anécdota llena de colorido. Se ve que el peligro, la aventura, la audacia, el insulto y la violencia ejercen sobre él atracciones magnéticas. Es un hombre que parece traer consigo la tragedia de los llanos bravíos del Orinoco.

Luego habló de Juan Vicente Gómez, de las consecuencias de su tiranía, y después narró los inicios revolucionarios del guerrillero venezolano, su primera estancia en la isla. En el subtítulo "Un hombre transformado en Cuba", el entrevistado testimonió, con una sinceridad que causa simpatía, cómo los jóvenes intelectuales cubanos influyeron en la radicalización de sus ideas. En especial se destacaron en ese sentido Mella, Villena y el doctor Gustavo

71 Pablo de la Torriente Brau: "Frente a yanquis y traidores. Episodios de la vida de un ayudante de Sandino", en *Ahora*, 8 de abril de 1934, pp.1 y 6

Aldereguía. La discusión política fue el método que forjó el ideal antiimperialista del caraqueño.

Aponte, que hablaba de manera precipitada, pintó su relato con anécdotas y Pablo se dio cuenta de que ellas dibujaban el retrato del hombre. A través de un lenguaje directo, con el subtítulo “De prisionero de guerra a cantinero”, describió los pininos revolucionarios del venezolano y su breve residencia en Santiago de Cuba y Camagüey.

Los tiempos habaneros del inmigrante caraqueño los relató en “La pensión La Milagrosa”, en “Cobrador de la Federación Médica”, “La huelga de hambre de Mella” y en “El castigo a Vassenilla”. Detengámonos en este último. Pablo empleó como recursos el juego de palabras, la ironía y el humor. A modo de ejemplo citamos este párrafo:

...Vassenilla con la cara cruzada de cintarazos, conmovido todavía, espantado como buena rana, no se atrevió a afrentar las cámaras de los fotógrafos habaneros que hubieran propalado por el mundo su efigie adolorida de Caballero de la Orden del Cintarazo.

El gracejo criollo, el humor, afloró en “Los gallos de Montenegro”. Creo que vale la pena analizar este pasaje en el que se refirió al general venezolano Pedro Montenegro, quien estuvo en La Habana en marzo de 1927. Era un viejo político que se había opuesto en otros tiempos al gobierno de Gómez, pero cambió de casaca, traicionó sus ideales y se sumó a la dictadura disfrutando de los privilegios del poder. Fue senador y gobernador de varios estados.

Instalado en el chalé que poseía una hija suya en el exclusivo reparto residencial de Vedado, en La Habana, al día siguiente de su arribo pronunció demagógicas declaraciones al periódico *El Mundo*. Sin duda, se proponía presentar a Venezuela como un país idílico. Respecto a su situación política, expresó:

...la libertad en Venezuela es absoluta y no tiene más límites que los naturales del orden público. Muchos de mis compatriotas huyeron

de Venezuela en los últimos años. En la actualidad se encuentran “asilados” en Colombia, en México, en Centroamérica. Pues bien, puedo asegurarles, y trataré de llevar al ánimo de todos, la seguridad que pueden volver tranquilamente a su tierra, sin temor de ninguna clase⁷².

Fiel su papel de Judas, más adelante continuó en tono apologético refiriéndose a la economía venezolana:

Sin exageración, puede asegurarse que es un verdadero emporio de riquezas. Su privilegiada situación geográfica la favorece sobremanera. Su suelo rico en minerales y generoso para los agricultores, contribuye también al progreso actual. La actuación del gobierno ha hecho el resto. Las deudas exteriores de la república —ochenta millones de bolívares en total— pueden ser saldadas en cualquier momento, ya que el estado del tesoro nacional es floreciente. Los yacimientos de petróleo de Zulia representan una riqueza incalculable y colocan a Venezuela entre los cinco productores mundiales⁷³.

Sigue elogiando en su perorata la producción de algodón y de banano, y luego la excelencia de las carreteras.

Pablo de la Torriente Brau relató una anécdota deliciosa acerca del final de aquella visita. Montenegro hizo buenas relaciones con el Asno con Garras mediante la intervención de su cuñado, el doctor Alejandro Rivas Vázquez. Machado comisionó al General para que le llevara a Juan Vicente unos gallos finos, de pelea.

Montenegro llegó al puerto de Colón con su preciado regalo colocado en cómodas jaulas, puestas en camarote de primera, pero allí estaban radicados unos emigrados venezolanos. Veamos con qué gracia Pablo narra el percance sufrido por el emisario:

...con estupenda habilidad robaron los gallos al embajador gallináceo ¡aunque la carne era dura!, como la del obsequiado y el

⁷² *El Mundo*, 3 de marzo de 1927, p. 32.

⁷³ *Ibíd.*, p. 32.

obsequiador, a fuerza de candela ablandaron los gallos e hicieron el gran arroz con gallo que se comieron los expatriados, a la salud de los dos máximos asesinos de América⁷⁴.

Finalizó el primer capítulo con el anuncio de que el próximo sería “Peleando con Sandino”. Como ya dijimos, el día 8, fecha en que se publicó el primer texto, ocurrió el duelo de Aponte con Urbina. Por este motivo, Pablo dedicó la parte inicial del segundo trabajo a desmentir las calumnias de la prensa que había presentado a su testimoniante como “vicentista”. Más adelante se adentró en el tema esencial que ocuparía el relato: la participación del internacionalista en la gesta de Las Segovias.

Llama la atención los juicios de Aponte sobre Sandino. Con su sinceridad proverbial, si bien en una parte expresó su admiración por el héroe, a quien reconoció su antiimperialismo influenciado por el pensamiento de Bolívar y Martí, en otra criticó agriamente el pacto del líder guerrillero con Juan Bautista Sacasa y hasta condenó su actitud pacifista. Como es sabido, Sandino, después de la salida de tropas invasoras yanquis el 1º de enero de 1933, firmó un tratado de paz con el nuevo presidente de la República; su confianza en el gobernante hizo que asistiera a una cena con él, momento en que fue detenido y asesinado el 21 de febrero de 1934 por miembros de la Guardia Nacional, que cumplían órdenes de Anastasio Somoza García.

Aponte se distinguió en los combates de Murra, Luz, Los Ángeles, Jinotega y Talpaneca. Sobre su participación en aquella formidable campaña, Gustavo Machado, integrante también del Ejército sandinista, escribió en una carta a Salvador de la Plaza, en mayo de 1928:

Carlos Aponte está adquiriendo una experiencia inapreciable. Todos lo estiman. Sus cualidades personales le han merecido la confianza del general Sandino, quien le ha nombrado Segundo

74 Pablo de la Torriente Brau: “Frente a yanquis y traidores”, periódico *Ahora*, 8 de abril de 1934, p. 1.

Ayudante del Estado Mayor. El día 4 de los corrientes se celebró el primer aniversario de lucha contra los invasores. Aponte habló en nombre del Partido Revolucionario Venezolano y de la Liga Antiimperialista de las Américas⁷⁵.

Salvador de la Plaza entrevistó a Aponte. En sus declaraciones hallamos un pensamiento que demuestra madurez política y fe en la guerra de guerrillas como método de lucha de los pueblos de América Latina para liberarse del dominio yanqui.

Resolví prestar mi concurso a Nicaragua porque allí se estaba luchando con las armas en la mano, no solo por el pueblo de Nicaragua sino por Venezuela y todo el continente. Yo sé que existen venezolanos miopes o imbéciles que nos critican la visión de conjunto que tenemos sobre el problema de la América Latina [...] En Nicaragua es la emancipación definitiva [...] la guerra de guerrillas y emboscadas es posible practicarla en todos nuestros países con el mismo éxito que en Nicaragua [...] No es sino un solo campo de batalla con muchos frentes distintos contra el enemigo común⁷⁶.

Asombra la similitud que hay entre esta última afirmación con el pensamiento del Che Guevara, quien se pronunció décadas más tarde por un proyecto de lucha semejante cuando sentenció que era necesaria la creación de varios Vietnam para combatir al imperialismo yanqui.

En esa época ya Aponte tenía una ideología radical bien definida que se caracterizaba por el antiimperialismo, el latinoamericanismo y el internacionalismo. Era miembro de Comité Ejecutivo Central del Partido Revolucionario Venezolano, fundado en México en 1926.

75 Luis Vitale: "Salvador de la Plaza, sus trabajos y sus días", p. 23. Consultado el 20 de mayo de 2007, en www.mazinger.sisib.uchile.cl.

76 *Ibidem*, p. 24.

En el Ejército del General de Hombres Libres, Aponte fue nombrado médico. El debut como cirujano tiene matices tragicómicos, y evidencia la crudeza y la desigualdad con que enfrentaron los sandinistas a las fuerzas invasoras yanquis.

Un hombre, recluso en una champa, tenía medio vientre fuera de una explosión de bomba. Era evidente que había que operarlo. Pero Aponte no se atrevió a hacerlo sin consultar con el General Salgado, formidable figura de la guerra y que resultó un “especialista en cirugía”. El General Salgado al ver la perplejidad de Aponte, le dijo sonriente: “Vamos, hay que preparar la carne para los zopilotes” (zopilotes, auras tiñosas). Y le entraron al hombre. Le lavaron las tripas en una palangana de agua caliente, se metieron otra vez en el vientre y comenzaron a coserlo [...] Pero los aviones comenzaron su “ensayo” y hubo que dejar al herido, dando unos berridos espantosos, que se escuchaban a pesar de la metralla [...] Cuando terminó el bombardeo media champa estaba destruida y el herido seguía chillando. Lo acabaron de coser y el hombre quedó con una sobrepanza extrañísima⁷⁷.

Como usaba constantemente agua caliente para curar cualquier mal, los guerrilleros llamaron a Aponte “Doctor Aguas Calientes”. En el testimonio también denunció la política de tierra arrasada aplicada por el imperialismo, que se aprovechó sin miramientos del poder de destrucción de su aviación. Era tal su desfachatez que los pilotos se emborrachaban antes de cometer sus fechorías. Pero los sandinistas no se mantuvieron pasivos y crearon métodos para derribar las naves:

Los aviones yanquis bombardeaban cuanta champa, cuanta humareda o bestias les sugirieran la presencia de seres humanos, sin consideración ninguna y, basándose en esto, Sandino ordenó la

77 Pablo de la Torriente Brau: “Contra yanquis y traidores. Peleando con Sandino. Un episodio más”, *Ahora*, 15 de abril de 1934, pp. 2 y 4.

ocupación de posiciones elevadas a sus mejores tiradores y, unas veces, amarrando bestias en el algún “claro” y otras haciendo humaredas; los aviadores americanos cayeron en la trampa y al pasar volando bajo por los cerros vecinos, en donde de veras estaban los tiradores sandinistas, fueron derribados⁷⁸.

Apremiado por el espacio, Pablo solo pudo mencionar algunos hechos y personalidades para detenerse, a modo de conclusión, en el relato del combate de Las Cruces, victoriosa acción de los revolucionarios⁷⁹. Para precisar fechas y acontecimientos que resultaban confusos en la memoria del entrevistado, el periodista también utilizó los escritos de Alemán Bolaños, colaborador de Sandino.

El último reportaje de la serie fue “Peripecias por América”. En él describió las aventuras revolucionarias del venezolano después de participar en la contienda nicaragüense. Pablo volvió a emplear una fuente documental cuando los datos de Aponte eran neblinosos. Esta vez acudió al libro *El terror y el trabajo forzado en Venezuela* del salvadoreño Carlos Flores.

En 1929 Aponte decidió iniciar la lucha armada en su patria. Con la experiencia militar adquirida, sabía que era posible derrocar a la dictadura de Juan Vicente si se empleaban los métodos de la guerra de guerrillas. Entonces se trasladó a Guatemala para organizar el movimiento y allí estableció relaciones con Carlos Flores. Por suerte, ganaron un premio de lotería y con este dinero partieron hacia México, donde se hallaba el núcleo más activo y numeroso de exiliados bolivarianos. Iban acompañados del nicaragüense Lorenzo Obregón y del abogado salvadoreño Miguel Ángel Vázquez.

Reunidos con Gustavo Machado y Salvador de la Plaza acordaron acopiar los pertrechos para levantarse en armas, pero tuvieron una decisión que les resultó fatal cuando incluyeron en los planes al general Urbina, quien, ya sabemos, fue un farsante

78 Ibídem, p. 4.

79 Ibídem, p. 4.

de marca mayor, causante del fracaso. Sin embargo, Aponte no era de los que se amilanaban con facilidad. Viajó a Colombia, donde concibió una temeraria acción: asaltar el cuartel de Arauca, punto estratégico que se encontraba en la frontera con Venezuela. Mas, otra vez el destino le deparaba un fin inesperado. La traición de su compatriota, el capitán Barroso, hizo que lo detuvieran antes de llevar a efecto el ataque.

Permaneció casi dos años en prisión. No fue repatriado a Venezuela por las gestiones de amigos revolucionarios de Bogotá, que lideraba Eduardo Santos. Luego siguió su peregrinar por el continente. Estuvo en Ecuador, donde enfrentó mediante artículos en la prensa a la United Fruit Company. También defendió a Sandino de las acusaciones que se le hacían. Al conocer que en Perú se fraguaba un levantamiento de los apristas fue de inmediato a brindarles su concurso. No obstante, la traición de Víctor Raúl Haya de la Torre abortó el movimiento.

Ocho meses estuvo en el Perú. En este tiempo pudo conocer la verdad sobre el aprismo y su máximo líder. Ello le permitió afirmar: "...en el Perú no hay ideología revolucionaria, y sí solo un grupo de hombres encabezados por Haya de la Torre dispuestos a explotar la ignorancia del indio"⁸⁰.

Y en otra parte concluyó:

Esto es para lo que ha servido el APRA, para endiosar a unos cuantos como Haya de la Torre, Seoane y Sánchez, Luis Heise Herrera, que todos solo aspiraban a ser presidente de la República y que lo que menos les interesa es el imperialismo y sus problemas [...] Bien los caló Mella⁸¹.

De Lima marchó a Chile. Con el subtítulo "Regreso a Cuba" Pablo finalizó el reportaje. Se centró en la denuncia que hizo Aponte

80 Pablo de la Torriente Brau: "Frente a yanquis y traidores. Capítulo III. Peripecias por América", *Ahora*, 29 de abril de 1934, p. 4.

81 *Ibídem*.

de los políticos jóvenes, arribistas, que sin un pasado glorioso en la lucha antimachadista habían llegado a las esferas del poder. De Joaquín Martínez Sáenz, por ejemplo, dijo: “Se retrata tanto como Mussolini y tiene cara de niño premiado en su colegio religioso”.

Terminó sus palabras con un estallido de ira al recordar:

...que toda esta gente no solo no fueron nadie nunca en la lucha contra Machado; no solo se han aprovechado del sacrificio de la masa anónima que arrastraron con su demagogia, y a la que han traicionado, sino que ya, trepados en el poder, solo sirven para mover mansamente las orejas, como buenos podencos, a los más mínimos caprichos de un Caffery, máximo mastín del imperialismo yanqui en nuestras tierras, asesino implacable de los infelices obreros de las bananeras de Colombia [...] se vuelca en erupciones de cólera y de venganza contra todos estos traidores, sumisos engranajes de la explotación capitalista⁸².

Proyecto inaplazable

Escribir la biografía de Aponte, para Pablo, resultaba un compromiso que se hizo impostergerable en el exilio. Perseguido por los agentes batistianos pasó a la clandestinidad y el 16 de marzo de 1935 logró escapar hacia Estados Unidos, ayudado por el embajador de Uruguay en La Habana. Fijó su residencia en Nueva York. Era su segundo exilio.

Al frío invernal se sumó el de la gente. Días de desempleo. Caminatas agotadoras hasta que, al fin, fue contratado como lavaplatos en el restaurante El Toreador. Meses de lucha para apurar la libertad de la patria. Atado el don de la escritura.

Era una nueva prueba. Ya conocía los rigores de la cárcel: La Cabaña, El Príncipe y El Presidio Modelo fueron testigos de su rebeldía contra el régimen de Machado. Fundador del Ala Izquierda Estudiantil en 1930, herido, al igual que Rafael Trejo, el

82 Ibídem.

30 de septiembre de ese año, fecha que marcó el enfrentamiento sin tregua al tirano.

Murió como siempre quiso

La tarde del 9 de mayo de 1935 transcurría monótona. Pablo permanecía en el apartamento alquilado. El cuerpo atlético cedió ante el ataque de una gripe tenaz que lo llevó a cama. Su esposa, Teté Casuso, fue su solícita enfermera en aquellos días de insomnio.

Detrás de los toques en la puerta apareció el rostro huesudo y nervioso de Raúl Roa, lo acompañan Aureliano Sánchez Arango y Carlos Martínez. Traían una noticia paralizante: la muerte en combate de Antonio Guiteras. La información, confusa, sin detalles. Apenas conocían que había otro muerto, aún sin identificar.

Por la noche recibió otra visita. Esta vez se trataba de Manuel Guillot y Porfirio Pendás, también emigrados cubanos. Mejor informados, le contaron que su entrañable amigo Carlos Aponte pereció en la encerrona de El Morrillo. Esa noche Pablo no durmió y la fiebre tampoco cedió.

Al día siguiente, abrumado, en carta a Enrique Figarola y a Generoso Funcasta, excompañeros del periódico *Ahora*, solicitó dos copias del retrato que hicieron a Aponte para ilustrar los artículos que publicó en abril. En la misiva escribió: "Carlos Aponte, ese hombre excepcional y maravilloso que me llamó su hermano y que tenía el corazón de un león. Su muerte me ha conmovido mucho"⁸³.

Tal era su veneración por el caído, que colocaría una de las imágenes de Aponte en su cuarto, la otra la regaló a Socorro, la madre del mártir.

No había claridad en relación con lo sucedido el 8 de mayo. Las especulaciones estaban presentes en cada conversación de los nostálgicos emigrados. Resultaba extraño que solo murieran Guiteras y Aponte. En tanto llegaba la verdad, Pablo decidió escribir

83 Pablo de la Torriente Brau: *Cartas cruzadas*, selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 62-63.

un artículo sobre el venezolano⁸⁴, y el libro prometido también afloró cuando recababa los testimonios de Ángel Gutiérrez Cordoví, quien vivía en La Habana:

Cuéntame especialmente todo lo que sepas de la muerte de Aponte. Ahora mismo voy a escribir un artículo sobre él para publicarlo en un periódico español de aquí. Murió como siempre quiso. Fue su vida perfecta, de principio a fin. El libro que sobre él tenía que escribir ahora tengo más obligación que nunca de hacerlo⁸⁵.

La prensa norteamericana arremetió contra los héroes. Para los periodistas yanquis, Guiteras y Aponte eran bandidos. Pablo y sus coterráneos enfrentaron la campaña de difamación: acudieron a organizaciones feministas y a revistas de tendencia liberal para que publicaran la verdad y, al mismo tiempo, exigieran la libertad de las mujeres que acompañaban a los héroes del 8 de mayo.

La vida de Aponte, por otro lado, da una especie de orgullo al revisarla. Aunque aquí los periódicos, recordando los *yankees* que mató peleando con Sandino, le han llamado “soldado de fortuna”; lo cierto es que no tuvo más fortuna que la de colocarse siempre del lado de los oprimidos. Pienso, y así lo voy a destacar en el libro que él me encargó que escribiera, que su figura encarna, como ninguna otra de las que yo he conocido, la juventud antiimperialista y combativa de la América española ante el capital *yankee* y los tiranos nativos. Y murió en Cuba, la tierra que, como me decía siempre, “Era buena para pelear y morir por ella”⁸⁶.

84 El 11 de mayo escribió el artículo biográfico: “Carlos Aponte: un peleador sin tregua”, en: *El periodista Pablo*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, p. 320.

85 Pablo de la Torriente Brau: *Cartas cruzadas*, “Carta a Ángel Gutiérrez Cordoví, 11 de mayo de 1935”, p. 66.

86 *Ibidem*, “Carta a Alberto Saumell, 14 de mayo de 1935”, p. 69.

Al parecer, Aponte llevaba un diario. Ramiro Valdés Daussá preguntó a Pablo en una carta: “Si tienes interés en la libreta de Aponte dímelo, pues me gustaría que al fin escribieras lo que pensabas sobre él”⁸⁷.

La revista *Repertorio americano* se publicaba en Costa Rica, dirigida por Jorge García Monje, al igual que *Amauta* del peruano José Carlos Mariátegui, promovían la unidad de lucha de los pueblos latinoamericanos frente a la expansión norteamericana; a la primera, Pablo envía en junio un artículo sobre Aponte. En su diario anota el día 12:

...a cada rato me da insomnio el recuerdo de Aponte. Y, sin embargo, la noticia de su muerte, de cómo murió, me dio cierto gusto de orgullo propio: murió como quería morir. Me acuerdo que siempre me decía en su idioma personal: “Compadre, despreocúpese, usted y yo morimos enzapatados”.

En Nueva York, en 515 W, 143 St., apartamento 32, vivía Socorro Hernández, progenitora de su amigo. Pablo visitaba con asiduidad aquel hogar. En cada encuentro crecía su admiración hacia la señora indoblegable, madre de dos luchadores antigomecistas. Ella satisfacía la curiosidad del periodista y el proyecto del libro se iba dibujando con mayor nitidez en las conversaciones.

Hasta el título tenía concebido: *Con Sandino en Nicaragua. Vida de Carlos Aponte*. Sabía que en la patria de Rubén Darío encontraría valiosos testimonios. Soñaba con ir tras las huellas del héroe. Nada mejor que el contexto donde combatió su biografiado. Allí, el olor de las montañas y de la pólvora, el diálogo con exguerrilleros y las peripecias en las selvas contribuirán a la materialización de su plan editorial: “...lo único que me hace falta es poder irme a Honduras, para poder pasar a Las Segovias y estar allí un mes más o menos.

87 Ibídem, “Carta de Ramiro Valdés Daussá a Pablo de la Torre, 17 de mayo de 1935”, p. 446.

Ahora, particularmente será interesante porque de nuevo hay partidas sandinistas alzadas”⁸⁸.

La campaña de difamación continuó en la prensa norteamericana. Desentonaba con ella una voz aislada: Carleton Beals, quien publicó el artículo “El alma de Guiteras sigue marcando la ruta”, en la revista *Common sense*, editada en Nueva York en julio de 1935. Este autor conoció personalmente a los héroes. A Guiteras lo entrevistó en Cuba, cuando era miembro del Gobierno de los Cien Días, y a Aponte en Nicaragua, en plena guerra.

Refiriéndose a la actitud del gobierno y a la agresividad de los medios de comunicación, expresó:

El Departamento de Estado ha hecho presión en los periódicos de aquí cuando no le ha gustado una noticia. Y de este modo, aquellos que han pensado acerca de Guiteras han llegado a la conclusión que él era un hombre malo, un bandido, un asaltador, un secuestrador. Yo repito que Guiteras es el John Brown de Cuba. Aquellos que controlan el dinero y los cañones controlan igualmente las noticias periodísticas⁸⁹.

Beals no ocultó su admiración por los caídos. En las líneas que dedicó a Aponte escribió:

Es muy significativo que con Antonio Guiteras muriera [...] Aponte, el ayudante de Sandino, a quien conocí hace varios años en las tormentosas maniguas de Nicaragua. Recuerdo cómo una fría mañana, cerca de las dos de la madrugada en el mes de febrero me preguntó él, en San Rafael del Norte: “¿Por qué nos llaman bandidos?”. También se trató de ennegrecer el nombre de Sandino. Guiteras era el Sandino de Cuba y Aponte lo sabía. Por eso estaba a su lado⁹⁰.

88 Ídem, carta a Juan Antonio Rubio Padilla, 29 de junio de 1935, p. 104.

89 Olga Cabrera: *Antonio Guiteras: su pensamiento revolucionario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 242.

90 Ídem, p.242.

Pablo, el 7 de julio de 1935, en unas notas autobiográficas, mencionó otra vez el proyecto de libro.

Listo para publicarse *Presidio Modelo*. En la imaginación: una biografía de Julio Antonio Mella, *Protagonistas* (relatos de vidas de ilustres desconocidos) y novela sobre la revolución y la vida estudiantil, comprendiendo la vida de Carlos Aponte, ayudante de Sandino.

En Venezuela vivía Elías Aponte. Socorro sugirió a Pablo que se comunicara con él, pues acompañó a su hermano Carlos en la lucha contra Juan Vicente. Sin duda, sería una fuente valiosa de información. El periodista no perdió tiempo:

New York, 5-8-1935.

Sr. Eloy [Elías] Aponte Hernández,
Venezuela.
Distinguido amigo:

Le escribo desde la casa de su mamá, en donde estoy viviendo ahora, para pedirle los mejores datos que me pueda dar sobre la infancia, la adolescencia y la primera juventud de su hermano Carlos, con quien me unió en Cuba una amistad verdaderamente fraternal. De modo particular me interesaría conocer esa parte inicial de su vida revolucionaria, cuando se fue a la guerra en Venezuela. Las anécdotas de estas campañas en sus detalles, de ser posible; la manera como se incorporó a la revolución y cómo pudo salir de Venezuela para venir a dar en Santiago de Cuba, me interesan mucho.

Debo aclararle que soy un escritor cubano de la Revolución, que conocí y traté íntimamente a Carlos y que él me relató todas sus experiencias en la guerra de Nicaragua, habiendo convenido ambos en que yo haría un libro dando a conocer a la juventud americana toda su vida de batallar incesante, siempre al servicio de las causas más nobles y peligrosas.

Este propósito intento de cumplirlo a la mayor brevedad. Todos esos relatos los conservo, dictados por él mismo. Solo, pues, me falta por conocer esa parte inicial de la que él algunos datos me dio, pero no los suficientes. Por otra parte, para conocer directamente el medio, pienso, antes de ponerme a redactar el libro, visitar la región de Las Segovias, donde peleó dos años con Sandino.

De la parte de su vida en Cuba, claro está que toda la conozco. Y acaso Ud. sepa que el incidente con Urbina surgió por un artículo mío.

Siempre me habló Carlos con particular simpatía hacia Ud., que también había tomado parte en sus inicios revolucionarios y, en gracia a esto y al afecto realmente sincero y profundo que nos unió, espero que Ud. pondrá su mejor empeño en ayudarme en este propósito de dar a conocer esa vida, verdaderamente ejemplar y maravillosa, digna de ser conocida por toda la juventud de América.

Quedo a sus órdenes, con verdadera simpatía,

PABLO DE LAS TORRIENTE BRAU

P.S.: Si conserva algún retrato o documento de esa época, le agradeceré el envío de copias.

Al día siguiente escribió a Jorge A. Martínez de *La Prensa*. Esta vez buscaba información histórica, social, política y económica sobre Nicaragua: datos que necesitaba para recrear y ubicar en su contexto las acciones en que participó el internacionalista venezolano.

Y el 16 de septiembre recibió, al fin, las copias de las fotos de Aponte. La vorágine revolucionaria y el agotador trabajo en el cabaré le impidieron redactar el libro. Apenas ganaba un peso al día y la comida. Gracias a la generosidad de Socorro, él y Teté pudieron subsistir.

Además, en aquellos momentos Pablo era el alma de la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista (ORCA): escribía

folletos, artículos, se ocupaba del orden del modesto local de la institución y de la redacción y distribución de *Frente único*, su órgano de prensa. Colaboraba con el club Julio Antonio Mella y fundó el *José Martí*.

Y, como si todo esto fuera poco, planificó un viaje clandestino a Cuba para participar en un levantamiento armado. Contaba con un cargamento de armas que disponía un joven venezolano en México, quien estaba de acuerdo en entregarlo si después de liberada Cuba, los cubanos ayudaban al derrocamiento de Gómez.

Un año de frustraciones fue 1936. Las organizaciones revolucionarias se desgastaban en el exilio. En Cuba, Batista consolidaba su poder con las armas, bajo la mirada complaciente de los norteamericanos. La desunión quebraba el añorado frente único. Sin embargo, Pablo no aceptó la claudicación. Se aferró a la propaganda. Abrió una exposición en centros docentes y otras instituciones con fotos que denuncian los males que sufría el pueblo cubano. Concibió incluir en ella las relacionadas con la muerte de Aponte y Guiteras.

A pesar de la incansable actividad desplegada, aún le quedaban energías para sus planes literarios. Pablo, conocedor de la obra del poeta y político venezolano Andrés Bello, de su amor por Cuba, de su militancia en la izquierda y de su influencia entre la intelectualidad caraqueña, le escribió el 14 de marzo con el objetivo de que contribuyera a divulgar en Venezuela las acciones de Aponte. De esta manera ayudaría a la formación ideológica de la juventud. En su misiva le dijo:

Encuentro que hay en Venezuela un silencio para quien algún día será el orgullo de ella, por cuanto hay en su figura de símbolo, valor, sacrificio y sentido histórico en el momento de las luchas americanas. Algún día —¡y ojalá que sea yo quien lo haga, ya que tuve su propio encargo!— se sabrá que muy pocos en todo el continente han sabido representar con tal ímpetu el papel que le corresponde a la juventud de la América, oprimida frente al imperialismo *yankee* y a sus agentes nacionales. Acaso porque vagó por toda América

Venezuela no lo conoce; quizás porque el momento es todavía de asombro, de recapitulación de miserias; de alientos para emprender la nueva e inevitable contienda, es que todavía no ha tenido tiempo de descubrir a quien tuvo perfiles épicos realmente; a quien valía cien veces más que todos los “caudillos” de cartón que fueron incapaces de hacer nada efectivo contra Gómez y hasta tuvieron, ante el asombro del pueblo, la santa paciencia de dejarlo agonizar en “el seno de Dios”, sin hacer, aunque fuera por decoro, un último esfuerzo ¡siquiera por ambición!

Carlos Aponte fue siempre demasiado joven. Pero tenía un prodigioso instinto del móvil de sus luchas. Desde que conoció en Cuba a Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena comprendió la razón, la raíz honda y verdadera de nuestros males y ya más nunca descansó en el combate implacable. Siempre pensaba en “ir a Venezuela con un barco de estos muchachos”, pero mientras tal ocasión se ofrecía, a cada pueblo que peleaba fue a pelear, para de allí seguir. Nunca se puso a descansar. Era incapaz de descansar. ¡Al paso que tantos otros no han hecho otra cosa que convertir los exilios en pesebres de ceba!

Porque era mi amigo, porque considero un deber contribuir a perpetuar la memoria de quien fue ejemplar en muchas cosas y porque considero que maestros como él no deben ser desconocidos por los pueblos, y, más aún, porque creo que la hora es magnífica para que los jóvenes de Venezuela piensen como pensaría hoy Carlos Aponte, es que deseo que se saque su nombre a la admiración y al asombro, y para hacer mi esfuerzo le mando, con su propia hermana, el artículo que aquí le acompaño. Y mucho me alegrará saber que le da acogida y aun quisiera obtener que semejante poeta como Ud. vibrara a la evocación de semejante ejemplar humano⁹¹.

Los exiliados cubanos en México preparaban un número especial de *Joven Cuba* para conmemorar el primer aniversario de los sucesos del 8 de mayo.

91 Ídem, pág. 63.

Pablo no faltó al homenaje. Envío el artículo “Hombres de la Revolución”. *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano, publicó este trabajo que ilustra la alta valoración que tenía el autor de *Aventuras del soldado desconocido cubano* de la vida del combatiente venezolano:

Carlos Aponte tuvo culpa, sin duda, porque no concibió sino la línea recta ni creyó en otra cosa que en la justicia revolucionaria ni en su imaginación entraron para nada razones científicas, o de familia, o de interés que pudieran justificar las acciones culpables de los otros. Como para él la vida era la revolución, escribió el código de esta en el cañón de una pistola, y fue tumultuoso y terrible. Acaso alguna vez fue injusto. Acaso alguna vez fue implacable. Pero tuvo el vicio de la amistad, y para él sus amigos eran “sus hermanos” siempre que no se apartaran de la revolución. Y tuvo, además, el vicio del desinterés. Como todo lo daba, propio no tuvo ni la pistola, y más de una vez disparó con el arma quitada al enemigo en la acción anterior. Pero tuvo, sobre todo, el instinto de la brújula que marca el Norte inflexiblemente, y él también señaló siempre al Norte como causante de todos los males de América. Y fue cruel con los hombres del Norte, y a su muerte nadie hubiera podido recordar la lista de los nombres de los hombres que mató en Nicaragua. Los ojos se le encendieron en el júbilo sangriento de los combates en Venezuela, en Cuba y en Nicaragua; fraternizó con luchadores revolucionarios en las cárceles de Colombia, de Cuba y del Perú y, porque su palabra fue demasiado insolente y clara, tuvo que salir de Chile y del Ecuador. Cuando llegó a un pueblo de América y en él no encontró ocasión de pelear, pasó a otro. México fue su refugio dos veces. En Panamá y El Salvador planeó su partida para nuevos combates. Quería a los indios de Honduras, los nietos de Lempira, la “tropa cojúa” de Sandino. Nadie ha sido nunca más americano que Carlos Aponte. Odió y amó con la turbulencia de una juventud frenética. Tenía la vitalidad salvaje de la selva y el esplendor pánico de los “llanos” interminables de Venezuela. Fue un protagonista de

La vorágine. Fue un hombre de las avalanchas. Fue un turbión. Fue un hombre de la revolución. No tuvo nada de perfecto⁹².

Los clubes Mella y Martí, de Nueva York, participaron en el recordatorio con una velada. En Venezuela el aniversario casi pasó inadvertido. Solo un periódico reprodujo el artículo que Pablo publicó en *Repertorio americano*.

A mediados de mayo, Pablo siguió una nueva pista de la biografía de Aponte. Leyó en *Repertorio americano*, número correspondiente al 23 de abril, el poema “Carlos Aponte, coronel de Sandino” del poeta ecuatoriano Augusto Arias, y enseguida encargó a Jorge Icaza, del Sindicato de Escritores y Artistas de Ecuador, que le relacionara con el bardo. De aquel país salió hacia Cuba el luchador venezolano la tercera vez que se radicó en la isla. “A lo mejor Ud. mismo lo conoció. Si algún recuerdo guarda de él le agradecería cualquier esfuerzo para enviármelo. Él publicó allá algo en los periódicos contra las compañías americanas, en relación con los bananos y el petróleo”⁹³.

En agosto, Pablo había decidido marchar a España. En carta a su amigo Roa mencionó los dos proyectos literarios que deseaba concluir antes de emprender el viaje: la novela *Aventuras del soldado desconocido* y “aclarar las notas” sobre Aponte.

La sublevación de los militares reaccionarios españoles, encabezados por el general Franco y alentados por los gobiernos fascistas de Italia y Alemania, condujo a la Guerra Civil. La lucha de los republicanos contra el fascismo en España era la primera trinchera internacional para los revolucionarios. Más de mil combatientes cubanos fueron a este frente de guerra. Pablo partió en septiembre como corresponsal del periódico *New Masses* de Estados Unidos y del diario mexicano *El Machete*.

92 “Hombres de la Revolución”, en *El periodista Pablo*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, pp. 364-365.

93 *Ibidem*, “Carta a Jorge Icaza, 15 de mayo de 1936”, p. 322. En otra misiva, de fecha 29 de julio del propio año, le dice que todavía no ha recibido respuesta de Augusto Arias.

No era hombre de permanecer en la retaguardia mientras el silbido de las balas se enseñoreaba de los campos de batalla. Empuñó el fusil. Fue comisario de guerra en el frente de Retamares, en Alcalá de Henares, reorganizó las fuerzas republicanas. El 19 de diciembre en Majadahonda cayó en combate. Lo enterraron con los grados de capitán de milicias. Murió al igual que su hermano de ideales, “enzapatado”, luchando por la libertad de un pueblo.

ANEXOS

Solidaridad con los mexicanos

En mayo de 1927 el presidente de México, Plutarco Elías Calles, recibió este telegrama enviado desde La Habana, suscrito por Aponte: Como ciudadanos latinoamericanos nos ofrecemos pueblo mexicano forma estime procedente utilizarnos contra la agresión injusta imperialismo yanqui. Emilio Roig de Leuchsenring, Martínez Villena, F. Orosmán Viamontes, Gustavo Aldereguía, D. Bonilla, J. Tallet, E. Riverón, Alejo Carpentier, Antiga, Mario Bens, Manuel Escalada, Martínez Márquez, Eduardo Abela, José Manuel Acosta, Feliciano Aldereguía, Jorge Vivó, Luis Bustamante, Luis López Méndez, Daniel Villamil, Antonio Silva, Juan Montes, Carlos Aponte, Gilberto Gil.

Respuesta del presidente mexicano

Emilio Roig y demás firmantes.

Habana

Nombre pueblo y gobierno México agradézcoles sinceramente su atento ofrecimiento sírvase hacer estimándolo en lo que vale afectuosamente.

PRESIDENTE CALLES

Fuente: Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo: *México y Cuba: dos pueblos unidos*, pp. 530 y 531.

**NOMBRE(S) Y APELLIDOS DE VENEZOLANOS QUE VIVIERON
EN CUBA DURANTE LA DÉCADA DE 1920**

- 1-Carlos Aponte Hernández
- 2-Salvador de la Plaza
- 3-Gustavo Machado Morales
- 4-Eduardo Machado Morales
- 5-Francisco Laguado Jayme
- 6-Rafael Simón Urbina
- 7-Andrés Eloy Blanco
- 8-José Heriberto López
- 9-José Pío Tamayo
- 10-Alejandro Rivas Vázquez
- 11-Blas María España
- 12- Rafael Martínez Duarte
- 13- Luis Alfredo López Méndez
- 14- José Manuel Hernández
- 15- Gilberto Gil
- 16- Pedro Montenegro
- 17- Juan Montes
- 18- José Rafael Wendehake
- 19- Bartolomé Ferrer
- 20- José Antonio Silva Márquez
- 21- José Víctor Jugo
- 22- Juan Pineda

- 23- Gaspar Rodríguez
- 24- Guillermo Feo
- 25- José Rafael Castresana
- 26- Simón Musso
- 27- Antonio Parra Pérez
- 28- Alberto Ravell

LETRA DE LA CANCIÓN *CRÉEME*

*Créeme cuando te diga que el amor me espanta
que me derrumbo ante un te quiero dulce
que soy feliz abriendo una trinchera.*

*Créeme cuando me vaya y te nombre en la tarde
viajando en una nube de tus horas
cuando te incluya entre mis monumentos.*

*Créeme cuando te diga que me voy al viento
de una razón que no permite espera,
cuando te diga no soy primavera
sino una tabla sobre un mar violento.*

*Créeme si no me ves y no te digo nada
si un día me pierdo y no regreso nunca.*

*Créeme que quiero ser machete en plena zafra
bala feroz al centro del combate.*

*Créeme que mis palomas tienen de arcoíris
lo que mis manos de canciones finas.*

*Créeme. Créeme porque así
soy y así no soy de nadie.*

*Créeme cuando el credo que canto
te nombre en el pecho,
cuando el pecho que abro reviente en tu canto.*

*Créeme que quiero ser tuyo
y no ser sino del viento.*

*Créeme que mis palomas tienen de arcoíris
lo que mis manos de canciones finas.
Créeme.
Créeme
porque así soy y así no soy de nadie.*

VICENTE FELIÚ

¡VENEZOLANOS, UN RECUERDO PARA CARLOS APONTE!

¡Venezolanos, un recuerdo para Carlos Aponte, que no oigo hablar de él lo suficiente!

Hay hombres tales de los cuales los pueblos no solo pueden sino deben enorgullecerse. Y Carlos Aponte Hernández, el coronel Carlos Aponte, el ayudante de Sandino y compañero en el combate y la muerte de Antonio Guiteras, es uno de tales hombres. Y, sin embargo, venezolanos, no oigo hablar de él lo suficiente. ¡Yo pido un recuerdo intenso para quien tuvo el corazón de bronce; para quien tenía en la mirada audaz el hábito de descubrir traidores; para quien vivió y murió con la pistola en la mano y estuvo siempre al lado del oprimido, y mientras que más fuerte fue el opresor con más bravura le hizo frente!

Y yo no vengo a mendigar para él un mendrugo de gloria. A él no le hace falta esto. Yo sé bien que hay hombres precursores, que se adelantan a su tiempo y muchas veces tienen que esperar a que su tiempo llegue, después de la muerte, para iluminar su figura con todos sus grandiosos perfiles. Yo estoy seguro de que Venezuela algún día estará tan orgullosa de Carlos Aponte como de sus más grandes héroes nacionales. Como orgullosa está Cuba de su muerte épica, al lado de Guiteras. Como agradecida está Nicaragua de su sacrificio por ella.

Yo no vengo a pedir un mendrugo de gloria para Carlos Aponte, porque para él la gloria no estuvo en el recuerdo sino en el combate;

y solo porque la hora es de combate, es que vengo a hablar de él. Y por eso es que al pedir un recuerdo para él, no pido un recuerdo para el hombre muerto sino para el hombre vivo; para el Carlos Aponte que hoy podría estar en Caracas, palpitante, vibrante, hombre a la vez jovial y sombrío, a la vez aterrador y amable, en cuya mirada negra la juventud leería con toda claridad el nombre de un solo camino; y en cuya voz de resonar metálico los sufridos de todos los tiempos habrían escuchado la llamada sin excusas para la avalancha común... (¡Qué espectáculo!... ¡Él era el hombre que siempre soñaba con llevar a Cuba “un barco con estos muchachos”!).

¿Nadie ha pensado allá lo que sería, lo que haría hoy aquí Carlos Aponte, el compañero de Julio Antonio Mella, el compañero de Rubén Martínez Villena, el compañero de Augusto César Sandino, el compañero de Antonio Guiteras?

Por eso es que yo pido un recuerdo para él, venezolanos, porque es una lástima que ya él no pueda estar con ustedes.

Y como que murió; y como que vivió peleando mucho tiempo fuera de Venezuela; y como que yo fui su amigo y conocí su vida; debo, pues, entonces, cada vez que pueda, contar algo de ella para que allá, los estudiantes, los jóvenes intelectuales y los obreros que no lo conocieron, se puedan imaginar lo que sería, lo que haría Carlos Aponte. Y yo sé que algunos se espantarían de todo lo que él fuera capaz de hacer; pero también sé que él era capaz de espantar a todos aquellos que, con mayor o menor disimulo, no son sino un estorbo para la marcha de Venezuela hacia delante.

Mas, la anécdota no cuenta en este caso, porque para él la vida fue una aventura cada día. Como hay que ver esta vida es en conjunto, en sus virtudes esenciales, en sus rumbos infalibles, en sus proyectos hacia el futuro, pero siempre en contacto con la realidad.

Carlos Aponte es nada menos que un símbolo de la juventud de América en su lucha contra la opresión imperialista. Un símbolo que no tiene la fuerza patética de Carlos Mariátegui ni de Martínez Villena; ni la resonancia poderosa de Julio Antonio Mella; ni la febril inquietud de Guiteras; ni la gloria de Sandino. Mas, la calidad es la misma, y reunió el ímpetu de unos al don de sacrificio de los otros.

Y no fue un erudito, mas tuvo, como la brújula, el instinto de marcar siempre al Norte para orientar sus luchas y señalar el peligro real. Tuvo también, como todos ellos y como otros más, esa condición de los espíritus infatigables, innata en los revolucionarios legítimos, y por la cual las fatigas son alegrías y las enfermedades descansos. Pasó, como ellos, por todas las pruebas más rudas del balazo y la prisión, y despreció, asimismo, todas las tentaciones que le ofreció la fortuna en su condición de hombre de valor en tierras de conquista y mercenaje. Y si en muchos de estos grandes símbolos de la América combatiente la convicción ideológica hizo que pregonaran la necesidad de la unión de todos los esfuerzos afectados por el mismo mal, él, por su parte, tomó como escenario todo el continente. ¿Qué le faltó, pues, para igualarlos? Su calidad era la misma y, para mí, representan el instinto de los pueblos que se rebelan ya de las masas, que no necesitan conocer la “teoría” para orientarse hacia la meta que la bárbara realidad les señala, de la misma manera y con el mismo ímpetu ciego, pero certero, con que el río bramador busca su camino al mar. Su calidad era la misma y si algo le faltó, en definitiva, solo fue oportunidad. De haber sobrevivido al combate del Morrillo, ahora estaría en Venezuela haciendo lo que hace falta y a algunos espanta y aun, capaz como era de todo, preparando un “barco cargado de estos muchachos” para ir a pelear a Cuba...

Mas, no solo se conoce a los hombres por su comparación con los grandes. Hay que compararlos también con los pequeños y con los grandes falsificados, tan parecidos a las estatuas colosales de cartón que solo duran un carnaval...

Mientras para Carlos Aponte no hubo treguas, otros, en el exilio, pusieron a cebar “su gloria en el pesebre de la espera interminable e infecunda (¡pero él era un ‘loco’!)”. Mientras otros fueron amigos de gobiernos tan corrompidos, asesinos y canallas como el de Juan Vicente, con tal de permanecer tranquilos, para Carlos Aponte todas las tierras fueron Venezuela si en ellas había un dictador, y en ellas sufrió persecuciones, prisiones y destierros.

Mientras tantos no representan más que el continuismo disfrazado de “sacrificios”, él representa la revolución en marcha, incontenible como una avalancha.

Por último, mientras otros no conservan, cuando más, sino parte de las virtudes ejemplares del pueblo venezolano, él las reunía todas: era generoso, cordial y lleno de simpatía humana; como Sucre, tenía el valor impetuoso y, en combate, la tremenda cólera arrasadora de Páez; y la pasión por la libertad y el sentimiento americano de Bolívar, de acercamiento y hermandad entre los pueblos de idéntico origen, luchas y sufrimientos. ¿Quién mejor que él para representar a su pueblo en uno de sus períodos más trágicos y sombríos?

Si algún necio o algún bribón o algún ignorante (¡que los hay y los he oído hablar y los he puesto en evidencia ya!) pretendiese desconocer la historia de Venezuela en su pasado grandioso; si olvidase que centenares de hombres admirables sufrieron, por ser viriles, muertes atroces, prisiones legendarias y destierros de lustros, para decir, con cierto retintín de escéptico trasnochado, que el pueblo venezolano perdió sus virtudes bajo la tiranía y que ya nada debe esperarse de él, habría que recordarle enseguida que, como dijo ya José Martí, el gran optimista, “la tiranía no corrompe sino que prepara” y que la prueba de ello, en Venezuela, está en el propio movimiento que, a despecho de la brutal realidad, agitó a toda la nación constantemente, como se estremece una fiera amarrada; y que la prueba de ello es que cuando un pueblo produce hombres de calibre tal como el que Carlos Aponte tenía, no solo sus virtudes no está muertas sino que reverdecen con la pujanza de una primavera que va a ser espléndida.

¡Arriba, pues, los hombres de Venezuela! ¡Obreros y estudiantes e intelectuales no tienen más sino que imaginar que en Caracas está, vivo en alientos y en impulsos, el espíritu indomable y el instinto inflexible de liberación de Carlos Aponte, el héroe americano!...

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU, 14 DE MARZO DE 1936.

Fuente: *El periodista Pablo. Crónicas y otros textos (1930-1936)*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaús.

FICHAS BIOGRÁFICAS

Aldereguía Lima, Gustavo (1895-1970). Eminente médico, diplomático, escritor y periodista cubano. Fue uno de los fundadores y director de la *Revista de la Asociación de Estudiantes de Medicina*, presidente del Consejo Nacional de Tuberculosis (1959) y jefe del Departamento Nacional de Tuberculosis del Ministerio de Salud Pública (1961-1970). Cofundador de la Universidad Popular José Martí y su profesor de Medicina Social (1923-1927). Colaborador de los periódicos *Alerta* y *El Mundo*, y de la revista *Bohemia*. Autor de numerosos libros de temas científicos.

André, Armando (1872-1925). Periodista. Comandante del Ejército Libertador. Ganó fama en 1896 por colocar una bomba en el Palacio de los Capitanes Generales con el fin de ejecutar al sanguinario Valeriano Weyler. Prominente dirigente del Partido Conservador. Excongresista. Alto funcionario público en el gobierno de Mario García Menocal. Compró los talleres de *La Tarde* y fundó en ellos *El Día*. Cuando fue asesinado, el 20 de agosto de 1925, desarrollaba en este órgano una campaña contra Machado y su secretario de Gobernación, Rogerio Zayas Bazán.

Arévalo Cedeño, Emilio (1882-1965). Militar y político venezolano. Ganó celebridad como jefe guerrillero, se destacó por su férrea oposición al régimen de Juan Vicente Gómez. El 19 de mayo

de 1914, a la cabeza de 40 hombres, lidera su primer alzamiento en contra de la dictadura de Gómez. En Colombia organizó y llevó a cabo siete invasiones al territorio venezolano. Participó, en 1926, junto con Carlos León, Gustavo Machado y Salvador de la Plaza, en la fundación –en México– del Partido Revolucionario Venezolano (PRV). En 1936 publicó *El libro de mis luchas*.

Arias, Augusto (1903-1974). Ensayista, crítico literario, poeta, catedrático universitario y periodista ecuatoriano.

Batista y Zaldívar, Fulgencio (1901-1973). Dictador cubano. Nació en Banes, poblado de la antigua provincia de Oriente. De sargento saltó a coronel del Ejército durante el levantamiento de clases y oficiales, el 4 de septiembre de 1933. Como jefe de la institución armada en el Gobierno de los Cien Días ordenó la represión del pueblo. En enero de 1935 dio un golpe de Estado, convirtiéndose en el hombre fuerte de los norteamericanos y de la reacción interna. En 1940 fue electo presidente del país. El 10 de marzo de 1952 otro golpe de Estado lo llevó a la silla presidencial. Sembró el terror y las torturas. Derrocado el 1º de enero de 1959 por las fuerzas revolucionarias dirigidas por Fidel Castro.

Buch Rodríguez, Luis M. (1913-2001). Se destacó en el enfrentamiento a las dictaduras de Machado y Batista. Dirigente de la organización Joven Cuba. En la década de los cincuenta fungió como Coordinador General y responsable de Relaciones Públicas del Comité en el Exilio del Movimiento 26 de Julio. Después del triunfo de la Revolución fue Ministro de Presidencia y Secretario del Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario. Autor de los libros: *Más allá de los códigos* y *Gobierno revolucionario: génesis y primeros pasos*.

Casuso, María Teresa (1910-1994). Combatió a la dictadura machadista. Esposa de Pablo de la Torriente Brau. En 1944 escribió una novela testimonio titulada *Los ausentes*. Después de la muerte

de Pablo vivió en México hasta el triunfo de la Revolución cubana. Regresó a la isla y trabajó en el servicio diplomático. Fue jefe de la Oficina de Relaciones Públicas del primer ministro. Desertó en 1960.

Domínguez Navarro, Ofelia (1894-1978). Abogada y periodista. Se destacó como luchadora por los derechos de la mujer. Fundadora y directora de la revista *Villaclara* (1924). En esta época comenzó a colaborar con *La Prensa*, *El Mundo* y *El País*, *Bohemia* y *Carteles*. Editorialista del periódico *El Cubano Libre* (1927). A la caída de la dictadura de Machado redactó una sección fija en el periódico *Ahora*. Fue la primera mujer que dirigió un diario en Cuba: el periódico *La Palabra*, en 1935. Tras el fracaso de la huelga de marzo de 1935, se trasladó hacia México y allí ingresó en el Partido Comunista Mexicano y trabajó en su órgano de opinión: *El Machete* (1936-1938). También colaboró con los periódicos *Nacional* y *El Universal*, y en las revistas *Todo* y *Futuro*. Además, fue editorialista de *Mediodía* y *Noticias de Hoy* (1938). Tuvo espacios fijos en las emisoras CMQ, Radio Salas y Mil Diez.

Feliú, Vicente (La Habana, 1947). Fundador del movimiento de la Nueva Trova. Ha actuado en más de veinte países de las Américas, Europa y África. Fue asesor de música de la radio y la televisión cubanas y guionista, locutor y director de radio. Ha grabado para varias colecciones de la Nueva Trova y la música cubana en general, y tiene siete discos personales: *Créeme* (1978), *No sé quedarme* (1985), *Arteporética* (1990), *Aurora* (1995), *Ansias del alba* —junto a Santiago Feliú—, *Guevarianas* (1997) y *Colibrí* (2000).

Fernández de Castro, José Antonio (1897-1951). Abogado, periodista, profesor universitario, historiador y diplomático cubano. Miembro del Grupo Minorista. Participó en la Protesta de los Trece. Escribió ensayos sobre la vida y la obra de José Antonio Saco y de Domingo del Monte. Preparó la primera *Antología de la poesía moderna en Cuba*. Fue jefe del “Suplemento Literario Dominical”

del *Diario de la Marina* y colaboró en las revistas *Bohemia*, *Carteles*, *Orbe* y *Revista de avance*.

Fernández Sánchez, Leonardo (1907-1965). Destacado combatiente antimachadista. Escribió para *Venezuela libre* y *América libre*. Amigo de Julio Antonio Mella y colaborador cercano en sus proyectos insurreccionales. Se afilió al Partido Auténtico y luego al Ortodoxo. Orador brillante. Parte de sus recuerdos revolucionarios fueron publicados en *Bohemia*. Después del triunfo de la Revolución fue embajador de Cuba en Italia.

García Menocal, Mario (1866-1941). Mayor General del Ejército Libertador. Figura connotada del Partido Conservador. Presidente de la República de Cuba entre 1913 a 1921. Su gobierno se caracterizó por la corrupción político-administrativa. Caudillo durante la dictadura machadista de Unión Nacionalista. En 1931 participó en un alzamiento que fracasó. Se exilió en Estados Unidos.

Grau San Martín, Ramón (1887-1969). Profesor universitario. Doctor en Medicina y Cirugía y en Ciencias. Fue miembro de la Academia de Ciencias Médicas y de la Sociedad Económica de Amigos del País. Preso político en 1931. Integrante del Gobierno de la Pentarquía y presidente del Gobierno de los Cien Días. Vivió en el exilio de 1935 a 1938, después del golpe de Estado de Batista. Fundador del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico). Presidente de la República en el período 1944-1952.

Guiteras Holmes, Antonio (1906-1935). Doctor en Farmacia. Miembro del Directorio Estudiantil. Se alzó en armas en Oriente contra el dictador Machado en 1933. Fue ministro de Gobernación del Gobierno de los Cien Días. En este cargo aprobó medidas de beneficio popular y antiimperialistas. En 1934 fundó la organización Joven Cuba para derrocar a la dictadura de Batista mediante la lucha armada.

Haya de la Torre, Víctor Raúl (1895-1979). Político peruano. Fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). En 1934 dirigió un levantamiento armado en la ciudad de Trujillo.

León, Carlos (1868-1942). Abogado, jurista, profesor universitario y político venezolano. Autor de *Principios elementales de derecho constitucional* (1893) y *Estudio sobre la libertad política del ciudadano* (1893), *Elementos de sociología* (1904). Estuvo encarcelado ocho años en La Rotunda (1914-1922). Exiliado en México (1922-1936), desarrolló una intensa actividad en los círculos anti-gomecistas, siendo uno de los fundadores, junto con el general Emilio Arévalo Cedeño, del Partido Republicano (1922) y, luego, uno de los organizadores del Partido Revolucionario Venezolano (PRV, 1926), que ayudó a promover el asalto desde Curazao (8 y 9-6-1929) y, posteriormente, la invasión de Rafael Simón Urbina a las costas falconianas (12-10-1931). Considerado por muchos como uno de los precursores del socialismo venezolano.

López Méndez, Luis Alfredo. Pintor, ilustrador y escritor venezolano. Autor del libro *El círculo de Bellas Artes*. Vivió exiliado, debido a su oposición al gobierno gomecista, en Puerto Rico, Estados Unidos, México, Cuba, Francia y España. Fue profesor de la Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas de Caracas, director de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación, y en dos oportunidades director del Museo de Bellas Artes de Caracas. Fundó la Galería Greco. Diputado al Congreso Nacional y vicepresidente de la Cámara de Diputados.

Machado, Gerardo (1871-1939). General en la última guerra independentista contra España. En los primeros años de la República se vinculó a la Compañía Norteamericana de Electricidad. Presidente de Cuba entre 1925 y 1933. Su gobierno se convirtió en una férrea dictadura que sembró el terror en el pueblo cubano. Reformó la constitución en su favor, ampliando el período presidencial a seis años y beneficiando su reelección. La caída de la

Bolsa de Wall Street y su desacertada política económica llevaron al país a una grave crisis.

Mañach Robato, Jorge (1899-1961). Eminente ensayista, profesor, periodista y escritor cubano. Ideólogo del partido ABC. Participó en la revolución de 1933. Abandonó el país después del triunfo de la Revolución y se estableció en Puerto Rico. Se vinculó al Movimiento Minorista y fue coeditor de *Revista de Avance* (1927-1930). Creador y conductor de "Universidad del Aire", un novedoso proyecto instructivo radial. Catedrático titular de Historia de la Filosofía en la Universidad de La Habana (1940-1960). Autor de obras de ficción, críticas de arte, ensayos históricos, costumbristas y filosóficos como *Crisis de la alta cultura en Cuba* (1925), *Indagación del choteo* (1928), *Martí el Apóstol* (1933), *Historia y estilo* (1944), una *Historia de la Filosofía* en dos tomos (1947, inconclusa), *Para una Filosofía de la vida* (1951), *Teoría de la frontera* (1971), entre otros.

Marinello Vidaurreta, Juan (1898-1977). Abogado, poeta, periodista, ensayista, diplomático y profesor universitario. Estudiante de la obra martiana. Participó en la Protesta de los Trece. Miembro de la falange de Acción Cubana y del Movimiento de Veteranos y Patriotas en la década de los veinte. Autor de una obra valiosa editada en las principales publicaciones de su época. Perteneció al Comité Central del Partido Comunista de Cuba desde su fundación en 1965, fue vicepresidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.

Mella, Julio Antonio (1903-1929). Líder comunista cubano. Su obra periodística fue publicada en *Alma Mater*, *Juventud*, *Cuba libre*, *El Libertador*, *Tren blindado*, *El machete* y *Boletín del torcedor*. En enero de 1923 dirigió la lucha estudiantil por la reforma universitaria. Fundador de la Federación de Estudiantes Universitarios, la Universidad Popular José Martí, la Liga Anticlerical, la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas, del Instituto Politécnico Ariel y del primer Partido Comunista de Cuba. Fue

expulsado de la Universidad de La Habana. En el exilio mexicano se vinculó al movimiento revolucionario continental e internacional. Murió asesinado por órdenes del dictador Gerardo Machado.

Pío Tamayo, José (1898-1935). Escritor, poeta, comerciante y luchador social venezolano. Cofundador de la revista lírica *Renacimiento* y del centro cultural El Tonel de Diógenes. Autor de la novela *El dolor de los granujas*, cuyo contenido contra el orden establecido lo hizo sospechoso ante el general Gómez y por ello sufrió prisión. Es considerado uno de los pioneros del movimiento literario vanguardista y precursor de las doctrinas marxistas en Venezuela.

Ravenet, Esquermo Domingo (1905-1969). Pintor, escultor, grabador y ceramista español. Vivió en Cuba desde muy joven. Estudió en Francia y Estados Unidos. Autor de una vasta obra que se halla en colecciones privadas en Cuba, Santo Domingo, México, Suiza, Francia, Canadá, Rusia, Brasil, España, Venezuela, Estados Unidos. Fue director artístico de la revista *Cuba y la URSS*, publicada por el Instituto de Intercambio Cultural Cubano-Soviético y miembro de la organización progresista Nuestro Tiempo, en 1953.

Roa García, Raúl (1907-1982). Profesor universitario, abogado, periodista, ensayista y diplomático. Fundador del Directorio Estudiantil Universitario y del Ala Izquierda Estudiantil. Participó de manera sobresaliente en la lucha contra Machado, guardó prisión por ello. Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Revolucionario. En 1976 fue elegido vicepresidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Autor entre otros libros de *La revolución del 30 se fue a bolina*, *El fuego en la semilla*, *en el surco* y *Retorno a la alborada*.

Sacasa, Juan Bautista (1874-1946). Presidente de Nicaragua. Ejerció el poder desde el 1º de enero de 1933 hasta el 9 de junio de 1936.

Sánchez Arango, Aureliano (1907-1976). Abogado y profesor universitario. Combatió a Machado y fue amigo de Mella, Pablo de la Torriente Brau y de otros revolucionarios. Integró las filas del Directorio Estudiantil Universitario, del Ala Izquierda Estudiantil, de la Joven Cuba y del Partido Comunista. Fue ministro de Educación y de Estado en el gobierno de Carlos Prío Socarrás. Vivió exiliado durante la dictadura batistiana, ya por entonces había traicionado su pasado revolucionario. Regresó a Cuba después de 1959, pero nuevamente marchó a Estados Unidos donde se incorporó a las actividades de las organizaciones contrarrevolucionarias.

Sandino, Augusto César (1895-1934). Guerrillero y revolucionario nicaragüense. El 2 de septiembre de 1927 constituyó el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, fuerza que logró vencer a los invasores norteamericanos. El 21 de febrero de 1934, al bajar la loma de Tiscapa, fue capturado y posteriormente asesinado con los generales Francisco Estrada y Juan Pablo Umanzor por orden de Anastasio Somoza García.

De la Torriente y Urdinavia, Loló (1902-1983). Abogada, periodista, ensayista y crítica de arte. Combatió a Machado y sufrió prisión por ello. Vivió exiliada en México. Autora de los libros *Memoria y razón de Diego Rivera*, *La Habana de Cecilia Valdés*, *Testimonio desde dentro*, *Mi casa en la tierra* y *Los Caballeros de la marca roja*.

Trejo González, Rafael (1910-1930). Fue vicepresidente de los estudiantes de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana. En la manifestación del 30 de septiembre de 1930 resultó herido de muerte por un policía.

Vallenilla Lanz, Laureano (1870-1936). Político, sociólogo, historiador, periodista y representante del pensamiento positivista venezolano. Autor de los libros *Campañas políticas de El Nuevo Diario*, *Cesarismo democrático*, *Críticas de sinceridad y exactitud* y *Disgregación e integración*. Presidió el Senado (1920, 1923,

1930-1931). Ministro plenipotenciario de Venezuela en París (1931), donde residió hasta su muerte. Miembro de la Academia Nacional de la Historia (1918) y director de esta institución (1924-1927).

Zaldívar Freyre, Oliva Margarita (1904-?). Esposa de Julio Antonio Mella. Experta en Derecho Internacional y Consular. Acompañó a Mella en su exilio a México, donde tuvieron una hija: Natasha. No pudo resistir las penurias que sufrió en la capital azteca y regresó a Cuba. Trabajó en el Servicio Exterior durante años. En la década de 1960 emigró a Estados Unidos, donde vivía su única hija.

BIBLIOGRAFÍA

Aguiar Rodríguez, Raúl: *El bonchismo y el gansterismo en Cuba*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 2000.

Briones Montoto, Newton: *Aquella decisión callada*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.

Cabrera, Olga: *Antonio Guiteras: su pensamiento revolucionario*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

Cairo, Ana (comp.): *Antonio Guiteras. 100 años*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 2007.

_____: *Pablo: con el filo de la hoja*, Ediciones Unión, La Habana, 1983.

Casaus, Víctor: *El periodista Pablo. Crónicas y otros textos (1930-1936)*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1989.

Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo: *México y Cuba: dos pueblos unidos por la historia*, A. C., 1982.

Colectivo de autores: *Cuba y la defensa de la República española (1936-1939)*, Editora Política, La Habana, 1981.

Cupull Reyes, Adys: *Julio Antonio Mella en los mexicanos*, Editora Política, La Habana, 1984.

Cupull, Adys y González, Froilán : *Centroamérica en Julio Antonio Mella*, Casa Editora Abril, La Habana, 2007.

_____: *Así mi corazón. Apuntes biográficos sobre Julio Antonio Mella*, Casa Editora Abril, La Habana, 2003.

De la Osa, Enrique: *Sangre y pillaje*, Ed. Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1990.

_____: *En Cuba. Primer tiempo*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

De la Torriente, Loló: *Testimonio desde dentro*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1985.

De la Torriente Brau, Pablo: *Pluma en ristre*. Selección de Raúl Roa, Ediciones Venceremos, La Habana, 1965.

_____: *Páginas escogidas*, Universidad de La Habana, 1973.

_____: *Cartas cruzadas*. Selección, prólogo y notas de Víctor Causas, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1981.

Domínguez, Ofelia: *50 años de una vida*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1971.

Dumpierre, Erasmo: *J. A. Mella*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba: *Julio Antonio Mella. Documentos y artículos*, Instituto del Libro, La Habana, 1975.

Lafita, María Luisa: *Rodolfo Ricardo Ramón de Armas y Soto (1912-1937). Héroe internacionalista proletario*, Impr. Federico Engels, La Habana, 1975.

Laguado Jayme, Francisco: *¡Asesinos! Juan Vicente Gómez y Laureano Vallenilla Lanz*, S/E, La Habana, 1923.

Miranda, Olivia: *Rubén Martínez Villena, ideario político*, Sociedad Económica de Amigos del País, La Habana, 2003.

Peraza, Carlos G.: *Machado, crímenes y horrores de un régimen*, Cultural S.A., La Habana, 1933.

Poveda Godínez, Arquímedes: *Un hombre de leyenda*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 1991.

Prada, Pedro: *La secretaria de la República*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.

Roa, Raúl: *El fuego de la semilla en el surco*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1982.

Rodríguez García, Rolando: "El pensamiento y la acción sin fronteras de Julio Antonio Mella", en: Cairo, Ana (comp.): *Mella. 100 años*, Ed. Oriente, Santiago de Cuba, 2003.

Selser, Gregorio: *Sandino, General de Hombres Libres*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.

Soto, Lionel: *La revolución del 33*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

Tabares del Real, José: *La revolución del 30: sus dos últimos años*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

_____: *Guiteras*, Instituto Cubano el Libro, La Habana, 1973.

Tibol, Raquel: "Julio Antonio Mella" en: *El Machete*, Fondo de Cultura Popular, México, 1968.

ÍNDICE

PREFACIO	11
PRIMERA PARTE: DÍAS CUBANOS	17
EL PRIMER EXILIO EN CUBA	19
La colonia venezolana	22
COMITÉ PROLIBERTAD DE MELLA	29
El asno con garras	33
NOCHEBUENA	37
En el central Perseverancia	39
VALLENILLA LANZ	41
CONTRA LA FARSA IMPERIALISTA	49
EL REGRESO	53
EL DUELO	59
LEÑA DEL ÁRBOL CAÍDO	65
CLANDESTINO	73
EN LA DEFENSA DEL INSTITUTO	77
ARMAS PARA LOS CAMPESINOS	81
CADA CENTAVO ES PARA LA REVOLUCIÓN	85
LA HUELGA DE MARZO	89

Si no quieren recibir un balazo	92
Fusiles sin balas	93
El encuentro que selló el destino de dos combatientes	95
Vivió en mi casa	96
COMPÁI, NOS MORIMOS ANTES DE RENDIRNOS	99
El plan	101
La ratonera	104
El Morrillo	105
Hasta la última bala	106
EL ENTIERRO	111
OJO POR OJO	113
Regalo de fin de año	117
La muerte de Abad	117
HOMENAJES	119
Historia de un busto	120
Monumentos vivos	121
Hacia la tumba definitiva	123
El canto de un trovador	125
Si canto a los muertos	127
SEGUNDA PARTE: EL LIBRO INCONCLUSO	129
FRENTE A YANQUIS Y TRAIADORES	131
Proyecto inaplazable	140
Murió como siempre quiso	141
ANEXOS	153
Solidaridad con los mexicanos	153
Respuesta del presidente mexicano	153
Nombre(s) y apellidos de venezolanos que vivieron en Cuba durante la década de 1920	155

Letra de la canción <i>Créeme</i>	157
¡Venezolanos, un recuerdo para Carlos Aponte!	159
Fichas biográficas	163

BIBLIOGRAFÍA	173
---------------------	------------

Edición digital
abril de 2016
Caracas, Venezuela



A paso vivo. Carlos Aponte en Cuba relata las relaciones del combatiente e internacionalista venezolano Carlos Aponte Hernández (1901-1935) con los cubanos y su presencia en la mayor de las Antillas, donde murió al lado de Antonio Guiteras cuando pretendían organizar una expedición armada para luchar contra el entonces coronel Fulgencio Batista, fiel lacayo de los norteamericanos. La obra está dividida en dos partes: en una se narran los episodios de Aponte en Cuba, y en la otra el autor describe los esfuerzos que realizó Pablo de la Torriente Brau, el formidable periodista, para escribir la biografía del caraqueño. Y como bien dijo: “Yo estoy seguro de que Venezuela algún día estará tan orgullosa de Carlos Aponte como de sus más grandes héroes nacionales. Como orgullosa está Cuba de su muerte épica, al lado de Guiteras. Como agradecida está Nicaragua de su sacrificio por ella”.

José Antonio Quintana García (*Ciego de Ávila, Cuba, 1970*).

Licenciado en Educación Primaria. Se ha desempeñado como maestro, periodista, profesor universitario, escritor radial, editor y asesor histórico. Es autor de once libros. Entre ellos sobresalen: *Venezuela y la independencia de Cuba (1868-1898)* (Editorial Pablo de la Torriente Brau, 2005; Fundación Editorial El perro y la rana, Venezuela, 2008.); *Con el Che. Memoria del tiempo heroico* (Consejo Provincial de El Oro, Ecuador); *Rocafuerte y la libertad de Cuba* (Ediciones Ávila, Cuba, 2011, Consejo Provincial de El Oro, Ecuador, 2011).

